

POSVERDAD

Lee McIntyre



Lee McIntyre

Posverdad

Presentación de Luis M. Valdés Villanueva

Traducción de Lucas Álvarez Canga

CÁTEDRA

Índice

PRESENTACIÓN

PREFACIO

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1. ¿Qué es la posverdad?

CAPÍTULO 2. La negación de la ciencia como hoja de ruta para entender la posverdad

«La duda es nuestro producto»

El cambio climático y más allá

Implicaciones para la posverdad

CAPÍTULO 3. Las raíces del sesgo cognitivo

Tres hallazgos clásicos de la psicología social

Estudios contemporáneos sobre el sesgo cognitivo

Implicaciones para la posverdad

CAPÍTULO 4. El declive de los medios de comunicación tradicionales

El problema del sesgo mediático

Implicaciones para la posverdad

CAPÍTULO 5. El auge de las redes sociales y el problema de las noticias falsas

La historia de las noticias falsas

Las noticias falsas hoy en día

Bajando por la madriguera del conejo

Contraatacando

Implicaciones para la posverdad

CAPÍTULO 6. ¿Condujo el posmodernismo a la posverdad?

Las guerras de la ciencia

El escándalo Sokal

Posmodernos de derechas

Troleando para Trump

CAPÍTULO 7. Combatir la posverdad

¿Estamos entrando en la era de la pre-verdad?

GLOSARIO

BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE DE SIGLAS

CRÉDITOS

*Para Andy y Jon,
compañeros y amantes de la sabiduría*

El propio concepto de verdad objetiva está desapareciendo del mundo. Las mentiras pasarán a la historia.

GEORGE ORWELL

Presentación

¿Qué es la verdad?, dijo Pilatos en son de burla. Y no se quedó a esperar la respuesta.

JOHN L. AUSTIN

Que los políticos mienten con más frecuencia de la que deberían no es ninguna novedad. La manipulación de la verdad es el recurso favorito al que acuden por igual las dictaduras y los gobiernos democráticos para tratar de reducir los reproches por sus errores e incompetencias. Su intención es crear una imagen falsa (o al menos desorientadora) de una situación con el propósito de engañar. Desde 2016, el año en que se consagró el concepto de «posverdad», muchos han señalado que, tanto las actividades que ese concepto cubre como sus asociadas *fake news*, carecen de la originalidad que justificaría su constante presencia en los medios y en las conversaciones cotidianas. Se trataría, como máximo, de variedades de jardín del engaño y su popularidad dependería de campañas orquestadas por ciertas élites resentidas y sobrepasadas por los acontecimientos.

Por el contrario, el libro de Lee McIntyre que presentamos, defiende que la posverdad tiene el carácter de un fenómeno nuevo y trata de ponernos en guardia sobre su gravedad y el peligro que entraña, a la vez que ofrece un elenco de estrategias para hacerle frente. Para ello, examina, por una parte, sus *condiciones de posibilidad*: esencialmente el declive y la fragmentación de los medios de comunicación contemporáneos, el advenimiento de las redes sociales, la bancarrota de los expertos y los rasgos psicológicos del público que la posverdad explota, halaga y fomenta. Pero además, McIntyre vincula sus *orígenes* con ciertos episodios concretos que incluyen las actividades de un conglomerado político-económico-científico: en particular, las maniobras patrocinadas por la industria tabacalera de los Estados Unidos para ocultar las evidencias que señalaban al tabaco como agente causante del cáncer de pulmón, y que tuvieron su continuación formal —se «calcaron», literalmente— en conocidos episodios de «negacionismo científico» ocurridos originalmente en los Estados Unidos (teoría del diseño inteligente, conexión entre la vacuna del sarampión y el

autismo, consideración del cambio climático como un fenómeno natural, etc.). Todo esto sin olvidar la cuota de responsabilidad que adjudica a ciertas variedades del pensamiento contemporáneo auto-tituladas de izquierdas (el posmodernismo, principalmente) que, según McIntyre, han jugado de manera irresponsable a suprimir el concepto de verdad y a legitimar la subordinación de los hechos a la interpretación subjetiva ¡para sorprenderse a renglón seguido de que la derecha política utilizara esas armas en su favor! Es verdad, como señala el célebre filósofo Dan Dennett, que la filosofía no se ha cubierto precisamente de gloria al tratar este asunto y que hay posiciones filosóficas que pueden tener «consecuencias terroríficas», en el caso de que realmente lleguen a implantarse. Pero, como no hay mal que por bien no venga, quizás con ello se tome conciencia por una vez de que la filosofía no es una actividad tan inofensiva como la pintan. Heinrich Heine, el poeta romántico alemán, ya avisó hace más de un siglo del peligro de subestimar el poder de las ideas: los pensamientos alumbrados al calor de la soledad de la habitación de un profesor, decía él, pueden dar al traste con toda una civilización.

En la actualidad, la vida pública está cada vez más llena de personajes con poder que no ocultan su desdén por la verdad y por los hechos. Donald Trump y su variopinto equipo, o Nigel Farage y los promotores del Brexit, son ejemplos que están en boca de todos y sus éxitos parecen ofrecer una prueba del poder práctico de la posverdad. Pero es cierto que el cuestionamiento de la ‘dureza’ de la verdad y de los hechos no es *totalmente* nuevo. Ya en el siglo V (a.C.), Protágoras defendía que «el hombre es la medida de todas las cosas», que «todo es para mí tal como me aparece» y «que todo es para ti tal como te aparece». Nietzsche hizo famoso el eslogan «No hay hechos, solo hay interpretaciones» y William James afirmaba que una «realidad ‘independiente’ del pensar humano es muy difícil de encontrar» y que, cuando se dice que se ha encontrado, es que ha sido falseada. Contemporáneamente, el deflacionismo o el minimalismo sobre la verdad, o las discusiones en torno al realismo/anti-realismo, son una parcela muy viva de las controversias acerca del estatuto de la verdad, tan legítimas y tan viejas como la propia filosofía. Sin embargo, el fenómeno de la posverdad no puede entenderse cabalmente si se contempla solo como el mero desarrollo de estas polémicas hacia un punto en el que, por así decirlo, surge un uso de la mentira más ‘eficaz’ que el que hasta ahora conocíamos.

¿En qué sentido entonces es la posverdad algo cualitativamente distinto de la

‘invención mendaz’ que nos resulta familiar? El filósofo de Princeton, Harry Frankfurt, lo sintetiza espléndidamente en su libro *On Bullshit [Sobre la charlatanería o Sobre la manipulación de la verdad]* (2005). Las mentiras tradicionales, dice él, entrañan que el mentiroso acepta que hay algo que es, de un modo u otro, una *forma absoluta de verdad*. Cuando se trata de informar sobre un estado de cosas, de ocultarlo, o de desorientar a una persona individual o a un grupo sobre su existencia, es necesario suponer que se reconoce que se dan unos *hechos* determinados y que hay una diferencia apreciable entre presentarlos de forma *correcta* o *incorrecta*; en suma: que hay unas reglas que el mentiroso y los destinatarios de la mentira comparten. Ahora bien, si como el concepto de posverdad postula, es *indiferente* el cómo se presenten los hechos, se está dando por sentado que lo que decimos no está engranado con la realidad y, por ende, que no concedemos importancia a la verdad. Es inútil (y quizás absurdo, como se está viendo) reprochar a un Trump que miente porque viola las reglas del juego: él está en otra dimensión; a él la verdad, podemos decir, *le trae sin cuidado*. Desde el momento en que lo que dice, no importa lo que sea, funciona (p. ej., reafirmando las convicciones de sus seguidores, o consiguiendo que no se hable de otra cosa), todo está en orden. Para expresarlo con una conocida consigna posmoderna: «lo importante no son los hechos, lo importante es la narración». Dice Frankfurt:

El que miente y el que dice la verdad están, por así decirlo, jugando el mismo juego en lados opuestos. [...] la respuesta de uno de ellos está guiada por la autoridad de la verdad, mientras que la respuesta del otro desafía esa autoridad

El charlatán [*bullshiter*] ignora esas demandas de modo absoluto. No rechaza, como hace el mentiroso, la autoridad de la verdad y se opone a ella. No le presta atención en modo alguno. En virtud de esto, la charlatanería es un enemigo mayor de la verdad que la mentira.

¿Tiene alguna explicación este desprecio por la verdad, tan llamativo y, como parece, hasta ahora inédito? El filósofo británico Bernard Williams señala en un delicioso libro, *Truth and Truthfulness* (2002), que hay dos ideas contrapuestas, pero relacionadas hasta el punto de que puede decirse que se retroalimentan, que gozan de una destacada presencia en el pensamiento contemporáneo. Por un lado, en ninguna otra época, afirma él, ha existido un interés tan grande por la *veracidad* [*truthfulness*]. Estamos siempre alerta por si se nos engaña y queremos descubrir las estructuras *reales* que subyacen a las apariencias de todo lo que atrae nuestra curiosidad. Como dice Wittgenstein en el *Tractatus* [6.372], los contemporáneos queremos que parezca que *todo* está explicado. Exijimos

veracidad en nuestra vida diaria, pero también en política y en la justificación de los fenómenos de los que se ocupan las ciencias sociales, e incluso las naturales. Pero ese interés en la veracidad, dice Williams, «da impulso a un proceso de crítica que debilita la confianza en que haya una verdad [*truth*] segura, de una pieza, enunciable». Precisamente nuestras ansias de veracidad, o así parece, alimentan nuestras sospechas sobre la propia noción de verdad, sobre si tiene sentido hablar de una ‘verdad objetiva’. Williams apela, como ejemplo, al caso de la historia. No es infrecuente descubrir que algunos relatos que teníamos como ‘verdad’ histórica, están sesgados y no reflejan la ‘realidad’ del pasado. Ahora bien, cuando la narración ‘no-veraz’ se sustituye por la pretendidamente ‘veraz’, la objeción de si esta última es de hecho veraz se reproduce una y otra vez, hasta llegar a un punto muerto¹ en el que ya abiertamente se plantea la cuestión de si se puede hablar con *veracidad* de ‘verdad histórica’. Aplicando el mismo patrón estratégico a otros campos para alcanzar en cada caso el citado punto muerto, se llega a la conclusión de que la propia veracidad impone que renunciemos a la idea de que conceptos como «verdad» desempeñan algún papel en la investigación y que, en consecuencia, deben eliminarse de plano como instrumentos de opresión que son (p. ej., Foucault o Derrida) o «reescribirse», por ejemplo, en términos de justificación (Rorty).

El *posmodernismo* es la corriente filosófica que mejor ha encarnado ese aspecto del mundo contemporáneo —el ansia confesada de veracidad y a la vez de desconfianza en la verdad— que Williams señala. Es relativamente sencillo describir su génesis. Basta añadir a las consideraciones de Williams la idea de que todo, incluida la conducta, puede presentarse como un *texto*. Para averiguar *verazmente* lo que un texto dice, afirma el posmodernismo, no basta tomar en cuenta lo que el ‘autor’ declara que quiere decir, sino que tenemos que ‘deconstruirlo’, esto es: leer los textos prestando especial atención a todo lo que pueda ir en contra de su pretendido significado o su unidad estructural con el propósito de mostrar que aquello en lo que el texto se sustenta es irreductiblemente inestable, complejo y, en suma, imposible (Derrida). Pero es obvio que un texto puede tener *muchas interpretaciones* (deconstrucciones), casi tantas como intérpretes, pues cada uno de ellos aportará a la interpretación sus propias presuposiciones, no necesariamente coincidentes. Ahora bien, es fácil ver cómo, al igual que en el caso de Williams y la interpretación de la historia, llegamos a un punto muerto. Pues, ¿quién determinará cuál de las muchas

interpretaciones es la correcta/verdadera, qué es lo que el texto quería *realmente* decir? La respuesta es que *nadie* puede hacerlo *verazmente*: todo intérprete no tiene otra opción que abordar un texto con sus propios prejuicios y concepciones. La conclusión a la que se llega es entonces que no hay nada que sea la *verdad objetiva*; tenemos solo distintas *perspectivas*, todas ellas del mismo nivel, sobre cómo es el mundo. Ahora bien, si alguien califica una interpretación de ‘verdadera’ lo que estará realizando sería *un acto de autoridad*: decir que algo es verdadero es utilizar la verdad como un *instrumento* de poder. Decir «sé que *P*» o «*P* es verdadera» es la forma en la que el poderoso impone su ideología sobre el débil. Como el poder, todo poder, es algo malo, el uso instrumental de la verdad no puede sino ser la expresión de la maldad misma.

McIntyre concluye el capítulo 6 con la lapidaria frase: «el posmodernismo es el padrino de la posverdad». Creo, sin embargo, que la veracidad exige mitigar un poco esta condena sumaria. Es cierto que el posmodernismo, como afirma la cita de Orwell, ha jugado con fuego «sin saber siquiera que el fuego quema». Pero algunos de sus puntos de partida no están del todo descaminados. Aparte de reconocer su contribución al desarrollo de una concepción más pluralista de la sociedad, no parece discutible que los intereses políticos, económicos, sociales o religiosos amenacen (y hayan amenazado siempre) la libre investigación y la búsqueda de la verdad. Los ‘datos’, como ingenuamente se pensó algunas veces, no se leen ‘directamente’, sino que vienen siempre categorizados a través de ‘gafas teóricas’, las cuales pueden incluir desde construcciones sublimes hasta manipulaciones deleznable. Pero con todo, es muy precipitado concluir sin más de lo anterior que los datos o la información no han de ser examinados según los cánones de la objetividad y la corrección, o que los ideales de verdad o justicia no desempeñen ningún papel ni en la vida ordinaria, ni en la investigación en ciencias humanas, sociales o naturales. Como afirma Williams, cuando con argumentos como los anteriores no prestamos atención al ‘valor de la verdad’ estamos dejando que el bebé se vaya por el sumidero junto al agua de la bañera.

Sin embargo, las precipitadas conclusiones del posmodernismo —formuladas muchas veces en una jerga difícilmente inteligible y confinadas como han estado a la Academia— han logrado de manera increíble hacer mella en el concepto de verdad y han contribuido a su corrosión. Su insistencia en que la cultura, incluida la ciencia natural, no es sino un ‘constructo social’ que refleja la distribución del poder en la sociedad, invita, como Frankfurt señala, a prescindir de la verdad. Ahora bien, en general, de las construcciones teóricas del

posmodernismo, siendo como de hecho son muchas de ellas temerarias e irresponsables, no creo que pueda decirse con total veracidad que están en el origen del fenómeno de la posverdad. Lo que el posmodernismo pretende en sus inicios es reagrupar a una izquierda esencialmente académica, desencantada y perpleja ante la bancarrota del marxismo, ofreciéndole una nueva teoría política que esté en condiciones de liderar la empresa de la emancipación social en la que el marxismo había fracasado. Los elementos de los que echó mano para erigir su edificio teórico no permitían construir nada sólido, por lo que el resultado fue más bien la creación de un *estado de ánimo* que puso de moda una ‘pose’ en la que reinaban a partes iguales el cinismo, el relativismo y la contradicción palmaria. Sin duda, un buen cóctel para recobrar el ánimo. Un divertido ejemplo de lo que era aquello nos lo brinda una anécdota que cuenta Pascal Engel. Dice él que cuando asistía en la década de los 70 a las clases de Foucault en el Collège de France se sorprendía de oírlo explicar durante toda la mañana en qué consistía la maldad intrínseca del concepto instrumental de verdad ¡para verlo a continuación ponerse al mediodía a la cabeza de una manifestación, detrás de una pancarta que reclamaba ‘Verdad y Justicia’!

Lo que ha sucedido, más bien, es que el auge del movimiento posmoderno coincidió con el inicio de una prodigiosa revolución en los medios y las tecnologías de la comunicación y el éxito de muchos de sus líderes se debe en gran medida a que supieron ver con anticipación las consecuencias para la vida diaria que iba a tener esa transformación. Baudrillard, uno de los líderes del «ala dura», llegó a profetizar, ya en 1981, que la socialización o la pertenencia a un grupo vendría determinada por la exposición a los medios de comunicación que serían, a la vez, una fuente de desinformación. Richard Rorty (1931-2007), una vieja gloria del izquierdismo estadounidense y quizás el más moderado de ellos, predijo incluso en una obra publicada en 1998 la llegada a la Casa Blanca de un Trump (*‘a strongman’*) que barrería a todo lo que más odia el estadounidense suburbano medio: burócratas engreídos, abogados tramposos, vendedores de bonos y, por supuesto, profesores posmodernistas.

McIntyre estudia con cierto detalle en su libro el declive de los medios de comunicación tradicionales, desde su antiguo papel como garantes de la objetividad a la bancarrota en la que cayeron por la competencia con las cadenas de televisión y su fragmentación resultante. Lo que empeoró las cosas fue el ‘descubrimiento’ por parte de las televisiones de los Estados Unidos de que las cadenas de noticias podían ser un negocio, con el aliciente añadido de que

podían obtener otros réditos si entraban en la lucha política. Pero entonces sucedió algo emparentado con la ‘paradoja’ de la ‘veracidad-verdad’, señalada por Bernard Williams, de la que se habló al comienzo. Siguiendo, como defiende McIntyre, la hoja de ruta diseñada en los años 50 por las tabacaleras, se empezó a acusar a algunos medios de sesgo ideológico, incluso en el caso de temas relacionados con la ciencia. Esto llevó a reclamar un trato ‘equilibrado’ en los debates, no solo de opinión, sino también en los concernientes a asuntos científicos. Por supuesto, nadie quería enfrentarse a las aspiraciones generales de veracidad y ser acusado de parcialidad o de sesgo cognitivo. De este modo, si un científico acudía a un debate, ya fuera sobre el cambio climático, o sobre la vacuna contra el sarampión, siempre se le presentaba ‘a pantalla partida’ con un contrincante que defendía posiciones alternativas y cuya función era hacer *surgir la duda*, por mucho consenso que hubiera en la comunidad científica sobre que, por ejemplo, el cambio climático estaba causado por los humanos o sobre el hecho de que la vacuna contra el sarampión no estaba relacionada con el autismo. El mantra era siempre el mismo: si no se puede *demostrar conclusivamente* (y solo se puede *demostrar algo con total seguridad* en lógica y en matemáticas) que el cambio climático *no* está causado por las actividades humanas y que la vacuna del sarampión *no* produce autismo, entonces cabe la *posibilidad* de que la ciencia establecida se equivoque y, por tanto, las alternativas *no* pueden descartarse. La idea de que la ciencia es una especie de conspiración de los propios científicos para lograr oscuros fines solía ser un asunto de personas desequilibradas, pero la discusión ‘equilibrada’ de las posiciones ha hecho que esto ya no sea así. El público comenzó a albergar cada vez más dudas sobre las afirmaciones científicas, colateralmente se ha fomentado el recelo hacia los científicos ‘sabelotodo’ y, por extensión, hacia cualquiera que aparezca como ‘experto’. Por otra parte, lo que quedaba de la prensa de prestigio siguió también los pasos de las cadenas de televisión, con el resultado de que, a finales de los 90, un porcentaje bastante alto de estadounidenses confesaba desconfiar de los científicos a los que veían como una elite engreída.

En estas condiciones, no es de extrañar que, por mor del ‘equilibrio’ ideológico, o por, si se quiere, el afán de veracidad en la presentación de lo que se consideraban ‘posiciones distintas y legítimas sobre unos mismos hechos’, lo que se perdiera fuese la verdad. En primer lugar, porque lo que se empezaba a diluir era la distinción entre hechos y opiniones. Para decirlo en términos

posmodernos: lo que la mayoría del público percibía era que estaba ante dos ‘narrativas’ que se le presentaban al mismo nivel, ignorando los controles que la propia ciencia se impone y que son parte sustancial suya. Pero, en segundo lugar, lo definitivo en este aspecto fue la irrupción de las redes sociales. La conversión de Facebook (creado en 2004) en un agregador de noticias alimentado por los ‘likes’ y los blogs, las páginas de noticias alternativas, etc., hicieron el resto. La polvareda que sin interrupción se levanta en internet (muchas veces planificada y cuidadosamente ejecutada) impide distinguir noticias genuinas de medias verdades o de historias inventadas. Hemos pasado de la reverencia por la letra impresa de antaño (‘lo dice la prensa’) como criterio de verdad, a tomar como verdadero todo lo que aparece en las redes sociales.

La conjunción de la revolución tecnológica en la producción, transmisión y comunicación de información con ciertas características psicológicas de los seres humanos ha dado lugar a un análogo de lo que los meteorólogos llaman ‘tormenta perfecta’. Nosotros nos guiamos normalmente (casos patológicos aparte) por lo que podemos llamar ‘principio de benevolencia’: no vamos por la calle temiendo, si no tenemos algún indicio, que la persona que camina en dirección contraria a la nuestra nos va a agredir, o pensando —nuevamente, sin indicios— que lo que se nos dice es falso. Pero, a la vez, tenemos tendencia a buscar y a adquirir aquella información que nos interesa y casa con nuestras convicciones previas, y a pasar por alto la que no. Esto es: adolecemos de forma natural de lo que los psicólogos llaman ‘sesgo cognitivo’, un fenómeno que McIntyre analiza en su libro con cierto detalle. Nos resulta doloroso toparnos con verdades que no encajan con lo que creemos y procuramos ignorarlas. Esto suponía (y aún supone) un desgaste emocional, aunque solo fuera por la tensión que su obliteración produce. Pero, en la situación actual, las redes sociales están prestas a acudir en nuestra ayuda: con un solo ‘clic’ tenemos acceso a cualquier noticia, informe pretendidamente científico, dictamen con aparente autoridad, etc., que nos resulte agradable oír y que confirme nuestras convicciones, todo ello además ‘limpiamente’, sin que se nos despierte la mala conciencia. Con ello, no solo se ha difuminado la línea entre hechos y opiniones, sino que cada vez es menos nítida la que existe entre lo que creemos y lo que *queremos* creer. O, si se quiere, entre nuestros deseos y la realidad. Las defensas que tendríamos contra las célebres *fake news* [noticias fabricadas] simplemente no funcionan; han sido desactivadas.

Hay, sin embargo, *fake news* que, teniendo en cuenta todo lo anterior y siendo

sumamente liberal con la credulidad pública, siguen siendo literalmente increíbles. Que Bill y Hillary Clinton dirigieran desde una pizzería de Washington una red de esclavitud sexual infantil, o que el Gobierno de Obama tuviera almacenadas por diferentes estados unas 30.000 guillotinas para ejecutar, en el caso de que Hillary hubiera ganado las elecciones, a más de 2 millones de seguidores de Trump, parece rebasar todos los límites. Sin embargo, puede haber una explicación para ello que no consista solo en constatar su espectacular estupidez y la indigencia mental de los que las creen. Y es que la mentira posee, al menos para algunas personas, un atractivo irresistible.

Bruno Bettelheim (1903-1990), un filósofo y psicólogo austriaco emigrado a los Estados Unidos en la época nazi, defendía «la necesidad y la utilidad de actuar sobre la base de ficciones que *se sabe* que son falsas»². Bettelheim probablemente tomó esta idea de Hans Vaihinger (1852-1933), quien en su *Philosophie des Als Ob [La filosofía del como-si]* (un antecedente del ficcionalismo en filosofía de la ciencia) defendía la necesidad de crear mitos sobre uno mismo y actuar en consecuencia. Además, era corriente que durante las sesiones de terapia psicológica se pactara eliminar los límites entre ficción y realidad, pues se consideraba que las mentiras, como los sueños, revelaban sobre zonas oscuras de la psicología del paciente tanto como ocultaban.

Pues bien, un ejemplo del atractivo de la mentira muchas veces citado en las publicaciones sobre este tema es el de los *Protocolos de los sabios de Sión*. El texto se publicó en Rusia en 1903, y fue traducido inmediatamente a varios idiomas y trata de una presunta conspiración judía para hacerse con el control del mundo y destruir la civilización occidental. Aunque su falsedad fue certificada en los primeros años veinte del pasado siglo, alguna gente todavía cree que es un relato verdadero y, por ejemplo, los nazis lo convirtieron en texto obligatorio en las escuelas. La fuerza de este escrito se revela en su máximo esplendor cuando los que lo proponen, como dice Bettelheim, actúan de acuerdo con esa ficción sabiendo que lo es, todo ello en un gesto de jactancia y desprecio hacia los hechos y la verdad. Estamos pues en el plano que hemos visto que denuncia Harry Frankfurt.

Ahora bien, una cosa es que se desprecien la verdad y los hechos; otra diferente es que por ello no se actúe, al modo de Vaihinger, «como-si» la verdad y los hechos fueran en realidad lo que los enunciados falsos dicen que son. Aquí reside el atractivo fatal de la mentira que *todos saben que lo es*: que el gesto de

desprecio por la verdad y los hechos tiene el poder casi mágico de crear una realidad paralela en la que todo es como-si lo que dicen los *Protocolos* fuera verdadero. Por supuesto, la cooperación de la audiencia es vital. La audiencia sabe que el conjunto de enunciados que contienen los *Protocolos* son falsedades registradas con la intención de engañar, pero la fascinación de la nueva realidad paralela, especialmente si uno está emocionalmente vinculado con ella, le hace suspender su incredulidad, un poco al modo que un lector ‘cree’ la ficción presentada en una novela. Del mismo modo, si el convencido admirador de Trump ve en Facebook la noticia de que Hillary y Bill Clinton trafican sexualmente con niños, es harto probable que, aun si este supiera que la noticia es falsa, su implicación emocional le lleva a actuar como si fuera verdadera. Y esto es solo una manera de decir que la posverdad ‘crea’ una realidad paralela.

Como señala McIntyre, los psicólogos llaman a esto «pensamiento mágico». En el caso de Trump es evidente que algo de eso hay; él habla, como dice la periodista del *Washington Post*, Ruth Marcus, como si sus estados mentales tuvieran el poder de transformar la realidad. Comete tozudamente, no sé si de forma intencionada, el error de suponer que los propios estados mentales son criterio de verdad. Si él *está convencido* de que ha habido un atentado en Suecia, es que tal cosa ha sucedido, independientemente de cualquier otra consideración; si él *recuerda haber visto* musulmanes explotando de júbilo ante el derrumbe de una de las Torres Gemelas, es que tal algarabía ha tenido lugar, etc., etc. No parece que Trump se pare a pensar ni siquiera por un momento que cuando uno tiene una creencia o un recuerdo lo único garantizado es que tiene *esa* creencia y *ese* recuerdo y no que el contenido de la creencia o el recuerdo sean verdaderos por el hecho de que él los tenga, por muy vehemente que sea la emoción sentida. El que los contenidos sean verdaderos depende de los *hechos*. Como afirmó famosamente Hume, «la convicción no engendra verdad», o más recientemente el senador Moynihan «uno puede tener sus propias opiniones, pero no está autorizado a tener ‘sus propios hechos’».

Aunque pueda defenderse que en el posmodernismo no está el origen de la posverdad, de lo que no cabe duda es de que los negacionistas científicos, personajes de la política como Trump, Farage o Putin y gran parte de los amenazadores populismos de hoy día se han beneficiado tanto del ambiente creado por ese movimiento filosófico como de sus argumentos, sin necesidad de haber leído siquiera un solo libro sobre el tema (Trump, desde luego; ya sabemos por confesión propia que no lee libros). Lo asombroso es que, a la vista de las

consecuencias prácticas, no haya habido casi reconsideraciones por parte de las grandes figuras de esa corriente (Bruno Latour es una excepción que menciona McIntyre y Richard Rorty, aunque mantuvo hasta su muerte la tesis de la ‘indistinguibilidad’ entre verdad y justificación, parece, según sus comentadores, que nunca pretendió que sus concepciones llegaran más allá de la epistemología). Pero, como ha señalado Dennett, hay que tener cuidado con lo que se propone en la Academia, porque puede hacerse realidad. Y la realidad es que, si lo que se predica es la renuncia a valores como verdad, justificación u objetividad, se despeja en gran parte el camino para imponer a los ciudadanos los intereses de los que mienten sin que se les mueva un pelo (que, por supuesto, no suelen coincidir con los intereses generales de los ciudadanos). Como dice Pascal Engel: es la puerta abierta al fascismo, en el sentido de lo que José Ortega y Gasset llamaba «la revolución de las masas», que no aceptan sino lo que les dictan sus propias pasiones.

¿Se puede hacer algo para *neutralizar* la posverdad? McIntyre dedica la última parte del libro a presentar algunos consejos prácticos para hacerle frente. Las acciones que propone son en principio simples y su efectividad pertenece más bien al reino de los buenos deseos. Por una parte, McIntyre recomienda oponer resistencia a la mentira, incluso al tipo de mentira espectacularmente increíble que hemos estado considerando. Ninguna mentira es inocua, todas tienen algún propósito, incluyendo lo que hemos llamado creación de una ‘realidad paralela’, y su capacidad de causación física y/o psicológica es todo menos irrelevante. Por otra parte, el fomento del respeto por los hechos parece más prometedor. Si bien es cierto que los sesgos cognitivo y de confirmación y las interferencias emocionales son un escollo importante, ciertos experimentos psicológicos que cita McIntyre muestran que, incluso en aquellos casos en los que los compromisos partidistas son más fuertes, resulta difícil ignorar los hechos relevantes cuando estos se presentan de forma reiterada y nítida. No en vano decía John Adams, el segundo presidente de los Estados Unidos, que «los hechos son entidades tercas; y cualesquiera que puedan ser nuestros deseos, nuestras inclinaciones, o los dictados de nuestra pasión, no pueden alterar el estado de los hechos y de la evidencia». Tenemos, por ejemplo, el caso del fraude vacuna-del-sarampión-autismo en el que, al final, los propios hechos resultaron ser más convincentes que la fabricación del ex Dr. Wakefield. Pero incluso en algunas mentiras célebres de Trump puede detectarse una apelación «retorcida» a los hechos en un intento de certificar la verdad de lo que se ha

dicho. Un ejemplo: cuando al poco de asumir la presidencia hizo en uno de sus discursos una vaga referencia a «lo que pasó anoche en Suecia», sus oyentes interpretaron de inmediato que se refería a un atentado perpetrado por algún inmigrante y oyeron lo que querían oír: que el presidente acarreaba agua para su molino anti-emigración. Pero los suecos quedaron desconcertados al oír la afirmación de Trump porque *no había pasado nada* (parece ser que Trump se refería a un reportaje sobre emigración que había visto en un programa de la Fox). Unos días más tarde hubo unos disturbios leves protagonizados por inmigrantes en un barrio de Estocolmo, que Trump magnificó como le convino (inventándose incluso muertes). Lo importante es que se apresuró a apropiarse de estos nuevos hechos para justificar que lo que había dicho dos días antes era verdad. Tales hechos no podían hacer verdadero su primer enunciado simplemente por razones temporales, pero es significativo que alguien que desprecia los hechos recurra a ellos para atribuirse ilegítimamente el haber hecho un enunciado verdadero. Aunque débil, tenemos aquí una prueba, concurrente con los resultados de los experimentos psicológicos, de que los hechos, tercios como son, conservan todavía cierto prestigio, incluso entre los que los desdeñan.

Muy al final del libro, McIntyre hace una atinada observación sobre lo que en el fondo es el fenómeno de la posverdad. Dice él que la posverdad «no trata sobre la realidad, sino sobre cómo los humanos *reaccionamos* ante la realidad». Y no está descaminado: la base sobre la que tomamos la mayor parte de nuestras decisiones son nuestros juicios sobre ella. Con todas las dificultades que se quiera, está en nuestras manos hacer frente a adulteraciones, mentiras, *fake news*, torticeros usos de los hechos o manipulaciones que interfieren en la formación de nuestros juicios. Pero si aceptamos con indolencia que estos tengan como criterio de corrección ‘lo que alguien recuerda’ o ‘lo que las emociones le dictan’, etc., el peligro cierto reside en que nos *alienemos* de la realidad o, si se quiere, que nos estemos moviendo frívolamente en una realidad paralela como la que languidece en ciertos ámbitos académicos.

LUIS M. VALDÉS VILLANUEVA
Departamento de Filosofía
Universidad de Oviedo

¹ Curiosamente, hay aquí un eco del escepticismo de los tropos de Agripa que se reproduce en multitud de

patrones de razonamiento del «negacionismo» científico. En muchos de los casos que analiza el libro de McIntyre, lo importante es hacer «surgir la duda» por cualquier procedimiento (y que prenda en el público) sobre un enunciado o teoría científicos y presentar una alternativa no certificada por la ciencia. Inmediatamente se pide una demostración de tal enunciado o teoría científicos, que es imposible de proporcionar debido a la propia estructura de la ciencia. Se concluye entonces, que un enunciado o teoría alternativos están al mismo nivel que los científicos y se exige, en nombre de la objetividad, igual tratamiento informativo, debates paritarios, etc.

2 En su vida real, Bettelheim siguió este precepto falsificando sus credenciales científicas, parte de su biografía e incluso actuando en contra de sus propios principios. Por ejemplo, a su muerte se supo que él, contrario públicamente a los castigos corporales, los aplicaba con liberalidad.

Prefacio

Al escribir estas líneas (en la primavera de 2017) no hay otro tema de conversación más candente que el de la posverdad. Lo vemos en los titulares de prensa y en la televisión. Lo oímos por casualidad en conversaciones en restaurantes o en el ascensor. Esta situación supone tanto una ventaja como un desafío, pues ¿cómo escribir sobre algo que es aún tan nuevo, que está en evolución y que es controvertido?

Este libro probablemente diferirá en lo que respecta al tono de otros libros de la serie *Essential Knowledge* a la que pertenece, ya que su tema es especial. La noción de posverdad surgió de un cierto pesar que sintieron aquellos que se preocupan porque la verdad esté siendo eclipsada. Aunque no abiertamente partidista, este libro presupone al menos un punto de vista: que los hechos y la verdad están amenazados en el ámbito político actual.

Dado este contexto, en los siguientes capítulos será imposible alcanzar la neutralidad desapasionada que es de esperar de un libro académico. Ciertamente, hacer eso significaría incurrir en una falsa equivalencia que es la marca de fábrica de la posverdad misma. La «otra cara» del debate sobre la posverdad no está formada por gente que la defiende (o piensa que la posverdad es una cosa buena), sino por aquellos que niegan que exista siquiera un problema. Sin embargo (a menos que mi meta fuera sencillamente la de un desenmascarador), escribir un libro sobre la posverdad es admitir que existe un problema. En mi análisis, por tanto, me esforzaré por ser honrado, pero no puedo prometer ser ecuánime. Cuando los errores se inclinan desproporcionadamente hacia uno de los dos lados, no es respetuoso con la noción de verdad fingir que todo está al mismo nivel.

Algunos se preguntarán si la idea de posverdad es realmente novedosa. ¿No se trata solo de un sinónimo de propaganda? ¿No son los «hechos alternativos» simplemente falsedades? Pero el asunto no es tan sencillo. Aunque hay algunos precedentes históricos de nuestra situación actual (que examinaremos), sería erróneo intentar reducir la posverdad a otra cosa distinta. Decir que los hechos son menos importantes que los sentimientos a la hora de dar forma a nuestras

creencias sobre cuestiones empíricas resulta novedoso, al menos en la política estadounidense. En el pasado nos hemos enfrentado con graves desafíos (incluso a la noción de verdad misma) pero nunca antes han sido estos desafíos tan abiertamente abrazados como estrategia para la subordinación de la realidad a la política. Así pues, lo que es impactante en la idea de posverdad no es simplemente que la verdad esté siendo desafiada, *sino que está siendo desafiada en cuanto que mecanismo para favorecer la dominación política*. Y es por ello por lo que no se puede rehuir la política si queremos entender lo que se debe «conocer esencialmente» sobre la idea de posverdad.

Agradecimientos

Me gustaría agradecer a muchas personas su contribución a este libro. Ante todo, a mi mujer Josephine, que siempre ha estado a mi lado y ha apoyado mis ideas sin querer otra cosa que verme trabajar en lo que creo. Su consejo ha sido determinante a la hora de hacer de este libro un libro mejor. Tengo la suerte de tener una hija y un hijo, los cuales comparten mi amor por la filosofía, y que también leyeron este manuscrito con ojo crítico. Estoy agradecido a Louisa y a James por ayudarme a hacer numerosas mejoras, tanto de estilo como de contenido.

Doy las gracias especialmente a mis amigos Andy Norman y Jon Haber, quienes me ofrecieron numerosos comentarios (y críticas) que me ayudaron a dar forma a este proyecto. Huelga decir que ninguno de los dos es responsable del contenido final, pero su inspiración como amantes sinceros del debate y de las ideas ha sido tan considerable, que querría dedicarles este libro a ellos. Julia Robinson fue una comentadora mordaz del manuscrito y Diana Rodríguez fue una excelente compañera de debate cuando al comienzo estaba considerando las ideas que están expresadas aquí. Bryan Barash me ayudó con una conversación perfectamente cronometrada sobre noticias falsas. Les doy las gracias a todos ellos.

Tengo la suerte de haber tenido tres excelentes revisores, todos anónimos, con lo que no puedo darles las gracias aquí citándolos por su nombre; cada uno de ellos hizo comentarios críticos y me ayudó a mejorar mi borrador final.

Finalmente, tengo una gran deuda de gratitud con mi editor Phil Laughlin; sin su visión de futuro y consejo, este proyecto nunca hubiera existido. Estoy también agradecido con el resto del personal experto de MIT Press, pues me hace sentir orgulloso cada vez que publico con ellos. Es siempre un placer trabajar en su compañía, desde la edición al diseño y desde el *marketing* a la publicidad, y especialmente con el que es ahora mi tercer libro con esta editorial. Aquí Judith Feldmann, mi correctora, se merece un especial agradecimiento por librarme de una gran cantidad de expresiones estilísticamente desafortunadas en un proyecto que ha tenido un plazo tan corto.

Entiendo que a algunos les encantará este libro y a otros les exasperará. De ello y de cualquiera de los errores restantes, soy el único responsable.

CAPÍTULO 1

¿Qué es la posverdad?

En tiempos de engaño universal, decir la verdad se convierte en un acto revolucionario.

GEORGE ORWELL

El fenómeno de la «posverdad» saltó a la atención pública en noviembre de 2016, cuando los diccionarios Oxford nominaron este término como palabra del año 2016. Tras ver que su uso se disparaba en un 2.000 por 100 frente al de 2015, la elección pareció obvia. Entre los otros contendientes en la preselección estaban «alt-right» (derecha alternativa) y «brexiteer» (persona a favor del Brexit), subrayando así el contexto político de la selección de ese año. Como expresión *ómnibus*, «posverdad» pareció ser capaz de reflejar la situación del momento. Dada la mistificación de los hechos, el abandono de los estándares evidenciales en el razonamiento y la total y completa mentira que marcaron las votaciones del Brexit en 2016 y las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, muchos se horrorizaron. Si Donald Trump pudo afirmar (sin evidencia) que de perder las elecciones habría sido porque estaban amañadas en su contra, ¿importarían lo más mínimo los hechos y la verdad a partir de ahora?³.

Tras las elecciones, las cosas fueron a peor. Trump afirmó (de nuevo sin hechos que lo apoyaran) que realmente habría ganado el voto popular (que se había llevado Hillary Clinton con casi tres millones de votos más), si se restaban los millones de personas que habían votado ilegalmente. Y dobló su apuesta al decir que, a pesar del consenso de diecisiete agencias de inteligencia americanas, los rusos no habían pirateado las elecciones estadounidenses⁴. Uno de sus partidarios pareció abrazar el caos al decir que «no hay tal cosa como los hechos; por desgracia, ya no los hay»⁵.

Tras haber jurado como presidente el 20 de enero de 2017, Trump ofreció una ristra de nuevas falsedades: que había logrado la mayor victoria electoral desde Reagan (no la logró); que la multitud que se reunió en su investidura fue la mayor en la historia de los Estados Unidos (la evidencia fotográfica lo desmiente

y los registros del metro de Washington D.C. muestran poca afluencia de pasajeros ese día), que su discurso en la CIA tuvo como consecuencia una gran ovación con todo el mundo de pie (nunca pidió a los funcionarios que se sentaran). A principios de febrero, Trump afirmó que la ratio de asesinatos en los Estados Unidos era la más alta de los últimos cuarenta y siete años (cuando, de hecho, el *Uniform Crime Report [Informe Unificado del Crimen]* del FBI mostró que estaba cerca de un mínimo casi histórico)⁶. Lo último parece particularmente atroz porque retoma una mentirijilla anterior que Trump había contado en la convención republicana [del Partido Republicano estadounidense] mientras buscaba una forma de apoyar la idea de que la delincuencia estaba en auge. Cuando se le preguntó sobre esto, Newt Gingrich (que representaba a Trump en ese momento) tuvo el siguiente intercambio en directo, totalmente increíble, con la reportera de la CNN Alisyn Camerota:

CAMEROTA: Los delitos con violencia se han reducido. La economía está creciendo.

GINGRICH: No se han reducido en las grandes ciudades.

CAMEROTA: Los delitos con violencia, la tasa de asesinatos es baja. Se han reducido.

GINGRICH: Entonces, ¿cómo es que la tasa es alta en Chicago, en Baltimore y en Washington?

CAMEROTA: Hay bolsas donde ciertamente no estamos haciendo frente de manera correcta a la criminalidad.

GINGRICH: Su capital nacional, su tercera mayor ciudad...

CAMEROTA: Pero los delitos con violencia a lo largo del país están bajando.

GINGRICH: El estadounidense medio, se lo apuesto esta mañana, no piensa que los delitos se hayan reducido, no piensa que estemos más seguros.

CAMEROTA: Pero se han reducido. Estamos más seguros y se han reducido.

GINGRICH: No, esa es su opinión.

CAMEROTA: Es un hecho. Son los datos nacionales del FBI.

GINGRICH: Pero lo que he dicho es también un hecho. [...] La opinión actual es que los liberales⁷ tienen un montón de estadísticas que teóricamente pueden ser correctas, pero no es ahí donde están los seres humanos.

CAMEROTA: Pero lo que está diciendo es... Espere señor presidente, porque está diciendo que los liberales usan esas cifras, usan esa especie de magia matemática. Estas son las estadísticas del FBI. No son una organización liberal. Son una organización que combate la delincuencia.

GINGRICH: No, pero lo que dije es igualmente cierto. La gente se siente más amenazada.

CAMEROTA: Sentirse, sí. Se sienten así, pero los hechos no lo apoyan.

GINGRICH: Como candidato político, me quedaré con cómo se siente la gente y dejaré que usted se vaya con sus teóricos⁸.

Uno puede imaginarse un intercambio no menos estremecedor en el sótano del Ministerio del Amor en las páginas de la novela distópica de George Orwell *1984*. Ciertamente, algunos se preocupan ahora de que estemos en camino de completar esa visión oscura, donde la verdad es la primera víctima del

establecimiento del Estado autoritario.

Los diccionarios de Oxford definen «posverdad» como «aquello que se relaciona con, o denota, circunstancias en las que los hechos objetivos son menos influyentes a la hora de conformar la opinión pública que las apelaciones a la emoción y a las creencias personales». En esta definición, subrayan que el prefijo «pos» pretende indicar no tanto la idea de que hemos «dejado atrás» la verdad en un sentido temporal (como sucede en «posguerra») sino en el sentido de que la verdad ha sido eclipsada: que es irrelevante. Estas palabras son motivo de conflicto para muchos filósofos, pero merece la pena señalar que esta controversia es mucho más que una disputa académica. En 2005, Stephen Colbert acuñó el término «truthiness» (definido como verdad persuasivamente inducida porque *se siente* que algo es verdadero, incluso si no está necesariamente apoyado por los hechos) en respuesta a los excesos de George W. Bush al confiar en su «instinto» para tomar grandes decisiones (tales como la nominación de Harriet Miers para la Corte Suprema de los Estados Unidos, o ir a la guerra contra Iraq sin pruebas concluyentes de que ese país poseyera armas de destrucción masiva). Cuando se acuñó el término, «truthiness» fue tratado como un enorme chiste, pero la gente ya no se ríe con él⁹.

Con la amplia campaña sobre el Brexit en Gran Bretaña, que estuvo exenta de datos fácticos (donde cientos de autobuses anunciaban estadísticas falaces de acuerdo con las cuales el Reino Unido estaba enviando 350 millones de euros a la semana a la UE)¹⁰, y el uso cada vez mayor que los políticos hacen de campañas de desinformación en contra de su propia gente en Hungría, Rusia y Turquía, muchos ven la posverdad como parte de una moda internacional creciente donde algunos se sienten tan envalentonados como para intentar deformar la realidad para que así encaje con sus opiniones, más que al contrario. Esto no quiere decir que necesariamente una campaña diga que los datos no importan, sino que expresa la convicción de que los datos se pueden siempre matizar, seleccionar y presentar dentro de un contexto político que favorezca una interpretación de la verdad sobre otra. Quizás esto es lo que Kellyanne Conway, consejera presidencial de Trump, quiso expresar cuando dijo que la secretaria de prensa Sean Spicer había intentado presentar «hechos alternativos»¹¹ en relación con el tamaño de la multitud presente en la investidura¹², cuando Trump pareció contrariado por las fotos del US Park Service [Servicio de parques de los Estados Unidos] que mostraban miles de asientos vacíos.

Entonces, ¿la posverdad trata meramente de la mentira? ¿Es un simple giro político? No precisamente. Tal como se presenta en el debate actual, la palabra «posverdad» es irreduciblemente normativa. Se usa como expresión de preocupación por aquellos que se cuidan de proteger el concepto de verdad y que sienten que está sometido a un ataque. ¿Pero qué sucede con aquellos que sienten que están meramente intentando contar «la otra parte de la historia» sobre cuestiones controvertidas, que sienten realmente que debe haber un espacio de discusión para los datos alternativos? La idea de una única verdad objetiva nunca ha estado libre de controversia. ¿Admitir esto es necesariamente conservador? ¿O liberal? ¿O quizás es una fusión en la que una gran parte de los ataques del ala de la izquierda relativista y posmodernista sobre la idea de verdad, que se suceden desde hace décadas, ha sido ahora simplemente absorbida por las operaciones del espectro político de derechas?

El concepto de verdad en filosofía se remonta hasta Platón, quien advirtió (a través de Sócrates) de los peligros de las falsas afirmaciones de conocimiento. La ignorancia, creía Sócrates, era remediable: si uno es ignorante, se le puede enseñar. La mayor amenaza proviene de aquellos que tienen la soberbia de pensar que ya conocen la verdad, pues entonces se podría ser lo bastante temerario como para actuar de acuerdo con la falsedad. Es importante dar en este punto al menos una mínima definición de verdad. Quizás la más famosa es la de Aristóteles, quien dijo: «decir de lo que es que no es, o de lo que no es que es, es falso, mientras que decir de lo que es que es, y de lo que no es que no es, es verdadero»¹³. Naturalmente, los filósofos han batallado durante siglos discutiendo si este tipo de «correspondencia» con el que juzgamos la verdad de una afirmación solamente en virtud de cómo de bien se ajusta a la realidad es o no correcto. Otras concepciones de la verdad (coherentista, pragmatista, semántica) reflejan la diversidad de opinión entre los filósofos sobre la *teoría* de la verdad adecuada, incluso mientras (en tanto que valor) parece haber poco debate en torno a la importancia de la verdad¹⁴.

Por ahora, sin embargo, la cuestión que tenemos entre manos no es la de si disponemos de una teoría de la verdad adecuada, sino la de cómo dar sentido a las diferentes formas en las que la gente *subvierte* la verdad. Como primer paso, es importante reconocer que a veces cometemos errores y decimos cosas que no son ciertas sin pretenderlo. En este caso, uno profiere una «falsedad» en oposición a una mentira, ya que el error no es intencionado. El siguiente paso es

la «ignorancia voluntaria», que ocurre cuando no sabemos realmente si algo es cierto, pero lo afirmamos igualmente, sin molestarnos en emplear tiempo en descubrir si nuestra información es correcta. En este caso, podemos culpar justificadamente al hablante por su desidia, ya que, si los datos son fácilmente accesibles, la persona que afirma una falsedad parece ser, al menos parcialmente, responsable de algún tipo de ignorancia. A continuación, viene la mentira, cuando decimos una falsedad¹⁵ con la intención de engañar. Este es un punto importante, pues aquí hemos pasado ya al intento de engañar a otra persona, a pesar de que sabemos que lo que decimos no es verdad. Por definición, toda mentira tiene una audiencia. No nos sentiríamos responsables de proferir una falsedad si nadie la estuviera escuchando (o si estamos seguros de que nadie la creería), pero cuando nuestra intención es manipular a alguien para que crea algo *que sabemos que no es verdad*, hemos pasado de la mera «interpretación» de los hechos a su falsificación. ¿Es de esto de lo que trata la posverdad?

Las líneas que delimitan los estadios que acabo de describir son bastante difusas y resulta una cuestión bastante resbaladiza el pasar de uno a otro. La primera vez que Trump dijo que no había habido conversaciones entre su consejero de seguridad nacional y funcionarios rusos antes de su investidura, pudo haber sido quizás una cuestión de ignorancia voluntaria. Pero cuando sus propios servicios de inteligencia revelaron que le habían informado precisamente sobre este tema (y Trump continuó negándolo durante 2 semanas más) uno empieza a vislumbrar que se trata de algo intencional. Después de que Trump siguiera repitiendo su afirmación de que habría ganado en voto popular si no hubiera sido por los millones de papeletas ilegales, el *New York Times* tomó la valiente decisión, nada más que tres días después de que empezara su legislatura, de imprimir un titular diciendo que Trump había mentido¹⁶.

Se pueden tener más tipos de relaciones interesantes con la verdad. En el deliciosamente audaz a la par que riguroso libro de Harry Frankfurt, *On Bullshit* [*Sobre la manipulación de la verdad*, en su edición en castellano], se defiende que cuando alguien está hablando como un charlatán no está mintiendo necesariamente, sino que puede estar demostrando una descuidada indiferencia hacia la verdad. ¿Es eso lo que está haciendo Trump? Hay más actitudes hacia la verdad, actitudes más partidistas. Cuando Gingrich afirma que el cómo nos sentimos en relación con la tasa de asesinatos es más importante que las estadísticas del FBI, uno puede sospechar, sencillamente, que es un cínico,

alguien de la especie de los que facilitan las cosas a la posverdad. Aquellos cómplices políticos que «hacen girar» la verdad de la forma más favorable a sus propósitos, sabiendo perfectamente (junto con la mayoría de la gente) que eso es lo que están haciendo, no están simplemente diciendo tonterías, pues existe un claro intento de influenciar en otros. Con todo, la posverdad se da incluso de una forma más virulenta. Esto ocurre cuando el autoengaño y las falsas ilusiones entran en juego y alguien cree de hecho algo que no es verdad y que prácticamente todas las fuentes creíbles lo pondrían en cuestión. En su forma más pura, la posverdad ocurre cuando alguien piensa que la reacción de las masas *cambia* realmente los hechos que son objeto de una mentira. Los entendidos pueden discutir sobre si Trump encaja en esta categoría: si es un embustero, indiferente, cínico, o si delira. Sin embargo, todas estas opciones parecen lo suficientemente hostiles hacia la verdad como para merecer ser calificadas como posverdad.

Como filósofo, no puedo menos que encontrar deplorables todas estas formas de posverdad. A pesar de que parece importante clarificar sus diferencias y entender que existen varias formas en las que alguien puede encajar bajo el paraguas de la posverdad, ninguna de estas debería ser aceptable para aquellos a los que realmente les importa la noción de verdad. Pero la parte enrevesada no consiste en explicar la ignorancia, la mentira, el cinismo, la indiferencia, el giro político, o incluso el engaño. Hemos vivido con todas estas cuestiones durante siglos. Más bien, lo que parece nuevo en la era de la posverdad es un desafío no solo a la idea de *conocer* la realidad sino a la existencia de la realidad misma. Cuando un individuo está desinformado o equivocado, él o ella probablemente pagarán un precio por ello; desear que un nuevo medicamento cure nuestra enfermedad cardíaca no hará que lo haga. Pero cuando nuestros líderes (o una pluralidad de nuestra sociedad) niegan hechos básicos, las consecuencias pueden ser devastadoras a escala mundial.

Cuando el presidente sudafricano Thabo Mbeki afirmó que los medicamentos antirretrovirales eran parte de una conspiración occidental y que el ajo y la limonada podían usarse para tratar el SIDA, murieron más de 300.000 personas¹⁷. Cuando el presidente Trump mantiene que el cambio climático es un fraude inventado por el Gobierno chino para arruinar la economía estadounidense¹⁸, las consecuencias a largo plazo pueden ser igualmente devastadoras, si no más. Sin embargo, el problema real que hay aquí, mantengo

yo, no es meramente el contenido de ninguna (indignante) creencia particular, sino la idea dominante de que, dependiendo de lo que uno quiera que sea verdad, algunos hechos importan más que otros. No se trata simplemente de que los que niegan el cambio climático no crean en los hechos, es que solo quieren aceptar aquellos hechos que justifiquen su ideología. Como todos los que patrocinan teorías conspiratorias, se sienten autorizados a usar un doble estándar por el que creen simultáneamente (sin evidencia) que los científicos del cambio climático son parte de una conspiración global para publicitar la evidencia del cambio climático, pero a continuación eligen cuidadosamente las estadísticas científicas favorables que supuestamente muestran que la temperatura global no se ha elevado en las dos últimas décadas¹⁹. Los negacionistas²⁰ y otros ideólogos abrazan rutinariamente un estándar de duda obscenamente alto respecto de los hechos que no quieren creer, junto con una credulidad completa hacia cualquier hecho que encaje con sus planes. El criterio principal que utilizan es lo que favorece sus creencias preexistentes²¹. Esto no supone el abandono de los hechos, sino una corrupción del proceso por el que los hechos se reúnen de forma creíble y se usan de manera fiable para conformar las creencias que uno tiene sobre la realidad. Ciertamente, el rechazo de esta forma de actuar socava la idea de que *algunas cosas son verdaderas independientemente de cómo nos sintamos con respecto a ellas*, y que redundaría en nuestro bien (y en el de nuestros políticos) intentar encontrarlas.

He caracterizado previamente todo esto como una cuestión de «respeto a la verdad», adoptando aquellos métodos de investigación, como la ciencia, que habitualmente han conducido hacia creencias verdaderas²². Si alguien mantiene que la verdad no importa, o que no existe tal cosa como la verdad, no estoy seguro de que podamos decirles nada. ¿Pero de qué trata realmente el fenómeno de la posverdad? Si alguien mira la definición del diccionario Oxford, y cómo se ha desarrollado todo esto en el debate público reciente, a uno le queda la sensación de que la posverdad no es tanto la afirmación de que la verdad *no existe*, sino la de que *los hechos están subordinados a nuestro punto de vista político*. La definición del diccionario de Oxford se centra en «qué» es la posverdad: la idea de que los sentimientos importan algunas veces más que los hechos. Pero igualmente importante es la siguiente pregunta acerca de *por qué* ocurre esto. Nadie discute un hecho obvio o fácilmente verificable sin ningún motivo: quien lo hace, lo hace en su propio beneficio. Cuando las creencias de

una persona son amenazadas por un «hecho inconveniente», a veces es preferible desafiar ese hecho. Esto puede ocurrir tanto a nivel consciente como inconsciente (ya que a veces la persona a la que estamos intentando convencer somos nosotros mismos), pero lo verdaderamente crucial es que este tipo de relación de la posverdad con los hechos ocurre solo cuando pretendemos afirmar algo que es más importante para nosotros que la verdad misma. Así, la posverdad equivale a una forma de supremacía ideológica, a través de la cual sus practicantes tratan de obligar a alguien a que crea en algo, tanto si hay evidencia a favor como si no. Y esta es la receta para la dominación política.

Pero se puede y se debe desafiar esta perspectiva. ¿Queremos vivir en un mundo donde la política se hace basándose en cómo nos hace sentir, más que en hasta qué punto funcionará correctamente en la realidad? El animal humano puede perfectamente estar programado para dar algún crédito a nuestros miedos y supersticiones, pero esto no significa que no podamos prepararnos para adoptar mejores estándares de evidencia. Puede haber preguntas teóricas legítimas sobre nuestra capacidad de conocer la verdad objetiva, pero esto no implica que los epistemólogos y los teóricos críticos no vayan al médico cuando están enfermos. Ni tampoco deberían los gobiernos construir más prisiones porque «sientan» que la delincuencia está aumentando.

La posverdad equivale a una forma de supremacía ideológica, a través de la cual sus practicantes intentan obligar a alguien a creer en algo, tanto si hay evidencia a favor de esa creencia como si no.

¿Qué hacer entonces? El primer paso para combatir la posverdad es comprender su génesis. Puede parecer que para algunos comentaristas la idea de posverdad apareció en escena justo en 2016, pero no es cierto. La palabra «posverdad» puede haber tenido un repunte reciente (como resultado del Brexit y de las elecciones presidenciales de los Estados Unidos) pero el fenómeno mismo tiene unas profundas raíces que se remontan miles de años atrás, hasta la evolución de irracionalidades cognitivas compartidas tanto por liberales como por conservadores. Como se sugirió anteriormente, tiene también raíces en los debates académicos sobre la imposibilidad de la verdad objetiva que se han usado para atacar a la autoridad de la ciencia. Y todo esto se ha exacerbado por los cambios recientes en el panorama de los medios de comunicación. Pero al intentar entender el fenómeno de la posverdad tenemos la suerte de disponer ya de una hoja de ruta preparada para guiarnos.

En la explosión del negacionismo científico, que tuvo lugar hace dos décadas sobre temas como el cambio climático, las vacunas y la evolución, vemos el nacimiento de tácticas usadas actualmente por la posverdad. Nuestros prejuicios cognitivos que nos son inherentes, las sutilísimas disquisiciones académicas sobre la verdad y la explotación de los medios de comunicación ya habían tenido una vida anterior en los ataques a la ciencia llevados a cabo por la derecha política. La diferencia es que ahora el campo de batalla abarca toda la realidad factual. Antes era una disputa sobre una teoría científica caída en desgracia; ahora la batalla es sobre una foto del US Park Service, o una cinta de la CNN.

A pesar de que nos parezca algo ajeno y desconcertante, el fenómeno de la posverdad no es ni opaco ni impenetrable. Sin embargo, tampoco es tan simple como para entenderlo en una sola palabra: Trump. En un mundo en el que los políticos pueden desafiar los hechos y *no pagar ningún precio político por ello*, la posverdad es mucho más importante que cualquier persona. Existe en nosotros, así como en nuestros líderes. Y las fuerzas que hay detrás de la posverdad se han ido desarrollando durante mucho tiempo. Este es el motivo por el cual creo que nuestra mejor oportunidad para comprender la posverdad reside en explorar los factores que condujeron hasta ella. A pesar de que la votación del Brexit y las elecciones presidenciales de los Estados Unidos puedan parecer inextricablemente unidas con la posverdad, ninguno de estos acontecimientos

fueron su causa: fueron el resultado.

³ Véase Ashley Parker, «Donald Trump, Slipping in Polls, Warns of “Stolen Election”», *New York Times*, 13 de octubre de 2016, <<https://www.nytimes.com/2016/10/14/us/politics/trump-election-rigging.html>>. Obsérvese que «posverdad» fue escogida palabra del año antes incluso de que se anunciaran los resultados de las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, con motivo de que alcanzara un pico en su uso tras la votación del Brexit en junio y de la nominación de Trump por el partido republicano en julio. Amy B. Want, «“Post-Truth” named 2016 Word of the Year by Oxford Dictionaries», *Washington Post*, 16 de noviembre de 2016, <https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2016/11/16/post-truth-named-2016-word-of-the-year-by-oxford-dictionaries/?utm_term=.ff63c5e994c2>.

⁴ Véase Michael D. Shear y Emmarie Huetteman, «Trump Repeats Lie about Popular Vote in Meeting with Lawmakers», *New York Times*, 23 de enero de 2017, <<https://www.nytimes.com/2017/01/23/us/politics/donald-trump-congress-democrats.html>>; Andy Greenberg, «A Timeline of Trump’s Strange, Contradictory Statements on Russian Hacking», *Wired*, 4 de enero de 2017, <<https://www.wired.com/2017/01/timeline-trumps-strange-contradictory-statements-russian-hacking/>>.

⁵ Scottie Nell Hughes en: *The Diane Rehm Show*, National Public Radio, 30 de noviembre de 2016, <<http://talkingpointsmemo.com/livewire/scottie-nell-hughes-there-are-no-more-facts>>.

⁶ Véase William Cummings, «Trump Falsely Claims Biggest Electoral Win since Reagan», *USA Today*, 16 de febrero de 2017, <<https://www.usatoday.com/story/news/politics/onpolitics/2017/02/16/trump-falsely-claims-biggest-electoral-win-since-reagan/98002648/>>; Elle Hunt, «Trump’s Inauguration Crowd: Sean Spicer’s Claims versus the Evidence», *Guardian*, 22 de enero de 2017, <<https://www.theguardian.com/us-news/2017/jan/22/trump-inauguration-crowd-sean-spicers-claims-versus-the-evidence>>; S. V. Date, «Of Course the CIA Gave Trump Standing Ovations: He Never Let Them Sit», *Huffington Post*, 23 de enero de 2017, <http://www.huffingtonpost.com/entry/trump-cia-ovations_us_58866825e4b0e3a7356b183f>; Jeremy Diamond, «Trump Falsely Claims US Murder Rate Is “Highest” in 47 Years», *CNN.com*, <<http://www.cnn.com/2017/02/07/politics/donald-trump-murder-rate-fact-check/index.html>>.

⁷ El término «liberal» significa en el contexto político de los Estados Unidos algo bastante diferente de lo que políticamente significa en Europa. Los «liberales» estadounidenses (que más exactamente deberían llamarse «social-liberales»), defienden el libre mercado junto con la defensa y expansión de los derechos civiles y políticos y aceptan como legítima la intervención del Estado en la economía y en materias sociales como los servicios de salud, la educación, la eliminación de la pobreza, etc. «Liberal» se usa para designar los defensores de políticas progresistas, tanto en el campo económico como social, y esta etiqueta suele usarse también para designar el ala izquierda de los social-liberales. [*N. del T.*].

⁸ <<http://transcripts.cnn.com/TRANSCRIPTS/1607/22/nday.06.html>>.

⁹ En respuesta a la elección de «posverdad» como palabra del año de 2016, Stephen Colbert dijo que estaba «pre-enfadado. Primero, “posverdad” no es la palabra del año, son las dos palabras del año [en inglés se escribe con guion, *post-truth*]]. Los guiones son para los débiles. Segundo, posverdad es claramente un plagio de mi palabra del año de 2006: *truthiness*». <<http://www.complex.com/pop-culture/2016/11/stephen-colbert-oxford-dictionary-post-truth-truthiness-rip-off>>.

¹⁰ Jon Henley, «Why Vote Leave’s £350m Weekly EU Cost Claim Is Wrong», *Guardian*, 10 de junio de

2016, <<https://www.theguardian.com/politics/reality-check/2016/may/23/does-the-eu-really-cost-the-uk-350m-a-week>>.

11 La expresión «hechos alternativos» [*alternative facts*] se ha hecho famosa después de que la consejera de Trump, Kellyanne Conway, la usara en una rueda de prensa para justificar que no mentía cuando anteriormente había afirmado, ante evidencia en contra, que había asistido más gente a la toma de posesión de Trump que a la de Obama. Estaba presentando «hechos alternativos», afirmó. Esto provocó la respuesta de un periodista advirtiéndole de que los «hechos alternativos» no eran hechos, sino falsedades. [*N. del T.*].

12 Eric Bradner, «Conway: Trump White House Offered “Alternative Facts” on Crowd Size», *CNN.com*, 23 de enero de 2017, <<http://www.cnn.com/2017/01/22/politics/kellyanne-conway-alternative-facts/index.html>>.

13 Aristóteles, *Metafísica*, 1011b25.

14 Para los interesados en leer más sobre el fascinante tema de la epistemología (el estudio de la teoría del conocimiento) quizás la mejor forma de empezar es con la erudita, pero accesible obra de Harry Frankfurt *On Truth* (Nueva York, Knopf, 2006) [Hay traducción al castellano en Barcelona, Paidós, 2007]. Para un poco más de detalle sobre las diferentes teorías de la verdad, uno puede acudir a Frederick F. Schmitt (ed.), *Theories of Truth* (Nueva York, Wiley-Blackwell, 2003).

15 Esto no es totalmente exacto. Mentir es decir algo que uno *cree* que es falso *con intención de engañar*. Puesto que algunas veces creemos falsedades (por ejemplo, creemos que algo falso es verdadero), cabe la posibilidad de mentir diciendo algo *verdadero* (pero que *creemos que es falso*) con intención de engañar. La conexión entre mentira y falsedad es entonces contingente y el que las mentiras sean gran parte de las veces falsedades se debe solo a que una porción muy importante de las cosas que creemos son verdaderas. [*N. del T.*].

16 Shear y Huettelman, «Trump Repeats Lie», <<https://www.nytimes.com/2017/01/23/us/politics/donald-trump-congress-democrats.html>>. Véase también la historia de dos días después que reflexiona sobre este hito: Dan Barry, «In a Swirl of “Untruths” and “Falsehoods”, Calling a Lie a Lie», *New York Times*, 25 de enero de 2017, <<https://www.nytimes.com/2017/01/25/business/media/donald-trump-lie-media.html>>. Sin embargo, esta no fue la primera vez que el *New York Times* dijo que Trump mentía. Véase «New York Times’ Editor: “We Owed It to Our Readers” to Call Trump Claims Lies», 22 de septiembre de 2016, *NPR.org*, <<http://www.npr.org/2016/09/22/494919548/new-york-times-editor-we-owed-it-to-our-readers-to-call-trump-claims-lies>>.

17 Sarah Boseley, «Mbeki AIDS Denial “Caused 300,000 Deaths”», *Guardian*, 26 de noviembre de 2008, <<https://www.theguardian.com/world/2008/nov/26/aids-south-africa>>.

18 Louise Jacobson, «Yes Donald Trump Did Call Climate Change a Chinese Hoax», *Politifact*, 3 de junio de 2016, <<http://www.politifact.com/truth-o-meter/statements/2016/jun/03/hillary-clinton/yes-donald-trump-did-call-climate-change-chinese-h/>>.

19 Esta afirmación la hizo sobre todo Ted Cruz, a quien le gusta afirmar que los propios datos de NOAA (Administración Nacional Oceánica y Atmosférica) refutan la cuestión del cambio climático, incluso cuando los estudios que cita se han corregido: véase Chris Mooney, «Ted Cruz’s Favorite Argument about Climate Change Just Got Weaker», *Washington Post*, 7 de marzo de 2016, <https://www.washingtonpost.com/news/energy-environment/wp/2016/03/07/ted-cruzs-favorite-argument-about-climate-change-just-got-weaker/?utm_term=.fb8b15b68e30>.

20 «Negacionismo» es la traducción del término inglés «denialism», que hace referencia de forma general a la actitud de una persona o grupo que, por diferentes razones, mayoritariamente políticas o religiosas (pero también de tipo patológico, como por ejemplo el negacionismo psicológico), se niega a aceptar lo que habitualmente se considera como hechos sobre los que existe un abrumador consenso científico. Pueden citarse como ejemplos el negacionismo histórico, como el del Holocausto (única acepción aceptada por el *DLE*), o el negacionismo científico, como el negacionismo sobre la teoría de la evolución, el SIDA o el cambio climático, entre otros. En lo que sigue, «negacionismo» hará referencia, salvo indicación contraria, al negacionismo científico. [*N. del T.*].

21 Se vio un claro ejemplo de esto en la presentación de la ratio de desempleo del 4,7 por 100 de marzo de 2017 por parte del secretario de prensa Sean Spicer. Cuando los reporteros le plantearon que Trump había desechado esas estadísticas en el pasado como «falsas» (cuando favorecían a Obama), Spicer se rio y dijo que Trump le había dicho que si le hacían esa pregunta tenía que decir que esas estadísticas «puede que hubieran sido falsas en el pasado, pero son reales ahora». Lauren Thomas, «White House's Spicer: Trump Says Jobs Report 'May Have Been Phony in the Past, But It's Very Real Now'», *CNBC.com*, 10 de marzo de 2017, <<http://www.cnbc.com/2017/03/10/white-houses-spicer-trump-says-jobs-report-may-have-been-phony-in-the-past-but-its-very-real-now.html>>.

22 Lee McIntyre, *Respecting Truth: Willful Ignorance in the Internet Age* (Nueva York, Routledge, 2015).

CAPÍTULO 2

La negación de la ciencia como hoja de ruta para entender la posverdad

Señor, cuando cambian los hechos cambio mi opinión. ¿Qué hace usted?

JOHN MAYNARD KEYNES

Lo que le pasó a la ciencia durante las últimas décadas presagiaba la posverdad. Antaño respetados por la autoridad de su método, los resultados científicos se cuestionan ahora abiertamente por legiones de inexpertos que discrepan de ellos. Es importante señalar que estos resultados científicos se escudriñan rutinariamente por los propios científicos, pero no es de eso de lo que estamos hablando aquí.

Cuando un científico propone una teoría se espera que siga los pasos de la revisión por pares, los intentos de replicación y la más alta verificación empírica de los datos que pueda ser llevada a cabo por los pares del propio científico. Estas reglas son bastante transparentes, ya que el que la evidencia empírica sea primordial en la evaluación del valor de una teoría científica está al servicio de los mismos valores científicos. Pero pueden ocurrir errores, incluso tras aplicar las mayores garantías. El proceso puede ser bastante brutal, pero es necesario asegurarse de que, hasta donde sea posible, solo pasen el filtro los trabajos de calidad. Así, se toman especialmente en serio los errores que impidan revelar cualquier fuente de sesgo potencial (los conflictos de intereses, la fuente de financiación que uno tiene, etc.). Dado este alto nivel de escrutinio que la ciencia hace de sí misma, ¿por qué sienten los no científicos que es necesario cuestionar sus resultados? ¿Piensan realmente que los científicos son negligentes? En la mayoría de los casos, no. Sin embargo, este es justo el tipo de denuncia que continuamente se propaga por parte de aquellos cuyas creencias ideológicas entran en conflicto con las conclusiones de la ciencia²³. En algunos casos los no expertos sienten que redundaría en su beneficio cuestionarse tanto la motivación como la competencia de los científicos. Y de aquí es de donde surgió «el

negacionismo respecto de la ciencia».

Una de las afirmaciones más comunes de aquellos a quienes no les gusta algún resultado científico en particular es que los científicos que obtuvieron esos resultados no eran imparciales. En cierto modo, se podría esperar que reconocer el efecto dañino que las creencias no empíricas (religiosas, políticas) pueden tener sobre la investigación empírica se tradujera en una muestra de respeto por los altos estándares científicos. Desafortunadamente, este no suele ser el caso. De hecho, es bastante común que aquellos que se oponen a ciertos resultados científicos particulares apliquen con total naturalidad sus *propias* pruebas definitivas en distintas áreas de investigación (incluso cuando puedan negar que esto es lo que están haciendo) bajo el disfraz de la «amplitud de miras» y la «imparcialidad». El objetivo aquí es el intento cínico de socavar la idea de que la ciencia juega limpio y hacer surgir dudas sobre el hecho de que la investigación empírica pueda ser valorativamente neutral. Una vez que estas dudas se han establecido, abrir la puerta a que se tomen en consideración «otras» teorías parece un pequeño paso. Después de todo, si uno sospecha que *toda* la ciencia está sesgada, no parece tan escandaloso considerar que una teoría pudiera estar contaminada por las creencias ideológicas de cada uno.

Otros críticos, sin embargo, son algo más habilidosos y dicen que determinados científicos no se adhieren a las prácticas de la buena ciencia: que están actuando con cerrazón mental y que están cegados por sus propios intereses. Parte de esta crítica está basada en un claro malentendido (o su explotación cínica) de cómo funciona la ciencia, sustentado en la idea errónea de que si los científicos reunieran suficientes evidencias podrían demostrar la verdad de una teoría. Pero no es así como funciona la ciencia: no importa cuán buena sea la evidencia, nunca puede demostrarse que una teoría científica es verdadera. No importa lo rigurosamente que haya sido contrastada, toda teoría es «solo una teoría»²⁴. Debido a la forma en que se reúne la evidencia científica, siempre es teóricamente posible que en el futuro se haga acopio de un cierto conjunto de datos que refute una teoría. Esto no implica que las teorías científicas estén injustificadas o que carezca de sentido creer en ellas. Pero sí significa que en algún punto los científicos deben admitir que, incluso la mejor de las explicaciones, no puede ofrecerse como *verdad*, sino solo como una creencia fuertemente garantizada basada en la justificación, dada la evidencia. Esta presunta debilidad del razonamiento científico se explota a menudo por los

que afirman que *ellos* son los científicos de verdad: que si la ciencia es un proceso abierto, entonces no deberían excluirse teorías alternativas. Hasta que una teoría es totalmente demostrada, creen, siempre puede ser verdadera una teoría competidora²⁵.

Mantengo que la ciencia no debería avergonzarse en absoluto por su situación epistemológica, sino que debería más bien aceptarla como una virtud. Decir que una teoría científica está bien garantizada dada la evidencia no es algo baladí. Ciertamente, si alguien desea aceptar los altos estándares de la explicación empírica, ¿por qué la carga de la prueba no reside en aquellas teorías pseudocientíficas que se supone deben competir con las científicas? Si no se puede ganar el juego de la «demostración», juguemos entonces en su lugar el juego de la «evidencia», en el que desearíamos preguntar al que niega la ciencia: ¿dónde está tu evidencia? Frente a un escrutinio así, los negacionistas habitualmente se esfuman. Sin embargo, para aquellos que saben poco o nada de cómo funciona realmente la ciencia puede parecer una debilidad extraordinaria de la ciencia (y una gran oportunidad para las teorías alternativas) que no se pueda «demostrar» la evolución. (Por supuesto, técnicamente hablando no se puede tampoco «demostrar» que el mundo es redondo)²⁶.

El ejemplo más destacado en los últimos años es lo que ha ocurrido con el asunto del cambio climático. A pesar de que prácticamente no existe debate científico sobre la cuestión de que la temperatura global está aumentando y de que los humanos son la causa principal de que así sea, se ha embaucado al público para que piense que existe una gran controversia científica sobre este asunto. Otros han contado bien esta historia en otras partes, así que presentaré aquí solamente un rápido resumen del caso²⁷. De hecho, mi meta es mostrar que el fenómeno de la negación de la ciencia en general es relevante para entender el fenómeno de la posverdad. Pero para hacer eso probablemente deberíamos empezar un poco antes, en el momento en que la negación de la ciencia empezó a caldearse en los años 50, cuando las compañías tabacaleras se dieron cuenta de que ellas mismas tenían interés en aumentar las dudas sobre si fumar cigarrillos causaba cáncer de pulmón.

«LA DUDA ES NUESTRO PRODUCTO»

La negación de la ciencia puede provenir tanto de un interés económico como de una ideología sectaria. La mayoría de las veces la ponen en marcha aquellos que tienen algo que perder, y más adelante la continúan aquellos a los que los primeros atrapan en sus campañas de desinformación. En su libro *Lies, Incorporated [Mentiras, Sociedad Anónima]*, Ari Rabin-Havt amplía nuestra comprensión de la conexión existente entre los intereses económicos y la posverdad política, al considerar cómo las presiones de los fondos corporativos (y las mentiras) sobre cierta variedad de temas tuvo influencia en las posiciones políticas sobre el cambio climático, las armas, la inmigración, los servicios sanitarios, la deuda nacional, la reforma del voto, el aborto y el matrimonio gay²⁸.

Existen múltiples y excelentes recursos que tratan el nacimiento del negacionismo en el debate sobre el tabaco. En *Merchants of Doubt [Mercaderes de la duda]*, Naomi Oreskes y Erik Conway rastrean la historia de cómo las tácticas diseñadas por ciertos científicos en el Tobacco Industry Research Committee [Comité de investigación de la industria del tabaco] (TIRC) se convirtieron en el guion para desarrollar la negacionismo²⁹. La parte económica de esta historia, en tanto que opuesta a la ideológica, que surgió después a partir de esta primera, es crucial para entender cómo lo que puede parecer una oposición basada en lo político puede tener sus raíces en intereses monetarios. En esto, la historia corrobora cómo se hicieron retroceder tantas presiones de base relativas al cambio climático (maniobra financiada por los intereses petrolíferos). También presagia la historia que contaremos más adelante sobre cómo las noticias falsas³⁰ evolucionaron desde los cibercebos³¹ [clickbaits] en búsqueda de beneficio hasta la desinformación absoluta.

El relato comienza en el Hotel Plaza de Nueva York en 1953. Allí se reunieron los jefes de las principales compañías tabacaleras para resolver qué hacer en relación con la reciente publicación de un artículo científico devastador que ponía en conexión el alquitrán de los cigarrillos con el cáncer desarrollado en ratones de laboratorio. El líder de la cumbre era John Hill, una figura legendaria de las relaciones públicas, que sugirió que en vez de continuar luchando entre ellos sobre qué cigarrillos eran más saludables, necesitaban una aproximación unificada mediante la que «combatirían a la ciencia» patrocinando «investigaciones» adicionales. Los ejecutivos estuvieron de acuerdo en financiar estas investigaciones bajo los auspicios del recién creado (por el propio Hill)

Tobacco Industry Research Committee, cuya misión era convencer al público de que «no había una demostración» de que fumar cigarrillos causara cáncer y que el trabajo anterior que pretendía mostrar esta conexión estaba siendo cuestionado por «numerosos científicos»³².

Y funcionó. Aprovechando la idea de que la ciencia nunca había mostrado «conexiones concluyentes» entre los cigarrillos y el cáncer (puesto que la ciencia no puede hacer algo así, sean cuales sean las variantes en cuestión)³³, el TIRC sacó un anuncio a página completa en numerosos periódicos estadounidenses (que llegaban potencialmente a 43 millones de personas) que tuvo el efecto de crear confusión y duda en una cuestión científica que estaba cerca de quedar resuelta. Como dice Rabin-Havt:

El Tobacco Industry Research Committee fue creado para arrojar dudas sobre el consenso científico de que fumar cigarrillos causa cáncer, para convencer a los medios de comunicación de que había dos partes de la misma historia sobre los riesgos del tabaco y de que cada lado debería ser tratado con la misma consideración. Finalmente buscó apartar a los políticos de causar ningún daño a los intereses económicos de las compañías tabacaleras³⁴.

Esta historia continuó durante las siguientes cuatro décadas (incluso frente a investigaciones científicas posteriores que resultaron abrumadoras), hasta 1998, cuando las compañías de tabaco finalmente aceptaron cerrar el sucesor del TIRC (y en el proceso revelaron miles de documentos internos que mostraban que habían sabido la verdad durante todo ese tiempo) como parte de un acuerdo de 200 mil millones de dólares que les protegía de futuras demandas. Entonces fueron libres de vender su producto a un mercado mundial que cabe presumir que conocía los riesgos. ¿Por qué hicieron esto? Obviamente, el beneficio que lograron durante esas cuatro décadas debió de compensar los costes en los que incurrieron, pero una vez que la evidencia fue innegable y que comenzó a haber demandas judiciales serias, las compañías tuvieron que calcular que sus futuros beneficios excederían con creces incluso los 200 mil millones de dólares pagados en el acuerdo. Menos de una década después, las compañías de tabaco fueron declaradas culpables de fraude bajo el Estatuto federal contra los testarrosos y el crimen organizado (RICO) por conspiración para ocultar lo que sabían sobre fumar y el cáncer desde una fecha tan lejana como 1953³⁵.

Por lo que concierne al negacionismo, sin embargo, la cuestión quedó lejos de resolverse, pues ahora apareció un guion a seguir por cualquiera que quisiera combatir a los científicos hasta llegar a una especie de punto muerto. En

Merchants of Doubt, Oreskes y Conway explican este modelo con más detalle. Ciertamente, los autores proporcionan evidencia no solo de que otros negacionistas siguieron la «estrategia tabacalera», sino también de que algunas de las mismas personas volvieron a estar involucradas en estos nuevos casos³⁶. Desde que la infame nota escrita en 1969 por un ejecutivo tabacalero que decía que «la duda es nuestro producto, ya que es la mejor forma de competir contra ‘el conjunto de hechos’ existente en las mentes del público general», ha estado claro lo que había que hacer³⁷. Encontrar y financiar a expertos propios, usarlos para sugerir a los medios de comunicación que hay dos partes de la misma historia, impulsar nuestra posición a través de las relaciones públicas y la presión gubernamental, y aprovecharse de la confusión pública resultante para cuestionar cualquier tipo de resultado científico que se quiera poner en duda.

Como explican Oreskes y Conway, esta estrategia tuvo éxito cuando se utilizó en «disputas» científicas posteriores como la «Iniciativa de defensa estratégica» de Reagan, el invierno nuclear, la lluvia ácida, el agujero de la capa de ozono y el calentamiento global³⁸. Parte de la financiación de estas campañas provino incluso de la industria tabacalera. Cuando el cambio climático se había convertido en un asunto partidista a principios de los años 2000, el mecanismo de la negación de la ciencia financiado por las grandes corporaciones era ya una máquina bien engrasada:

Expertos a los que se pagaba producían investigación falseada que se convertía en tema de conversación y en memes, repetidos después en la televisión por ganchos a los que se les pagaba, y se expandían en los medios sociales; y, cuando era necesario, martilleaban la conciencia pública a través de campañas publicitarias por las que también se les pagaba³⁹.

¿Por qué buscar desacuerdo científico cuando se puede fabricar? ¿Por qué molestarse en la revisión por pares cuando se pueden propagar las propias opiniones intimidando a los medios de comunicación o a través de relaciones públicas? ¿Y por qué esperar a que funcionarios del Gobierno lleguen a la «buena» conclusión cuando se les puede influenciar con dinero de la industria? Todo esto es, por supuesto, terriblemente cínico, pero es solamente una parada en la carretera que, hoy en día, lleva hasta la posverdad. Después de 2016, parece pintoresco preocuparse por documentos filtrados, testimonios condenatorios y contradicciones videograbadas cuando la noción de verdad misma ha sido puesta en duda. ¿Cómo podría haberse sabido que esta gente iba a llegar tan lejos? Por el éxito de estas mismas tácticas en la siguiente campaña,

contra el calentamiento global.

EL CAMBIO CLIMÁTICO Y MÁS ALLÁ

El calentamiento global es quizás el caso más flagrante de negacionismo moderno. Como ya se dijo, existen muchos trabajos en forma de libro que tratan sobre la farsa del «escepticismo» coordinado y manufacturado con el propósito de enfrentarse a la convincente evidencia científica de la influencia del ser humano en el cambio climático. En *Merchants of Doubt*, Oreskes y Conway plantean que se puede dibujar una línea recta desde la «estrategia del tabaco» de los años 50 hasta la «controversia» actual sobre el calentamiento global. En este caso, la financiación parece provenir de la industria de los combustibles fósiles y el «grupo de expertos» en cuestión es el Heartland Institute [Instituto Heartland]⁴⁰. Es desalentador leer que parte de la primera remesa de dinero que estaba detrás del Heartland provenía del gigante del tabaco Philip Morris⁴¹. Es quizás menos sorprendente saber que entre otros de sus patrocinadores a lo largo de los años se incluyeron ExxonMobil y los Koch Brothers⁴² [los hermanos Koch]⁴³: «El Heartland Institute recibió más de 7,3 millones de dólares de ExxonMobil entre 1998 y 2010, y casi 14,4 millones entre 1986 y 2010 de fundaciones afiliadas a Charles y David Koch, cuya empresa Koch Industries posee numerosos holdings de petróleo y energía»⁴⁴.

¿Por qué buscar desacuerdo científico cuando se puede fabricar? ¿Por qué molestarse en la revisión por pares cuando se pueden propagar las opiniones de cada uno intimidando a los medios de comunicación o a través de relaciones públicas? ¿Y por qué esperar a que funcionarios del Gobierno lleguen a la «buena» conclusión cuando se les puede influenciar con dinero de la industria?

ExxonMobil ha declarado que, desde 2008, había dejado de financiar cualquier tipo de organización que negara el cambio climático⁴⁵. Esto ocurrió mientras los investigadores descubrían que incluso mientras ExxonMobil estaba gastando dinero para ocultar los hechos sobre el cambio climático, estaba haciendo planes para explorar nuevas oportunidades de perforación en el Ártico una vez se hubiera derretido la capa de hielo polar⁴⁶. El Heartland Institute advierte ahora de que demandarán a cualquiera que sugiera que están recibiendo financiación relacionada con los intereses de las energías fósiles. Dado que han dejado de revelar las fuentes de su financiación, uno no tiene más remedio que aceptar su palabra. Lo que no está en duda, sin embargo, es que Heartland apoya la descripción que hace de ellos el *Economist* (que aparece en su página web) como «el *think tank* más prominente del mundo en promover el escepticismo sobre el cambio climático causado por el hombre»⁴⁷. Basándose en algunos documentos filtrados, uno puede también saber un poco sobre su estrategia, que el *New York Times* describe como «minar las enseñanzas sobre el calentamiento global en escuelas públicas [y] promover un programa que pondría en cuestión los resultados científicos que indican que las emisiones de combustibles fósiles hacen peligrar el bienestar del planeta a largo plazo»⁴⁸.

Por supuesto, Heartland no es la única organización que pone en cuestión el cambio climático. En los inicios estaban también organizaciones respaldadas por la industria como Edison Electric Group [Grupo eléctrico Edison], National Coal Association [Asociación nacional del carbón] y Western Fuels Association [Asociación occidental de combustibles], así como organizaciones de relaciones públicas financiadas por la industria como Climate Council [Consejo del clima] e Information Council on the Environment [Consejo de información sobre el medio ambiente], que parecen diseñadas para hacer con el calentamiento global lo que TIRC hizo con el tabaco⁴⁹. Hasta que cerró en 2015, el George C. Marshall Institute [Instituto George C. Marshall]⁵⁰ también tuvo un papel importante a la hora de generar escepticismo sobre el cambio climático (y también sobre el tabaquismo pasivo, la lluvia ácida y el agujero de la capa de ozono), aunque en este caso, a pesar de que parte de la financiación provenía de partes interesadas en los combustibles fósiles, se puede sospechar que su

ideología política de rechazar soluciones provenientes de «gobiernos abusivamente intrusivos» [*«big-government»*] para los problemas sociales era una fuerza motivadora clave⁵¹. Incluso varios científicos universitarios (a los que se les trata como estrellas de rock cuando van a hablar en actos organizados por el Heartland Institute) han hecho surgir dudas sobre el cambio climático. Pero afirmar que no existe un «consenso científico» sobre el cambio climático (o que eso no es «ciencia asentada») parece una broma.

En 2004, varios investigadores publicaron una revisión del contenido de los por entonces 928 artículos científicos publicados sobre el cambio climático y descubrieron que ninguno de ellos cuestionaba la idea de que la influencia antropogénica en el cambio climático era real⁵². En una actualización de estos hallazgos de 2012, otros investigadores encontraron que el número de disidentes era el 0,17 por 100 de un total de 13.950 artículos⁵³.

Un estudio de 2013, hecho a 4.000 artículos con revisión por pares que adoptaban alguna posición sobre el cambio climático, encontró que el 97 por 100 estaba de acuerdo con que el calentamiento global estaba causado por la actividad humana⁵⁴. Mientras tanto, de acuerdo con las últimas encuestas de opinión pública, solo el 27 por 100 de los adultos estadounidenses piensa que «casi todos los científicos están de acuerdo en que el comportamiento humano es en gran parte responsable del cambio climático»⁵⁵. ¿Por qué existe una confusión tan extendida entre el público, no solo sobre si el cambio climático es real, sino sobre si los científicos han llegado a un consenso sobre el asunto? Porque esta duda se ha fabricado sin vergüenza alguna durante los últimos veinte años por quienes tienen un interés financiero en promoverla.

En 1998, el American Petroleum Institute [Instituto estadounidense del petróleo] [API] [...] celebró una serie de encuentros en sus oficinas de Washington DC para discutir respuestas potenciales de la industria al principal tratado climático [protocolo de Kyoto] que se estaba negociando para reducir las emisiones globales de los gases con efecto invernadero. Entre los asistentes estaban representantes de algunas de las mayores compañías de petróleo del país, incluyendo a Exxon, Chevron y Southern Company⁵⁶.

Uno se pregunta si también asistieron el fantasma de John Hill y los ejecutivos tabacaleros de 1953. Probablemente se tenía la intención de que las actas de estos encuentros permanecieran en secreto, pero debido a una filtración casi inmediata el público no tuvo esta vez que esperar cuarenta años para saber lo que se había discutido⁵⁷. Las notas con las acciones que se habrían de llevar a

cabo rezaban parcialmente así:

SE ALCANZARÁ LA VICTORIA CUANDO

- El ciudadano medio «entienda» (reconozca) las incertidumbres que existen en la ciencia del clima; el reconocimiento de las incertidumbres ha de volverse parte de la «sabiduría convencional».
- Los medios de comunicación «entiendan» (reconozcan) las incertidumbres que existen en la ciencia del clima.
- La cobertura mediática refleje un equilibrio entre la ciencia del clima y el reconocimiento de la validez de los puntos de vista que desafían la actual «sabiduría convencional».
- El personal directivo de la industria entienda las incertidumbres que existen en la ciencia del clima, convirtiéndose en los embajadores más vigorosos ante aquellos que conforman la política climática.
- Aquellos que promocionan el tratado de Kyoto tomando como base el alcance de la ciencia parezcan estar desconectados de la realidad⁵⁸.

El uso selectivo de hechos que apoyan la propia posición, y el rechazo completo de los que no lo hacen, parece ser parte integrante en la creación de la nueva realidad de la posverdad.

Esta analogía entre la «estrategia tabacalera» y el plan de acción API es, sencillamente, demasiado estrecha como para ignorarla. A medida que uno continúa leyendo las notas filtradas, se da cuenta de que las partes importantes de la táctica para implementar este plan eran 1) «identificar, reclutar y entrenar un equipo de cinco científicos independientes para participar en un espacio divulgativo en los medios de comunicación», 2) «establecer un Global Climate Data Center [Centro global de datos climáticos]... como una fundación educativa sin ánimo de lucro», y 3) «informar e instruir a algunos miembros del Congreso». ¿No suena todo esto familiar?

Creo que podemos dejarlo aquí. Aunque el resto de la historia es fascinante, se puede acudir a los recursos citados a lo largo de este capítulo para que nos cuenten el resto. La conclusión es que, a pesar de haber destapado por completo el plan de batalla de API menos de una semana después de que se ejecutara, tuvo aun así un enorme éxito. Los «hechos» no importaron. Los medios de comunicación ya estaban bien entrenados para presentar reflexivamente «ambas partes de la historia» sobre cualquier tema científico «controvertido». Como resultado, el público sigue confuso. Y nuestro nuevo presidente (entre otros importantes republicanos como el senador James Inhofe y el senador Ted Cruz) continúa proclamando que el cambio climático es un fraude.

IMPLICACIONES PARA LA POSVERDAD

La lección extraída de estos casos de negacionismo no puede haberse perdido entre los políticos actuales. Aparentemente, nadie tiene ya por qué seguir ocultando sus estrategias. En un ambiente en el que se puede dar por supuesta la posición partidista, y en el que a menudo es suficiente «escoger un equipo» más que atender a la evidencia, se puede expandir la desinformación y despreciar la comprobación de los hechos. El uso selectivo de los hechos que apoyan la propia posición, y el rechazo completo de los hechos que no lo hacen, parece ser parte integrante en la creación de la nueva realidad de la posverdad. Puede parecer increíble para los que se preocupan por los hechos y la verdad, pero ¿por qué

deberían aquellos que quieren alcanzar un resultado político seguir preocupándose por borrar sus huellas si no pagan ningún precio político por cómo actúan? Seguramente Donald Trump aprendió esta lección cuando fomentó la conspiración «birther»⁵⁹ durante años y a continuación fue elegido presidente. Cuando los apoyos que uno recibe se preocupan más por el lado del que estás que por lo que dice la evidencia, realmente los hechos pueden estar subordinados a las opiniones.

Las tácticas que vemos que se emplean en el mundo actual de la posverdad se aprendieron en las anteriores campañas de los negacionistas de la verdad que querían combatir el consenso científico y ganaron la batalla. ¿Y si uno puede negar los hechos relativos al cambio climático, por qué no los que conciernen a la tasa de asesinatos?⁶⁰ Si la conexión entre el tabaco y el cáncer puede oscurecerse a lo largo de décadas de desinformación y duda, ¿por qué no esperar que pase lo mismo con cualquier otra cuestión que uno quiera politizar? Como podemos ver, es la misma estrategia con las mismas raíces: ahora, en cambio, tiene un objetivo más amplio, que es la realidad misma. En un mundo donde la ideología triunfa sobre la ciencia, la posverdad es, inevitablemente, el siguiente paso.

²³ En su libro *The Death of Expertise* (Nueva York, Oxford University Press, 2017), Tom Nichols explica que esto forma parte de un fenómeno creciente, en el que los profanos quieren desafiar a los expertos cada vez más. En una entrevista de radio reciente, Nichols lo caracterizó de forma pintoresca usando un ejemplo de conversación muy común que él tiene cuando la gente descubre que es una autoridad sobre Rusia. «¿Sabe usted mucho sobre Rusia? Bien, déjeme que le explique lo que es Rusia». «One National Security Professor Alarmed by “The Death of Expertise”», *WBUR.org*, <<http://www.wbur.org/hereandnow/2017/03/13/expertise-death-tom-nichols>>.

²⁴ McIntyre, *Respecting Truth*, págs. 8-9.

²⁵ Es importante darse cuenta, sin embargo, de que la confirmación científica no es un fenómeno del tipo «todo o nada». Hay grados de confirmación que pueden evaluarse por la conformidad de una teoría con la evidencia, pero también con probabilidades previas. Una forma de hacerlo es con la inferencia bayesiana, pero hay también otros métodos. Así pues, la ciencia *puede* descartar teorías alternativas, incluso si no son estrictamente «refutadas», simplemente porque tienen una probabilidad abrumadora de no ser verdaderas.

²⁶ De nuevo, el punto importante aquí es que algunas teorías científicas son más creíbles que otras, dada la evidencia. Es un estándar lógicamente absurdo decir que se debe «demostrar» una teoría empírica para tener justificación para creer en ella.

²⁷ James Hansen, *Storms of My Grandchildren* (Nueva York, Bloomsbury, 2011); James Hoggan, *Climate Cover-Up: The Crusade to Deny Global Warming* (Vancouver, Greystone, 2009); Chris Mooney, *The*

Republican War on Science (Nueva York, Basic Books, 2005).

[28](#) Ari Rabin-Havt, *Lies, Incorporated: The World of Post-Truth Politics* (Nueva York, Anchor Books, 2016).

[29](#) Naomi Oreskes y Erik Conway, *Merchants of Doubt: How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming* (Nueva York, Bloomsbury, 2010). Obsérvese que en 1964 el TIRC fue reemplazado por el Council for Tobacco Research.

[30](#) A lo largo del libro se vierte la expresión inglesa «fake news» por «noticias falsas». Aunque hay otras alternativas que se han sugerido para la traducción castellana de «fake news» (como, por ejemplo, «bulos» o «paparruchas»), se ha considerado preferible utilizar la traducción más común. Sin embargo, como el propio autor indica, las «fake news» no son meramente noticias *falsas* (pueden ser incluso «medias verdades»), sino noticias creadas *ex professo* para ser diseminadas (mayoritariamente por medio de las redes sociales) con la intención de confundir o desorientar a la opinión pública y obtener en consecuencia réditos financieros y/o políticos. El libro ofrece innumerables ejemplos de este fenómeno. [N. del T.].

[31](#) Neologismo inglés usado de forma peyorativa para describir los contenidos en internet que apuntan a generar ingresos publicitarios, especialmente a expensas de la calidad o exactitud de los mismos. [N. del T.].

[32](#) Oreskes y Conway, *Merchants of Doubt*, págs. 14-16; Rabin-Havt, *Lies, Incorporated*, págs. 23-25.

[33](#) Una de las bases del razonamiento en estadística consiste en que la correlación no equivale a la causalidad. No importa lo alto que sea el grado de correlación, es erróneo inferir que una cosa *tiene* que causar otra. De nuevo, volvemos al problema de la «demostración». Las altas correlaciones hacen *más probable* que dos variables estén relacionadas causalmente, pero siempre que lidiamos con cuestiones empíricas va a haber un elemento de duda. Una buena fuente para entender esto es Ronald Giere, *Understanding Scientific Reasoning* (Nueva York, Harcourt, 1991).

[34](#) Rabin-Havt, *Lies, Incorporated*, págs. 26-27; véase también Oreskes y Conway, *Merchants of Doubt*, pág. 16.

[35](#) Oreskes y Conway, *Merchants of Doubt*, págs. 15, 33.

[36](#) *Ibíd.*, pág. 168.

[37](#) *Ibíd.*, pág. 34.

[38](#) *Ibíd.*, pág. 35.

[39](#) Rabin-Havt, *Lies, Incorporated*, pág. 7.

[40](#) El Heartland Institute es un *think tank* estadounidense de orientación conservadora, fundado en 1984, que elabora informes relativos, entre otras cosas, a políticas sobre el cambio climático, la salud, los impuestos, la reforma de la educación, o los problemas medioambientales. En los años 90 del pasado siglo colaboró con las industrias tabacaleras elaborando informes que minimizaban la conexión entre el cáncer y los fumadores pasivos. [N. del T.].

[41](#) Oreskes y Conway, *Merchants of Doubt*, pág. 234.

[42](#) Charles G. Koch y David H. Koch (conocidos usualmente como los «Koch Brothers»), son los

descendientes de una poderosa saga de industriales estadounidenses, ligados originalmente al negocio del petróleo. Son muy conocidos por sus actividades políticas dentro de la órbita conservadora (sus donaciones al partido republicano son legendarias) y controlan el conglomerado de industrias Koch, la segunda mayor compañía privada de los Estados Unidos. [N. del T.].

[43](#) En 2012, se filtró a los medios de comunicación el plan de financiación de Heartland, a pesar de que se discutió la autenticidad de algunos de los documentos. Véase Richard Littlemore, «Heartland Insider Exposes Institute's Budget and Strategy», *Desmog*, 14 de febrero de 2012, <<https://www.desmogblog.com/heartland-insider-exposes-institute-s-budget-and-strategy>>; <<https://s3.amazonaws.com/s3.documentcloud.org/documents/292934/1-15-2012-2012-fundraising-plan.pdf>>; Suzanne Goldenberg, «Leak Exposes How Heartland Institute Works to Undermine Climate Science», *Guardian*, 14 de febrero de 2012, <<https://www.theguardian.com/environment/2012/feb/15/leak-exposes-heartland-institute-climate>>.

[44](#) Juliet Eilperin, «Climate Skeptics Target State Energy Laws, Including Maine's», *Bangor Daily News*, 25 de noviembre de 2012, <<http://bangordailynews.com/2012/11/25/politics/climate-skeptics-target-state-energy-laws-including-maines/>>.

[45](#) A pesar de que se cuestiona en alguna medida en los medios si ExxonMobil realmente continuó este compromiso. Alexander Kaufman, «Exxon Continued Paying Millions to Climate-Change Deniers under Rex Tillerson», *Huffington Post*, 9 de enero de 2017, <http://www.huffingtonpost.com/entry/tillerson-exxon-climate-donations_us_5873a3f4e4b043ad97e48f52>.

[46](#) Steve Coll, *Private Empire: ExxonMobil and American Power* (Nueva York, Penguin, 2012); «ExxonMobil: A “Private Empire” on the World Stage», *NPR.org*, 2 de mayo de 2012, <<http://www.npr.org/2012/05/02/151842205/exxonmobil-a-private-empire-on-the-world-stage>>.

[47](#) <<https://www.heartland.org/Center-Climate-Environment/index.html>>.

[48](#) Justin Gillis y Leslie Kaufman, «Leak Offers Glimpse of Campaign against Climate Science», *New York Times*, 15 de febrero de 2012, <<http://www.nytimes.com/2012/02/16/science/earth/in-heartland-institute-leak-a-plan-to-discredit-climate-teaching.html>>.

[49](#) Rabin-Havt, *Lies, Incorporated*, pág. 42.

[50](#) El George C. Marshall Institute [GMI] fue fundado en 1984 como un *think tank* conservador e, inicialmente, se dedicaba al análisis de las políticas de defensa. Desde finales de los años 80 del siglo pasado, su actividad se dirigió de forma especial a apoyar el escepticismo sobre el cambio climático. El GMI cesó sus actividades a finales de 2015. [N. del T.].

[51](#) *Ibíd.*, pág. 38.

[52](#) Mooney, *The Republican War on Science*, pág. 81.

[53](#) <<https://www.desmogblog.com/2012/11/15/why-climate-deniers-have-no-credibility-science-one-pie-chart>>.

[54](#) Rabin-Havt, *Lies, Incorporated*, pág. 40.

[55](#) <<http://www.pewinternet.org/2016/10/04/the-politics-of-climate/>>.

[56](#) Rabin-Havt, *Lies, Incorporated*, pág. 34.

⁵⁷ John H. Cushman Jr., «Industrial Group Plans to Battle Climate Treaty», *New York Times*, 26 de abril de 1998, <<http://www.nytimes.com/1998/04/26/us/industrial-group-plans-to-battle-climate-treaty.html>>.

⁵⁸ El material de esta cita ya no está disponible en su fuente original, <http://www.euronet.nl/users/e_wesker/ew@shell/API-prop.html>. Sin embargo, se ha citado en otras publicaciones, incluyendo James Hoggan y Richard Littlemore, *Climate Cover-Up: The Crusade to Deny Global Warming* (Vancouver, Greystone, 2009), pág. 43.

⁵⁹ Durante la campaña para la elección presidencial de Obama en 2008 (una vez elegido presidente y durante todo su mandato) se pusieron en circulación toda una serie de teorías conspiratorias que afirmaban que Obama era inelegible como presidente de los Estados Unidos porque, como la Constitución de ese país prescribe, todo presidente debe haber nacido en los Estados Unidos. Todo ello ante la evidencia abrumadora de que Obama había nacido en Hawái. Una serie de teóricos de la conspiración defendieron y diseminaron, principalmente en las redes sociales, que Obama había nacido en Kenia. Recibieron el nombre despectivo de «birthers» (que dan a luz). [*N. del T.*].

⁶⁰ Hay evidencia de que ya está ocurriendo y que quizás la estrategia tabacalera se esté usando ahora en las discusiones sobre la ratio de asesinatos. A pesar de que los expertos están de acuerdo en que la ratio de asesinatos está cerca de un mínimo histórico, la opinión pública muestra una creencia cada vez mayor de que está en un máximo. Tristan Bridges, «There's an Intriguing Sociological Reason So Many Americans Are Ignoring Facts Lately», *Business Insider*, 27 de febrero de 2017, <<http://www.businessinsider.com/sociology-alternative-facts-2017-2>>.

CAPÍTULO 3

Las raíces del sesgo cognitivo

La gente puede prever el futuro solo cuando coincide con sus propios deseos, y los hechos más groseramente evidentes se pueden ignorar cuando son desagradables.

GEORGE ORWELL

Una de las raíces más profundas de la posverdad ha sido también una de las que más tiempo ha estado con nosotros, ya que ha sido implantada en nuestras mentes a lo largo de la historia de la evolución humana: el sesgo cognitivo. Los psicólogos han realizado experimentos durante décadas mostrando que no somos tan racionales como creemos. Algunos de estos trabajos se basan en cómo reaccionamos frente a verdades inesperadas o incómodas.

Un concepto central de la psicología humana es que nos esforzamos para evitar el descontento psíquico. No es una cuestión placentera el pensar mal sobre uno mismo. Algunos psicólogos lo denominan «mecanismo de defensa del ego» (siguiendo a la teoría freudiana), pero tanto si utilizamos este marco como paradigma como si no, el concepto es claro. Nos sentimos mejor pensando que somos inteligentes, que estamos bien informados, que somos personas capaces, que pensando que no somos nada de eso. ¿Qué ocurre cuando nos enfrentamos con información que sugiere que algo que creemos es falso? Solo los egos más fuertes pueden soportar mucho tiempo el estar bajo el flagrante asalto de la autocrítica: «¡Qué estúpido fui! La respuesta estaba delante de mí todo el tiempo, pero no me molesté en mirar. Debo de ser un idiota». La tensión se resuelve a menudo cambiando una de nuestras creencias.

Es muy importante, sin embargo, observar cuáles son las creencias que cambian. Uno querría pensar que siempre debería ser la creencia que se ha mostrado errónea. Si estamos equivocados sobre una cuestión relativa a la realidad empírica, y finalmente nos enfrentamos a la evidencia, parecería más fácil devolver nuestras creencias a una situación armoniosa cambiando la creencia sobre la que ahora tenemos buenos motivos para dudar. Pero no es esto

lo que siempre ocurre. Existen muchas formas de ajustar un conjunto de creencias, algunas racionales y otras no⁶¹.

TRES HALLAZGOS CLÁSICOS DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

En 1957, Leon Festinger publicó su libro pionero *A Theory of Cognitive Dissonance* [*Teoría de la disonancia cognitiva*, en su versión castellana], en el cual presentaba la idea de que buscamos la armonía entre nuestras creencias, actitudes y comportamiento, y experimentamos un malestar psíquico cuando estos se desequilibran. Al buscar una solución, nuestro primer objetivo es preservar nuestro sentido de autoestima. En un experimento típico, Festinger asignaba a ciertos sujetos una actividad extremadamente aburrida, por la cual a algunos les pagaba 1 dólar y a otros 20. Después de completar la tarea, se les pedía a los sujetos que contaran a la persona que iba a realizar la tarea después de ellos si esta era entretenida. Festinger observó que los sujetos a los que les había pagado 1 dólar informaron de que la tarea era mucho más entretenida que aquellos a los que se les había pagado 20 dólares. ¿Por qué? Porque estaba en juego su ego. ¿Qué tipo de persona haría una tarea absurda y sin sentido simplemente por un dólar, a menos que fuera entretenida? Para reducir la disonancia, cambiaron su creencia de que la tarea había sido aburrida, mientras que aquellos a los que se les dieron 20 dólares no se engañaban respecto de por qué la habían hecho. En otro experimento, Festinger tuvo a los sujetos sosteniendo carteles de protesta por causas en las que no creían. ¡Sorpresa! Después de hacerlo, los sujetos comenzaron a sentir que esas causas eran realmente algo más importantes de lo que habían pensado en un principio.

¿Pero qué ocurre cuando hemos puesto en juego mucho más que realizar una tarea aburrida o sostener una pancarta? ¿Qué pasaría si adoptáramos una postura pública sobre algún asunto, o incluso le dedicásemos nuestra vida, solo para más tarde descubrir que habíamos sido embaucados? Festinger analizó este fenómeno en un libro llamado *The Doomsday Cult* [*El culto del Día del Juicio*], en el que da cuenta de las actividades de un grupo llamado «The Seekers» (Los Buscadores), que creían que su líder, Dorothy Martin, podía transcribir mensajes de alienígenas espaciales que estaban viniendo a rescatarlos antes de que se acabara el mundo el 21 de diciembre de 1954. Después de vender todas sus

posesiones, esperaron en la cima de una montaña, solo para descubrir que los alienígenas nunca llegarían a aparecer (y por supuesto que no se acabó el mundo). La disonancia cognitiva debió de ser tremenda. ¿Cómo la resolvieron? Dorothy Martin enseguida les saludó con un nuevo mensaje: su fe y sus oraciones habían sido tan poderosas que los alienígenas decidieron cancelar sus planes. ¡Los Buscadores habían salvado el mundo!

Desde fuera es fácil desechar estas creencias como propias de crédulos idiotas; sin embargo, en trabajos experimentales posteriores Festinger y otros demostraron que, en un grado u otro, todos sufrimos disonancia cognitiva. Cuando pasamos a formar parte de un club deportivo que se encuentra bastante lejos, debemos justificar nuestra inversión contando a nuestros amigos que los entrenamientos son tan intensos que solo necesitamos ir una vez a la semana; cuando no conseguimos la nota que quisiéramos en química orgánica, nos decimos a nosotros mismos que, de todos modos, no queríamos matricularnos realmente en la facultad de Medicina. Pero hay otro aspecto de la disonancia cognitiva que no debería subestimarse: que estas tendencias tan «irracionales» tienden a reforzarse cuando estamos rodeados de otras personas que creen en lo mismo que nosotros. Si solo una persona hubiera creído en el «culto al fin del mundo», quizás él o ella se habría suicidado o escondido. Pero cuando se comparte una creencia errónea con otros, a veces incluso los errores más increíbles se pueden racionalizar.

En el innovador artículo de 1955 «Opinions and Social Pressure» [«Opiniones y presión social»], Solomon Asch demostró que existe un aspecto social de la creencia tan poderoso que podemos descartar incluso la evidencia de nuestros propios sentidos si pensamos que nuestras creencias no están en armonía con las de quienes nos rodean. En resumen, la presión social funciona. Al igual que buscamos la armonía en nuestras propias creencias, también buscamos la armonía con las creencias de aquellos que nos rodean. En su experimento, Asch reunió entre siete y nueve sujetos, de los cuales todos salvo uno eran «cómplices» (esto es, eran «parte» del engaño que ocurriría en el experimento). Solo había uno que no estaba en el ajo; era el único sujeto experimental que se colocaba siempre en la última silla de la mesa. El experimento incluía mostrar a los sujetos una carta que contenía una línea, después otra carta con tres líneas, una de las cuales era idéntica en longitud a la de la primera carta. Las otras dos líneas de la segunda carta eran «sustancialmente diferentes» en cuanto a longitud. El experimentador se movía

entonces alrededor del grupo y pedía a cada sujeto que dijera en voz alta cuál de las tres líneas de la segunda carta era igual a la línea de la primera. En las primeras pruebas, los cómplices respondían con exactitud y el sujeto experimental, por supuesto, estaba de acuerdo con ellos. Pero a continuación las cosas se pusieron interesantes. Los cómplices comenzaron a responder unánimemente que una de las opciones obviamente falsa era, de hecho, igual de larga que la línea de la primera carta. Para cuando la pregunta llegaba al sujeto experimental, había una tensión psíquica obvia. Ash lo describe así:

[El sujeto] está colocado en una posición en la que, a pesar de estar dando las respuestas correctas, se encuentra inesperadamente en abrumadora minoría, con la oposición unánime y caprichosa de una mayoría con respecto a un hecho claro y simple. Hemos colocado sobre él dos fuerzas opuestas: la evidencia de sus sentidos y la opinión unánime de un grupo de sus semejantes⁶².

Antes de anunciar su respuesta, prácticamente todos los sujetos discordantes que habían sido preparados para ello tenían el aspecto de estar sorprendidos, incluso de no poder creerlo. Pero entonces ocurrió una cosa divertida. El 37 por 100 de ellos se rendía a la opinión mayoritaria. Descartaron lo que habían visto justo enfrente de ellos para poder permanecer en conformidad con el grupo.

Otra pieza clave del trabajo experimental sobre la irracionalidad humana es la descubierta por Peter Cathcart Wason en 1960. En su artículo «On the Failure to Eliminate Hypotheses in a Conceptual Task» [«Sobre el fracaso al eliminar hipótesis en una tarea conceptual»], Wason dio el primero de muchos pasos para identificar errores de lógica y otros tipos de errores conceptuales que cometemos los humanos habitualmente al razonar. En este primer artículo, introdujo (y posteriormente bautizó) una idea que han oído prácticamente todos los que participan en el debate de la posverdad: sesgo de confirmación⁶³. El diseño experimental de Wason era elegante. Les encargó a veintinueve estudiantes universitarios una tarea cognitiva en la que se les pedía «descubrir una regla» basándose en la evidencia empírica. Wason presentó a los sujetos la serie de tres números 2, 4, 6 y les dijo que su tarea era tratar de descubrir la regla que había sido usada para generar esa serie. Se les pedía a los sujetos apuntar su propio conjunto de tres números, tras lo cual el experimentador diría si los números se conformaban a la regla o no. Los sujetos podían repetir esta tarea tantas veces como quisieran, pero tenían que tratar de descubrir la regla en el menor número de intentos posible. No había restricciones sobre el tipo de números que podían

proponer. Cuando pensaran que estaban preparados, los sujetos podían proponer su regla.

Los resultados fueron impactantes. De veintinueve sujetos muy inteligentes, solo seis propusieron la regla correcta sin ninguna conjetura anterior incorrecta. Trece propusieron una regla incorrecta y nueve propusieron dos o más. Uno no fue capaz de proponer ninguna. ¿Qué pasó? Como explica Wason, los sujetos que fallaron en la tarea parecían reacios a proponer ningún conjunto de números que probase la exactitud de su regla hipotética y, en su lugar, proponían solo aquellos que la confirmaban. Por ejemplo, dada la serie 2, 4 y 6, muchos sujetos apuntaron en primer lugar 8, 10, 12, y se les dijo «sí, esta serie sigue la regla». Pero entonces algunos se limitaron a seguir dando números pares en orden ascendente sumando dos. Más que usar su oportunidad para ver si su regla intuitiva, «se incrementa en intervalos de dos», era incorrecta, continuaban proponiendo solo casos confirmatorios. Cuando estos sujetos anunciaron su regla se sorprendieron al saber que era incorrecta, a pesar de no haberla nunca puesto a prueba con algún caso de no confirmación.

Tras esto, trece sujetos comenzaron a poner a prueba sus hipótesis y finalmente llegaron a la respuesta correcta, que era «tres números cualesquiera en orden ascendente». Una vez que se libraban de su actitud «confirmadora», estaban más dispuestos a contemplar la idea de que podía haber más de una forma de obtener la serie de números original. Esto no puede explicar, sin embargo, el caso de los nueve sujetos que dieron dos o más reglas incorrectas, pues ya se les había dado amplia evidencia de que su propuesta era incorrecta, pero aun así no pudieron hallar la respuesta correcta. ¿Por qué no conjeturaron 9, 7, 5? Aquí Wason especula que «puede que no supieran cómo intentar falsar una regla por ellos mismos; o que supieran cómo hacerlo, pero aun así pensaran que era más sencillo, más cierto o más tranquilizador conseguir una respuesta directa del experimentador»⁶⁴. En otras palabras, en este punto su sesgo cognitivo tenía un firme control sobre ellos y solo podían dar vueltas alrededor de la respuesta correcta.

Los resultados de estos tres experimentos, véase 1) disonancia cognitiva, 2) conformidad social y 3) sesgo de confirmación, son obviamente relevantes para la posverdad, y es por ello por lo que tanta gente parece propensa a formar sus creencias sin tener en cuenta las normas de la razón y los buenos estándares de evidencia, favoreciendo el acomodarse a sus propias intuiciones o a las de sus

iguales. Sin embargo, la posverdad no surgió en los años 50 o ni siquiera en los 60. Esperó a la tormenta perfecta que tenía algunos otros factores como el sesgo partidista extremo y los «silos» de las redes sociales que surgieron a comienzos de los años 2000. Y mientras tanto continuaron saliendo a la luz más evidencias impresionantes del sesgo cognitivo.

ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS SOBRE EL SESGO COGNITIVO

Se ha escrito mucho sobre los tremendos avances que han tenido lugar en el campo de la economía conductual durante los últimos años. Tomando prestada una página del primer enfoque experimental de los psicólogos sociales, a finales de los 70 algunos economistas comenzaron a cuestionarse las suposiciones simplificadoras de la «racionalidad perfecta» y la «información perfecta» que se había usado siempre en los modelos neoclásicos (para que los cálculos salieran bien). ¿Pero qué pasaría si se asumiera un enfoque más experimental?

En su libro *Misbehaving: The Making of a Behavioral Economist* [Portarse mal: el comportamiento irracional en la vida económica en su versión en castellano], Richard Thaler habla sobre sus primeros días de colaboración con Daniel Kahneman y Amos Tversky, que eran ya unos gigantes en el campo de la psicología cognitiva. En su artículo «Judgement Under Uncertainty» [«El juicio bajo condiciones de incertidumbre»] de 1974, Kahneman y Tversky cautivaron al mundo académico al proponer tres sesgos cognitivos directos en la toma de decisiones humanas⁶⁵. Durante los años siguientes, su trabajo adicional sobre elección, riesgo e incertidumbre revelaron incluso más anomalías en la toma de decisiones, que tuvieron un impacto tan grande en otras disciplinas académicas que en 2002 Kahneman ganó el Premio Nobel de Economía (Tversky había fallecido en 1996 y, por tanto, no era elegible). Kahneman afirma no haber recibido ningún curso de economía en su vida y que todo lo que sabía sobre la materia se lo debía a Richard Thaler.

De repente, la gente empezó a prestar atención al sesgo cognitivo como nunca antes. Parte de ello supuso redescubrir y renovar la atención sobre algunos hechos concernientes a la psicología humana que eran tan antiguos que nadie podía estar seguro de quién había sido el primero en descubrirlos. La «amnesia de la fuente» (cuando recordamos lo que leímos o escuchamos, pero no podemos

recordar si vino de una fuente fiable) tiene una relevancia obvia para la cuestión de cómo formamos nuestras creencias. De la misma manera el «efecto de repetición» (que afirma que es más probable que creamos un mensaje que nos han repetido muchas veces) era bien conocido tanto por los vendedores de coches como por el ministro de propaganda de Hitler. Pero junto con lo anterior llegaron trabajos nuevos que revelaron una gran cantidad de otros sesgos cognitivos incorporados⁶⁶. Y dos de los más importantes para nuestros propósitos se basan en los primeros descubrimientos de Wason sobre el sesgo de confirmación. Son el «efecto contraproducente» y el «efecto Dunning-Kruger», ambos con raíces en el concepto del razonamiento motivado.

El razonamiento motivado es la idea de que lo que esperamos que sea verdadero puede influir en nuestra percepción de lo que realmente lo es. A veces razonamos, digámoslo así, dentro de un contexto emocional. Este es probablemente el mecanismo que está tras las ideas de reducción de la disonancia y sesgo de confirmación, y es fácil ver por qué. Cuando sentimos una incomodidad psíquica estamos *motivados* para encontrar una forma de reducirla que no amenace nuestro ego, lo que puede llevar a la tendencia irracional de acomodar nuestras creencias a nuestros sentimientos, más que al revés. Upton Sinclair quizás lo expresó mejor al observar que «es difícil conseguir que un hombre crea algo cuando su salario depende de que no crea en eso».

La idea del sesgo de confirmación parece directamente relacionada con el razonamiento motivado en que, normalmente, cuando estamos *motivados* para defender la idea de que una de nuestras creencias es correcta, buscamos evidencia para confirmarla. Normalmente vemos este mecanismo en funcionamiento en los detectives de policía, que identifican a un sospechoso y luego intentan construir un caso a su alrededor, más que buscar razones para descartarlo. Es importante aquí, sin embargo, distinguir entre razonamiento motivado y sesgo de confirmación, pues no son exactamente lo mismo. El razonamiento motivado es un estado mental en el que voluntariamente (quizás a nivel inconsciente) queremos matizar nuestras creencias a la luz de nuestras opiniones; el sesgo de confirmación es el mecanismo por el cual podemos intentar lograr eso mismo, interpretando la información de forma que confirme nuestras creencias preexistentes.

Parte del trabajo experimental sobre el razonamiento motivado se remonta a otros descubrimientos clásicos de la psicología social. En trabajos más recientes

se ha especulado con que este es el motivo por el que los aficionados de equipos deportivos rivales pueden mirar el mismo vídeo y ver cosas diferentes. Descartemos por ahora la idea de que se llega solo cínicamente a este tipo de conclusiones, porque tenemos algo importante en juego y no queremos admitir nada que pudiera poner a nuestro equipo en desventaja. Sí, probablemente pase esto en algunos casos. También hay vendedores de humo en el deporte. Vemos en las repeticiones que los árbitros le dan a nuestro equipo de fútbol un trato demasiado favorable, ¿pero por qué nos lo hemos de cuestionar cuando eso fue precisamente lo que condujo al gol de la victoria? Pero como puede atestiguar cualquier pariente de un verdadero aficionado al fútbol, a menudo el fan rabioso no «ve» la jugada de la misma forma en que la ven otros. Vivo en Nueva Inglaterra y, créanme, hay verdaderos enfrentamientos en torno a si Tom Brady desinfló sus balones o si los New England Patriots son o no unos tramposos. Y esto no sucede solo porque uno deba apoyar siempre al equipo local, esté en lo cierto o equivocado. Los fans del Nueva Inglaterra no pueden *creer* realmente que los Patriots sean unos tramposos. Llamémoslo tribalismo si se quiere, pero el mecanismo psicológico que opera tras esto existe en todos nosotros: en los fans de los Packers, los Giants o los Colts, en todos por igual.

En su trabajo sobre la psicología de la emoción y el juicio moral, David DeSteno, un psicólogo de la Northeastern University, estudió el efecto de tal «afiliación de equipo» sobre el razonamiento moral. En un experimento, unos sujetos que acababan de conocerse se dividieron aleatoriamente en equipos, dándoseles pulseras de colores. A continuación, los separaron. Al primer grupo se le contó que se les daría la opción de llevar a cabo o bien una tarea divertida de diez minutos, o bien una difícil de cuarenta y cinco. Cada sujeto se puso solo en una sala y se le dijo que debería escoger cuál hacer (o decidirlo lanzando una moneda), pero que en cualquier caso se le dejaría a la persona que entrase más tarde en la habitación hacer la otra tarea. Lo que no sabían los sujetos es que se les estaba grabando. Al salir de la habitación el 90 por 100 dijo que habían sido equitativos, a pesar de que muchos habían escogido la tarea divertida y nunca se preocuparon de lanzar la moneda. Lo que fue absolutamente fascinante fue lo que pasó después. Cuando se le pidió a la otra mitad de los sujetos que vieran las cintas de vídeo de los mentirosos y tramposos, les criticaron con acritud: a menos que tuvieran una pulsera del mismo color que ellos⁶⁷. Si estamos dispuestos a excusar el comportamiento moral basándonos en algo tan trivial

como una pulsera, imaginémonos cuánto puede verse afectado nuestro razonamiento si estamos realmente comprometidos emocionalmente.

El razonamiento motivado ha sido estudiado también por neurocientíficos, que han descubierto que cuando el contenido afectivo influye en nuestro razonamiento está operando una parte distinta de nuestro cerebro. Cuando se les asignó a treinta políticos partidistamente comprometidos una tarea de razonamiento que amenazaba a su propio candidato (o dañaba al candidato opositor) se iluminaba una parte de su cerebro (según la medición de una resonancia magnética) distinta de la que lo hacía cuando se les pedía que razonaran sobre un tema neutral. Puede que no sea sorprendente que nuestros sesgos cognitivos se reflejen a nivel neural, pero este estudio dio la primera evidencia experimental de esta función diferencial en el caso del razonamiento motivado⁶⁸. Con esto como trasfondo, estamos listos para considerar dos de los sesgos cognitivos más fascinantes que se han usado para explicar cómo nuestras creencias políticas posverdaderas pueden afectar nuestra buena disposición a aceptar los hechos y la evidencia.

1) *El efecto contraproducente*. El «efecto contraproducente» se basa en el trabajo experimental de Brendan Nyhan y Jason Reifler, gracias al cual descubrieron que cuando se les presentaba evidencia a personas partidistas de que una de sus creencias políticas favorables a su causa estaba equivocada, estas desechaban la evidencia y «doblaban la apuesta» sobre su creencia errónea. Peor aún, en algunos casos la presentación de evidencia refutatoria provocó que algunos sujetos *incrementaran* la fe en sus creencias equivocadas.

En el estudio, se les daba a los sujetos artículos de periódico falseados que parecían corroborar algunas ideas erróneas muy extendidas. En uno, se apoyaba la idea de que Iraq tenía armas de destrucción masiva (ADM) antes de la invasión de ese país. En otra, que el presidente Bush había impuesto una prohibición total sobre la investigación con células madre. Ambas afirmaciones eran de hecho falsas. Cuando se les presentó información que corregía a la primera (como una cita de un discurso dado por el presidente Bush en la que admitía que Iraq no tenía ADM), las respuestas de los sujetos se dividieron de acuerdo con las líneas partidistas. Los liberales y los centristas (quizás como se esperaba) aceptaron la información correctora. Los conservadores, sin embargo, no la aceptaron. De hecho, los investigadores señalaron que algunos de los conservadores informaron de que, en realidad, se habían vuelto *más*

comprometidos con las afirmaciones falsas sobre las ADM tras habérseles mostrado la información correctora: «En otras palabras, la corrección fue contraproducente: los conservadores que recibieron la corrección que decía que Iraq no tenía ADM estaban *más* dispuestos a creer que Iraq tenía ADM que aquellos del grupo de control»⁶⁹.

Los investigadores conjeturaron que quizás este resultado se había debido a que los conservadores tenían un sentido más desarrollado de desconfianza respecto de *todas* las fuentes de los medios de comunicación. Pero esto no cuadraba con sus hallazgos experimentales, ya que los sujetos, tanto del grupo de corrección como del de no corrección (grupo de control) habían leído la misma declaración del presidente Bush:

Por tanto, el efecto contraproducente debe ser el resultado de la corrección experimentalmente manipulada. Si los sujetos desconfiaban sin más de los medios de comunicación, deberían simplemente haber ignorado la información correctora. Por el contrario, los conservadores se movieron en la dirección «equivocada»: una reacción difícilmente atribuible a la simple desconfianza⁷⁰.

En una segunda repetición, los investigadores buscaron comprobar si el mismo resultado era verdadero para los liberales. En este caso, después de darles a leer un cuento chino sobre cómo Bush impuso una prohibición total de la investigación con células madre (cuando, de hecho, solamente limitó la financiación federal para líneas de células madre creadas antes de agosto de 2001 y no puso ningún límite a la investigación financiada de forma privada), se les daba a los sujetos información correcta. En este caso, la corrección funcionó para los conservadores y los moderados, pero no para los liberales. Es importante señalar, sin embargo, que en este caso *no hubo efecto contraproducente* para los liberales. Mientras que la información correctora fue de nuevo «neutralizada», y no cambió la creencia errónea de los liberales, en este caso los investigadores no encontraron evidencia de que, al ser expuestos a la verdad, se causara el *fortalecimiento* del compromiso de los liberales con su idea falsa. La verdad no fue contraproducente.

Algunos han descrito el intento de cambiar creencias erróneas políticamente significativas presentando evidencia fáctica como «intentar apagar con agua aceite en llamas»⁷¹. Al menos este parece ser el caso de los conservadores. Sin embargo, como apuntan Nyhan y Reifler en su estudio, difícilmente puede ser cierto que los ideólogos más acérrimos (de cualquier tipo político) *nunca* vayan

a cambiar sus creencias ante una evidencia fáctica. Citando trabajos anteriores sobre esta cuestión (y un resultado menor de su propio estudio) señalan que, si los partidistas son expuestos a la misma información descalificadora una y otra vez, se vuelven cada vez más comprensivos con la información correctora. En uno de esos estudios, David Redlawsk y otros consideraron la cuestión de si los «razonadores motivados» alguna vez alcanzan la realidad, o si simplemente continúan negándola hasta el infinito. Su conclusión corrobora la conjetura de Nyhan y Reifler: incluso los partidistas más férreos llegarán finalmente a un «punto de inflexión» y cambiarán sus creencias tras ser continuamente expuestos a evidencia correctora⁷².

2) *El efecto Dunning-Kruger*. El efecto Dunning-Kruger (a veces llamado el efecto «demasiado estúpidos para saber que son estúpidos») es un sesgo cognitivo que tiene que ver con cómo los sujetos con bajas capacidades son a menudo incapaces de reconocer su propia ineptitud. Recuérdese que, a menos que alguien sea experto en todo, probablemente *todos* seamos propensos a ejemplificar este efecto de una forma u otra. En un trabajo anterior, Kahneman y Tversky exploraron las a menudo alarmantes consecuencias del «efecto de superconfianza». ¿Por qué sucede que, malinterpretando lamentablemente nuestras predecibles limitaciones, decidimos alquilar un *scooter* cuando estamos de vacaciones en las Bermudas o, por escoger un ejemplo más famoso, decidimos que tenemos suficiente experiencia para pilotar una avioneta en condiciones peligrosas para acudir a una boda familiar en Hyannisport, cuando nuestro instructor de vuelo nos está suplicando que nos quedemos en tierra? El efecto Dunning-Kruger repite algo de esto, pero también lo extiende a preguntarse no solo sobre la dificultad de la tarea que tenemos entre manos, sino sobre las cualidades de la persona que está haciendo la estimación.

En su experimento de 1999, David Dunning y Justin Kruger descubrieron que los sujetos experimentales tendían a sobreestimar enormemente sus capacidades, incluso sobre temas en los que tenían poca o ninguna formación. Todos estamos familiarizados con el chiste de Garrison Keillor sobre «Lake Wobegon»⁷³, un pueblo donde «todos los niños están por encima de la media». Pero quizás la razón de que sea gracioso es porque nos reconocemos en esa historia. ¿Cuántos conductores (o amantes) se considerarían «por debajo de la media»? Dunning y Kruger descubrieron que esto se aplicaba a múltiples competencias. En la inteligencia, el humor, incluso en competencias para las que hay que estar

altamente cualificado, como la lógica o el ajedrez, los sujetos tendían a sobrevalorar enormemente sus capacidades. ¿Por qué? Como explican los autores, «la incompetencia arrebató [a la gente] su capacidad para darse cuenta de ello. [...] Las capacidades que generan competencia en un dominio particular son a menudo las mismas que son necesarias para evaluar la competencia en ese mismo dominio: la propia o la de otro»⁷⁴. El resultado es que muchos de nosotros metemos la pata, cometemos errores y no somos capaces de reconocerlos.

En un experimento revelador, Dunning y Kruger pidieron a cuarenta y cinco estudiantes universitarios inteligentes someterse a un test de veinte preguntas de lógica extraídas de una guía de preparación para la admisión en facultades de derecho (LSAT). Como cualquiera que esté familiarizado con el LSAT sabe, no son pruebas fáciles. Se pidió a los sujetos no solo que respondieran a las cuestiones, sino que valoraran cómo creían que lo habían hecho, también en comparación con los otros participantes. Lo que descubrieron los investigadores fue que los estudiantes se colocaban, de media, en el percentil 66. Es notable que los estudiantes no tendieran a sobrevalorar cómo lo habían hecho; valoraron correctamente cuántas preguntas habían contestado correcta o incorrectamente. Donde las cosas se descontrolaron fue en su juicio sobre si esto estaba «por encima de la media». Y, de hecho, los resultados más sorprendentes provinieron de aquellos estudiantes que lo hicieron peor. «A pesar de que estos individuos puntuaron de media en el percentil 12, sin embargo, creyeron que su capacidad lógica general estaba en el percentil 68»⁷⁵. Quizás esto es lo más chocante con respecto al resultado de Dunning-Kruger: la mayor inflación en la valoración de las propias capacidades proviene de los que peor lo han hecho.

Llegados a este punto, a uno le tienta buscar respuestas. ¿Quizás los estudiantes no podían admitir su incompetencia, con lo que intentaron guardar las apariencias? Pero parece poco probable, pues tampoco pudieron hacerlo cuando se les ofreció a los sujetos un extra de 100 dólares si evaluaban con más exactitud sus destrezas. Lo que parece estar pasando aquí no es un mero engaño, sino autoengaño. Nos queremos tanto a nosotros mismos que no podemos ver nuestras debilidades⁷⁶. Pero, ¿es entonces una sorpresa que con el grado tan alto con el que nos vinculamos emocionalmente a nuestras creencias *políticas* (y, de hecho, pueden llegar a ser vistas incluso como parte de nuestra identidad) seamos reacios a admitir que estábamos equivocados e incluso anteponer nuestro

«instinto» a los datos de los expertos? Cuando el senador James Inhofe (R-Oklahoma) llevó una bola de nieve a la sala del Senado de los Estados Unidos en 2015 para «refutar» el calentamiento global, ¿tenía la más mínima idea del aspecto de ignorante que tenía por no conocer la diferencia entre el clima y tiempo atmosférico? Probablemente no, ya que era «demasiado estúpido como para saber que era estúpido». Cuando Donald Trump dice que sabe más sobre el ISIS que los generales, ¿realmente se lo puede creer?⁷⁷. Hay pocas personas que estén dispuestas a decir: «bueno, no soy un experto en ese tema», y a continuación se callen. Al contrario, seguimos insistiendo y olvidamos el viejo dicho que afirma que es «mejor tener la boca cerrada y parecer estúpido que abrirla y disipar la duda».

Tanto el efecto contraproducente como el efecto «demasiado estúpido para saber que uno es estúpido» están obviamente relacionados con el fenómeno de la posverdad. Estos y otros sesgos cognitivos no solo nos privan a veces de nuestra capacidad de pensar con claridad, sino que también impiden que caigamos en la cuenta cuando no lo estamos haciendo. Puede que sintamos que sucumbir al sesgo cognitivo es algo muy parecido a pensar. Pero, sobre todo cuando estamos emocionalmente comprometidos con un tema, toda la evidencia experimental muestra que nuestra capacidad para razonar bien se verá probablemente afectada. Es una cuestión fascinante preguntarse en primer lugar por qué existe cualquiera de estos sesgos cognitivos. ¿No es la verdad adaptativa? ¿Crear en la verdad no incrementaría nuestras oportunidades de supervivencia?⁷⁸. Por alguna razón, debemos reconocer que un sinnúmero de sesgos cognitivos forman parte del modo en que están «programadas» nuestras mentes. No podemos elegir tenerlos o no (a pesar de que podemos esperar que a través de un estudio cuidadoso y ejercitándonos en el razonamiento crítico obtengamos algún tipo de control sobre la gran influencia que dejamos que ejerzan sobre nuestras creencias). Tanto si somos liberales como si somos conservadores, el sesgo cognitivo es parte de la herencia humana.

Puede que sintamos que sucumbir al sesgo cognitivo es algo muy parecido a pensar. Pero, sobre todo cuando estamos emocionalmente comprometidos con un tema, toda la evidencia experimental muestra que nuestra capacidad para razonar bien se verá probablemente afectada.

Sin embargo, como ya señalamos, quizás algún sesgo cognitivo funciona de forma diferente según nuestra ideología política: hemos visto ya que el efecto contraproducente tiene menos potencia en los liberales. Otros investigadores exploraron la idea de que algunos sesgos pueden ser puramente partidistas. En un fascinante artículo de la revista *Psychological Science*, el antropólogo Daniel Fessler hizo algún trabajo sobre lo que se puede llamar «sesgo de la negatividad», que intenta explicar por qué los conservadores parecen más predispuestos a creer en falsedades amenazantes que los liberales⁷⁹. En la investigación de Fessler, este presentó a los sujetos dieciséis afirmaciones (la mayoría de las cuales eran falsas), pero ninguna tan extravagante como para que no pudiera ser verdad. Algunas trataban de contenidos inocuos, tales como «hacer ejercicio con el estómago vacío quema más calorías», mientras que otras eran amenazantes hasta el punto de poner los pelos de punta, como que «los ataques terroristas en los Estados Unidos se incrementaron desde el 11 de septiembre de 2001». A continuación, preguntó a los sujetos si pensaban que esos enunciados eran verdaderos. No hubo diferencia con respecto a las afirmaciones inocuas, pero los conservadores tuvieron una probabilidad mucho mayor de creer en los enunciados falsos cuando eran amenazadores⁸⁰.

Tanto si somos liberales como si
somos conservadores, el sesgo
cognitivo es parte de la herencia
humana.

¿Tienen los partidistas formas diferentes de pensar sobre tales cosas? La evidencia experimental ha mostrado que la amígdala que interpreta el miedo tiende a ser mayor en los conservadores que en los liberales⁸¹. Algunos han especulado si este es el motivo por el que la mayor parte de noticias falsas publicadas durante las elecciones de 2016 estaban dirigidas hacia una audiencia conservadora. Si uno está intentando vender una teoría conspiratoria, quizás la derecha es un suelo más fértil en el que sembrar. El sesgo de la negatividad del que tomó nota Fessler no era muy grande:

Usando una medida estadística que calibra la amplitud de la dispersión de los sujetos a lo largo del espectro político, los investigadores consideran que, por cada *tick* en la parte derecha, el sujeto medio fue un 2 por 100 menos escéptico sobre los enunciados que advertían sobre malos resultados que cuando los prometían buenos⁸².

Aun así, sobre un electorado lo suficientemente grande, esto bastaría para distorsionar las cosas. En cualquier caso, el trabajo de Fessler es el primero que examina la cuestión de la credulidad como una función de la identidad política⁸³.

IMPLICACIONES PARA LA POSVERDAD

En el pasado, nuestros sesgos cognitivos quizás mejoraron por nuestra interacción con otros. Resulta irónico pensar que, en la actual avalancha de medios de comunicación, es posible que estemos más aislados de las opiniones contrarias que cuando nuestros antecesores estaban forzados a vivir y trabajar entre otros miembros de la tribu, pueblo, o comunidad, con quienes tenían que interactuar para conseguir información. Cuando hablamos entre nosotros no podemos sino exponernos a la diversidad de opiniones. E incluso existe trabajo empírico que muestra el valor que este efecto puede tener para nuestra forma de razonar.

En su libro *Infotopia*, Cass Sunstein discutió la idea de que cuando los individuos interactúan a veces pueden lograr un resultado que se les hubiera escapado si hubieran actuado cada uno por su cuenta⁸⁴. Llamémosle el efecto

«el todo es más que la suma de las partes». Sunstein lo llamó el «efecto del grupo interactivo». En un estudio, J. C. Wason (el inventor del término «sesgo de confirmación» que encontramos anteriormente en este capítulo) y sus colegas reunieron a un grupo de sujetos para resolver un puzle de lógica. Era difícil, y solamente algunos de ellos hubieran podido resolverlo por su propia cuenta. Pero cuando, más tarde, el problema pasó a resolverse en grupo, ocurrió una cosa interesante. Comenzaron a cuestionarse entre sí la forma de razonar y a pensar en las cosas que eran erróneas en sus hipótesis, a un nivel que hubiera parecido imposible de conseguir con las propias ideas de cada uno. Como resultado, los investigadores descubrieron que en un gran número de casos el grupo pudo resolver el problema, incluso cuando ninguno de sus miembros lo pudo hacer por su cuenta⁸⁵. Para Sunstein, esta es la clave. Los grupos superan a los individuos. Y los grupos interactivos, deliberativos, superan a los que son pasivos. Cuando abrimos nuestras ideas para que el grupo las examine, ello nos proporciona la mejor oportunidad para hallar la respuesta correcta. Y, cuando estamos buscando la verdad, el pensamiento crítico, el escepticismo y someter nuestras ideas al escrutinio de otras personas es lo que mejor funciona.

Sin embargo, hoy día tenemos el lujo de escoger nuestras propias interacciones selectivas. Sea cual sea nuestra inclinación política, podemos vivir en un «silo de noticias», si queremos. Si no nos gustan los comentarios que hace alguien, podemos dejar de ser amigos u ocultarlo en Facebook. Si queremos atiborrarnos de teorías conspiratorias, probablemente exista una cadena de radio para nosotros. Hoy más que nunca podemos rodearnos de la gente con la que ya estamos de acuerdo. Y una vez hemos hecho esto, ¿no habrá ya más presiones para ajustar nuestras opiniones de manera que encajen con las del grupo? El trabajo de Solomon Asch ya ha mostrado que esto es posible. Si somos liberales probablemente nos sintamos incómodos si estamos de acuerdo con la mayoría de nuestros amigos sobre inmigración, matrimonio gay, impuestos, pero no tanto sobre el control de armas. Si es así, probablemente paguemos un precio social que puede que altere nuestras opiniones. Esto no ocurre tanto como resultado de nuestra interacción crítica sino por nuestro deseo de no ofender a nuestros amigos, lo cual probablemente no sea una cosa buena. Podríamos llamarlo el lado oscuro del efecto del grupo interactivo, que probablemente cualquiera de nosotros que haya participado alguna vez en un jurado pueda describir: nos sentimos más cómodos cuando nuestras opiniones están en línea con las de

nuestros compatriotas. ¿Pero qué ocurre cuando nuestros compatriotas están equivocados? Seamos liberales o conservadores, ninguno de nosotros tiene el monopolio de la verdad.

No estoy sugiriendo aquí que adoptemos una equivalencia falsa, o que la verdad resida probablemente en algún lugar equidistante entre las diferentes ideologías políticas. El punto medio entre la verdad y el error es, aún, el error. Pero lo que estoy sugiriendo es que todas las ideologías son, de algún modo, enemigas del proceso por el cual se descubre la verdad. Los investigadores quizás tengan razón al decir que los liberales tienen una mayor «necesidad de cognición» que los conservadores⁸⁶, pero esto no significa que los liberales deban ser arrogantes o creer que sus instintos políticos pueden reemplazar la evidencia fáctica. En los trabajos de Festinger, Asch y otros, podemos ver el peligro de la conformidad ideológica. El resultado es que todos tenemos un sesgo cognitivo incorporado en virtud del cual estamos de acuerdo con lo que creen los que nos rodean, incluso si la evidencia que se encuentra ante nuestros ojos nos dice lo contrario. Todos valoramos la aceptación del grupo hasta cierto punto, a veces incluso por encima de la propia realidad. Pero si la verdad nos importa, debemos luchar contra esto. ¿Por qué? Porque los sesgos cognitivos que he descrito en este capítulo son el precursor perfecto de la posverdad.

Si ya estamos motivados para *querer* creer en ciertas cosas, no es demasiado difícil que nos precipitemos a creerlas, especialmente si ya lo hacen las personas que nos importan. Nuestros inherentes sesgos cognitivos nos disponen a ser manipulados y explotados por aquellos que tienen la intención de promover sus ideas, especialmente si pueden desacreditar todas las demás fuentes de información. Al igual que no hay forma de escapar del sesgo cognitivo, un silo de noticias no es ninguna defensa contra la posverdad. Pues el peligro es que estamos conectados de una forma u otra. Todos estamos en deuda con nuestras fuentes de información. Pero somos especialmente vulnerables cuando nos dicen exactamente lo que queremos oír.

Nuestros inherentes sesgos cognitivos nos disponen a ser manipulados y explotados por aquellos que tienen la intención de promover sus ideas, especialmente si pueden desacreditar todas las demás fuentes de información.

[61](#) Para ahondar más en la idea de que existen muchas formas de acomodarse incluso a las creencias racionales, véase W. V. O. Quine y J. S. Ullian, *The Web of Belief* (Nueva York, McGraw Hill, 1978).

[62](#) Solomon Asch, «Opinions and Social Pressure», *Scientific American*, noviembre de 1955, 3, <<http://kosmicki.com/102/Asch1955.pdf>>.

[63](#) Para aquellos que aún no lo saben, el sesgo de confirmación consiste en que buscamos información que confirma lo que ya creemos.

[64](#) P. C. Wason, «On the Failure to Eliminate Hypotheses in a Conceptual Task», *Quarterly Journal of Experimental Psychology*, 12 (1960), págs. 129-140, <[http://web.mit.edu/curhan/www/docs/Articles/biases/12_Quarterly_J_Experimental_Psychology_129_\(Wason_1960\).pdf](http://web.mit.edu/curhan/www/docs/Articles/biases/12_Quarterly_J_Experimental_Psychology_129_(Wason_1960).pdf)>.

[65](#) En su delicioso libro *Thinking Fast and Slow* (Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2011), Daniel Kahneman ofrece una explicación definitiva y legible sobre el trabajo de toda su vida sobre estas cuestiones.

[66](#) Véase <https://en.wikipedia.org/wiki/List_of_cognitive_biases>.

[67](#) Juliet Macur, «Why Do Fans Excuse the Patriots' Cheating Past?», *New York Times*, 5 de febrero de 2017; David DeSteno y Piercarlo Valdesolo, «Manipulations of Emotional Context Shape Moral Judgment», *Psychological Science*, 17, núm. 6 (2006), págs. 476-477.

[68](#) Drew Westen *et al.*, «Neural Bases of Motivated Reasoning: An fMRI Study of Emotional Constraints on Partisan Political Judgment in the 2004 U.S. Presidential Election», *Journal of Cognitive Neuroscience*, 18, núm. 11 (noviembre de 2006), págs. 1947-1958.

[69](#) Brendan Nyhan y Jason Reifler, «When Corrections Fail: The Persistence of Political Misperceptions», *Political Behavior*, 32, núm. 2 (junio de 2010), págs. 303-330, <<https://www.dartmouth.edu/~nyhan/nyhan-reifler.pdf>>.

[70](#) *Ibíd.*

[71](#) Tristan Bridges, «There's an Intriguing Reason so Many Americans Are Ignoring Facts Lately», *Business Insider* (27 de febrero de 2017), <<http://www.businessinsider.com/sociology-alternative-facts-2017-2>>.

[72](#) David Redlawsk *et al.*, «The Affective Tipping Point: Do Motivated Reasoners Ever 'Get It'?» Mientras tanto, estudios neurológicos posteriores sugirieron que usamos diferentes partes de nuestro cerebro para procesar información «contradictoria». Véase Jonas Kaplan, Sarah Gimbel y Sam Harris, «Neural Correlates of Maintaining One's Political Beliefs in the Face of Counterevidence», *Scientific Reports*, 6, <<http://www.nature.com/articles/srep39589>>.

[73](#) Lake Wobegon es una ciudad ficticia creada por Garrison Keillor, muy popular en los Estados Unidos y que sirve de contexto para una serie de programas de radio. Cada programa finaliza con la frase: «Well,

that's the news from Lake Wobegon, where all the women are strong, all the men are good looking, and all the children are above average» [Bien, estas son las noticias desde Lake Wogebon, donde todas las mujeres son fuertes, todos los hombres guapos y todos los niños están por encima de la media»]. [N. del T.]

⁷⁴ Justin Kruger y David Dunning, «Unskilled and Unaware of It: How Difficulties in Recognizing One's Own Incompetence Lead to Inflated Self-Assessments», *Journal of Personality and Social Psychology* 77, núm. 6 (1999), pág. 1121, <http://psych.colorado.edu/~vanboven/teaching/p7536_heurbias/p7536_readings/kruger_dunning.pdf>.

⁷⁵ *Ibíd.*, pág. 1125.

⁷⁶ Natalie Wolchover, «Incompetent People Too Ignorant to Know It», *Live Science*, 27 de febrero de 2012, <<http://www.livescience.com/18678-incompetent-people-ignorant.html>>.

⁷⁷ Ted Barrett, «Inhofe Brings Snowball on Senate Floor as Evidence Globe Is Not Warming», *CNN.com*, 27 de febrero de 2015, <<http://www.cnn.com/2015/02/26/politics/james-inhofe-snowball-climate-change/index.html>>; <<https://www.facebook.com/cnn/videos/10154213275786509>>. Algunos ya han empezado a llamar a Donald Trump el presidente Dunning-Kruger. Jessica Pressler, «Donald Trump, the Dunning-Kruger President», *NYmag.com*, 9 de enero de 2017, <<http://nymag.com/scienceofus/2017/01/why-donald-trump-will-be-the-dunning-kruger-president.html>>.

⁷⁸ Aún existe un furioso debate académico sobre esta cuestión. Véase Hugo Mercier y Daniel Sperber, «Why Do Humans Reason? Arguments for an Argumentative Theory», *Behavioral and Brain Sciences*, 34, núm. 2 (2011), págs. 57-111. Comento este debate en el capítulo 2 de mi libro *Respecting Truth*.

⁷⁹ Daniel Fessler *et al.*, «Political Orientation Predicts Credulity Regarding Putative Hazards», <<http://www.danielmfessler.com/wp-content/uploads/2013/12/Fessler-et-al-in-press-Political-Orientation-Credulity.pdf>>.

⁸⁰ Olga Khazan, «Why Fake News Targeted Trump Supporters», *Atlantic*, 2 de febrero de 2017, <<https://www.theatlantic.com/science/archive/2017/02/why-fake-news-targeted-trump-supporters/515433>>.

⁸¹ Ryota Kanai *et al.*, «Political Orientations Are Correlated with Brain Structure in Young Adults», *Current Biology*, 21, núm. 8 (26 de abril de 2011), págs. 677-680, <<https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3092984/>>.

⁸² Melissa Healy, «Why Conservatives Are More Likely Than Liberals to Believe False Information about Threats», *Los Angeles Times*, 2 de febrero de 2017, <<http://www.latimes.com/science/sciencenow/la-sci-sn-conservative-believe-false-threats-20170202-story.html>>.

⁸³ *Ibíd.*

⁸⁴ Cass Sunstein, *Infotopia: How Many Minds Produce Knowledge* (Oxford, Oxford University Press, 2006).

⁸⁵ Es importante comentar que esto no se debió al fenómeno de «la persona más lista de la sala», en el que una persona resuelve el problema y cuenta al grupo la respuesta. Además, tampoco fue el mero efecto de «sabiduría de las masas», que se basa en la opinión pasiva mayoritaria. El efecto solo se dio cuando los miembros del grupo interactuaban entre ellos.

⁸⁶ Khazan, «Why Fake News Targeted Trump Supporters», <<https://www.theatlantic.com/science/archive/2017/02/why-fake-news-targeted-trump-supporters/515433>>;

Christopher Ingraham, «Why Conservatives Might Be More Likely to Fall for Fake News», *Washington Post*, 7 de diciembre de 2016, <https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2016/12/07/why-conservatives-might-be-more-likely-to-fall-for-fake-news/?utm_term=.eab87fe90c63>.

CAPÍTULO 4

El declive de los medios de comunicación tradicionales

Periodismo es publicar lo que alguien no quiere que se publique: todo lo demás son relaciones públicas.

GEORGE ORWELL

No es ningún secreto que uno de los recientes facilitadores del «silo de la información» (que ha alimentado la predilección por el sesgo de confirmación que llevamos con nosotros) es el auge de las redes sociales. Esta historia no puede contarse, sin embargo, sin entender primero el declive de los medios de comunicación tradicionales.

En su apogeo, lo que hoy día se denomina «prensa de prestigio» estadounidense (*The New York Times*, *The Washington Post*, *Los Angeles Times* y *The Wall Street Journal*) y los canales de televisión (ABC, CBS y NBC) era la principal fuente de noticias. «En 1950, el promedio total diario de periódicos de pago que circulaban en EE.UU. era de 53,8 millones (es decir, el 123,6 por 100 de los hogares compraba el periódico)»⁸⁷. Piénsese un momento en ello. Estaba por encima del 100 por 100. Así pues, algunos hogares estaban suscritos no solo a uno, sino a *dos* periódicos. «En 2010, el promedio total diario de periódicos de pago que circulaban en EE.UU. era de 43,4 millones (es decir, el 36,7 por 100 de los hogares compraba el periódico)». Piénsese también que esto significa una pérdida de lectores de casi el 70 por 100. En los canales de televisión, desde los años 50 un presentador venía dando las noticias cada noche durante media hora en una retransmisión de ámbito nacional⁸⁸. Walter Cronkite se sentó en la mesa de noticias principal de la CBS desde 1962 a 1981 y fue a menudo considerado como «el hombre en el que más se confiaba en Estados Unidos».

Muchos piensan que esta fue la «edad de oro» de las noticias. A lo largo de los años 50 y 60, la competencia entre los canales de televisión causó la quiebra de muchos periódicos pequeños. Esto «dejó a la mayor parte de las grandes ciudades estadounidenses con un periódico ejerciendo un monopolio *de facto*, un periódico que era mejor, más nutrido y más serio que todos los periódicos que

habían existido veinte años atrás»⁸⁹. ¿Y en la televisión? Debido a que se esperaba que retransmitieran noticias solamente durante media hora al día, las cadenas podían dedicar la mayoría de sus esfuerzos a la investigación informativa. Aparte de las ocasionales (y terroríficas) alertas que decían «interrumpimos la retransmisión para ofrecerles un boletín especial» y que presagiaban una guerra o un asesinato, las noticias quedaron confinadas a su propio nicho, con lo que las cadenas de televisión se pudieron beneficiar de su programación dedicada al entretenimiento.

A pesar de que no había demasiadas noticias en la televisión, esto resultó ser una bendición para los departamentos de noticias porque no se esperaba que generaran ningún beneficio. Ted Koppel explica:

Los ejecutivos de las cadenas tenían miedo de que un fracaso en su trabajo en aras del «interés público, la conveniencia y la necesidad», como estableció la Ley de radio y televisión de 1927, pudiera causar que la Federal Communications Commission (Comisión federal de comunicaciones) [FCC] suspendiese, o incluso revocara, sus licencias. Las tres cadenas principales señalaron a sus departamentos de noticias (que operaban a pérdidas o incluso a punto de quebrar) como evidencia de que estaban cumpliendo el mandato de la FCC. Las noticias fueron, por así decirlo, el efecto reclamo que permitió que NBC, CBS y ABC justificaran los enormes beneficios conseguidos por los departamentos de entretenimiento⁹⁰.

La situación comenzó a cambiar con la aparición en 1968 del noticiario de la CBS *60 Minutes*, que (tras sus primeros tres años) se convirtió en el primer noticiario de la historia en obtener beneficios. De repente se encendió una bombilla en las cadenas de televisión. A pesar de que no cambiara inmediatamente el modelo ni las expectativas de las noticias de televisión, los ejecutivos de las cadenas comenzaron a ver que las noticias podían ser rentables⁹¹.

Aun así, la edad de oro de las emisiones televisivas continuó hasta bien entrados los años 70, hasta que la crisis de los rehenes en Irán de 1979 condujo a una encrucijada. De repente el público estaba hambriento de más noticias, pero ¿cómo encajar esta situación sin perturbar al mismo tiempo las emisiones de entretenimiento, que eran altamente rentables? El programa *Tonight Show* de Johnny Carson en NBC era todo un éxito. La CBS pasaba por todo excepto por renunciar a ofrecer una película de última hora durante esta franja horaria. ABC ofrecía reposiciones durante la hora punta. Entonces, alguien tuvo una idea:

El canal de televisión ABC decidió entonces probar algo diferente al desplazar el resumen diario sobre Irán a última hora. Esta fue también una decisión de *marketing*: ABC no tenía programación

nocturna de última hora con la que competir contra el venerado programa de entrevistas de Johnny Carson de su cadena rival NBC, y la programación de noticias era, en comparación, bastante corriente. ABC rellenó la franja nocturna con un nuevo programa llamado *Nightline*, dedicado solamente a la cobertura de la crisis [de los rehenes]. Cada noche, ABC mostraría en la pantalla de entrada la leyenda «America Held Hostage» [Estados Unidos tomado como rehén], seguida por el número de días que duraba el cautiverio. El presentador (normalmente el veterano presentador de ABC Ted Koppel) rellenaría el tiempo entrevistando a expertos, periodistas y a otras figuras asociadas con la crisis⁹².

Fue un éxito total, y el programa pervivió durante mucho tiempo, incluso tras el fin de la crisis de los rehenes un año más tarde. Pero todavía quedaba una cuestión: ¿querría alguien ver más noticias que esas?

La siguiente en tirarse a la piscina fue la CNN en 1980, lo cual tuvo algo de apuesta. De repente, había veinticuatro horas a rellenar con programación de noticias. Aunque Koppel podía hacer desfilar a toda una hilera de expertos para hablar sobre Irán, ¿cuántos expertos había y cuántos temas merecía la pena tratar? Desde la perspectiva del televidente, ¿estarían dispuestos a tratar las noticias como si se tratara de un bufet de veinticuatro horas en el que podían picar aquí y allá siempre que quisieran, más que esperar por la siguiente edición del periódico o por su retransmisión «durante la hora de la cena» con los presentadores de la cadena? ¿Lo estuvieron alguna vez? A pesar de que se criticó a CNN por ofrecer cobertura «aguada» en comparación con otras cadenas, se convirtió casi inmediatamente en un éxito. En 1983, un reportaje de la sección de negocios del *New York Times* informaba sobre los primeros beneficios de CNN⁹³. A lo largo de los años 80 y siguientes, creció la audiencia de CNN a consecuencia de que una serie de crisis atrajo a la gente a las noticias por cable: estalló el transbordador espacial Challenger, ocurrieron los sucesos de la plaza de Tiananmen, cayó el Muro de Berlín y finalmente tuvo lugar la Guerra del Golfo⁹⁴.

Por supuesto, también hubo quien se quejó de los sesgos, pero este había sido un tema persistente durante décadas tanto para los periódicos como para la radiodifusión y las noticias por cable. Lyndon Johnson odiaba la cobertura que le dieron las cadenas durante la era de Vietnam. El vicepresidente en la era de Nixon, Spiro Agnew, despidió a los gabinetes de prensa de Washington por ser unos «peces gordos parlanchines del negativismo». Para la derecha siempre hubo rumores de que las noticias reflejaban un «sesgo liberal» persistente, pero realmente no hubo una alternativa hasta finales de los años 80.

Los programas de entrevistas de la radio llevaban ya treinta años en el aire

antes de que llegase Rush Limbaugh, pero, como explica Tom Nichols en su libro *The Death of Expertise [La muerte de los expertos]*, Limbaugh hizo algo nuevo: «[él] se constituyó como fuente de verdad en oposición al resto de los medios de comunicación estadounidenses»⁹⁵. Con la sensación de que el resto de medios de comunicación se encontraban «en el bote» a favor de liberales como Bill Clinton, Limbaugh intentó dar voz al resto de los Estados Unidos. Y tuvo un amplio éxito.

Pasados unos años desde su primera retransmisión, se escuchaba a Limbaugh en más de seiscientas emisoras a lo largo del país. [...] [Limbaugh] construyó una base nacional de seguidores leales al permitirles llamarle y expresarle su apoyo. Las llamadas se controlaban y revisaban. De acuerdo con un encargado de uno de los primeros socios de Limbaugh, se hacía así porque este pensaba que no era demasiado bueno en los debates. El debate, sin embargo, no era lo importante: el objetivo era crear un sentimiento de comunidad entre la gente que ya se encontraba inclinada a estar de acuerdo entre sí⁹⁶.

La gente escuchaba el programa de Limbaugh no para enterarse de nuevos «hechos», sino porque se sentían distanciados de lo que percibían como un sesgo político en las coberturas de las noticias que les llegaban desde los periódicos y la televisión. Y, además, hasta el inicio de los programas de radio con llamadas del público, los medios de comunicación siempre habían sido unidireccionales: alguien contaba a la gente lo que era verdad. El programa de Limbaugh permitió dar voz a la gente y que esta participara en una comunidad. Antes de que nadie hubiera siquiera hablado en los medios sobre el sesgo de confirmación, Rush Limbaugh ya lo había descubierto. Y lo convirtió en una fuerza imparable.

Por entonces, algunos otros se estaban dando cuenta de la cuota de mercado potencial que podría proporcionar la cobertura de noticias partidistas. MSNBC se fundó en julio de 1996. Fox News vino poco después, en octubre de 1996. Ambas se consideraban alternativas a CNN. Incluso hoy día se encuentra gente que es reacia a aceptar que MSNBC es partidista. En sus primeros años, decididamente lo era menos. Eran tiempos en los que destacaron comentaristas conservadores como Ann Coulter y Laura Ingraham como colaboradores habituales. En algún momento, sin embargo, MSNBC creó su propio nicho (a veces incómodo) a favor de una perspectiva liberal de las noticias. Fox News (que fue creación del asesor conservador de medios de comunicación Roger Ailes) no mostró tal ambivalencia:

La llegada de Fox fue, de alguna manera, la expresión última de la división partidista sobre cómo la gente buscaba fuentes de información en el nuevo mercado electrónico. Lo que intentó hacer

Limbaugh en la radio [...] Ailes lo llevó a la realidad con una cadena de televisión. Si Ailes no hubiera creado Fox, otro lo hubiera hecho, porque el mercado, como lo demostraron los programas de tertulianos en la radio, ya estaba ahí. Como bromea Charles Kruthammer, autor conservador y comentarista de Fox, Ailes «descubrió un nicho de audiencia: la mitad de la población estadounidense»⁹⁷.

Fox llevó la cobertura partidista de las noticias a un nuevo nivel. El día después del trágico asesinato de veinte estudiantes de escuela primaria en Newtown, Connecticut, los ejecutivos de Fox News enviaron una instrucción a sus productores para que no permitieran a nadie discutir en directo sobre control de armas⁹⁸. La práctica de los ejecutivos de Fox, que buscaba inclinar las noticias del día hacia los temas de discusión conservadores era, de hecho, bien conocida⁹⁹. Esto no podía sino afectar al contenido de las noticias. Un estudio de 2013 descubrió que el 69 por 100 de los invitados de Fox News eran escépticos sobre el cambio climático, en comparación con el 29 por 100 en *Los Angeles Times* y el 17 por 100 en el *Washington Post*¹⁰⁰. Otro estudio mostró que el 68 por 100 de los reportajes de Fox reflejaban opiniones personales, en comparación con el solo 4 por 100 de la CNN¹⁰¹. Como resultado, al carecer de una línea discernible que separara la información seria en sentido estricto de la opinión partidista, quizás se pueda perdonar al núcleo duro de la audiencia de Fox por creer y propagar alguna de las tergiversaciones de las que allí se enteraron. Ciertamente, un estudio de 2011 descubrió que la audiencia de Fox News estaba *peor informada* que aquella que no veía ninguna noticia¹⁰².

En los últimos años Ted Koppel se presenta a sí mismo como un ferviente opositor de este tipo de medios de comunicación partidistas (tanto de izquierdas como de derechas) y argumenta que son un peligro para nuestra democracia. Es probablemente irónico que su programa de los años 80, *Nightline*, fuera uno de los primeros en demostrar el potencial económico de la cobertura de noticias basada en las entrevistas, pero a pesar de todo Koppel siente que las cosas han ido ahora demasiado lejos:

El éxito comercial tanto de Fox News como de MSNBC es para mí una fuente de tristeza no partidista. Aunque puedo valorar la lógica financiera consistente en ahogar a la audiencia televisiva en una corriente de opiniones diseñada para confirmar sus propios prejuicios, esta tendencia no es buena para la república. [...] Comenzando, por ejemplo, por la razonable perspectiva de que la objetividad absoluta es inalcanzable, Fox News y MSNBC ni siquiera intentan lograrla. Nos muestran el mundo no como es, sino como los partidistas (y los leales televidentes) de cualquier lado del espectro político querrían que fuera. Esto es para el periodismo lo que Bernie Madoff fue para la inversión: les contó a sus clientes lo que querían oír y, para cuando conocieron la verdad, su

dinero ya había desaparecido¹⁰³.

Desde la elección de Trump, Koppel ha dirigido su mirada más específicamente hacia Fox. En una entrevista reciente con Sean Hannity de Fox News, los dos mantuvieron este intercambio:

HANNITY: Tenemos que dar algún crédito al pueblo estadounidense en el sentido de que son de alguna manera inteligentes y de que conocen la diferencia entre un programa de opinión y un programa de noticias. Es usted un cínico.

KOPPEL: Soy un cínico.

HANNITY: ¿Piensa usted que somos malos para Estados Unidos? ¿Piensa usted que soy malo para Estados Unidos?

KOPPEL: Sí... A largo plazo pienso que usted y todos esos programas de opinión...

HANNITY: ¿En serio? Es triste, Ted. Es triste.

KOPPEL: No, ¿sabe por qué? Porque es usted muy bueno en lo que hace, y porque ha atraído a una [parte] significativamente más influyente...

HANNITY: Está usted tomando por tontos a los estadounidenses.

KOPPEL: No, déjeme terminar la frase antes de [decir] eso.

HANNITY: Estoy escuchando. Con todo el respeto. Tiene la palabra.

KOPPEL: Ha atraído a gente que ha tomado la determinación de pensar que la ideología es más importante que los hechos¹⁰⁴.

Algunos pretenden desechar todo el resultado del trabajo de Fox News por ser el patrocinador de las «noticias falsas» (no se necesita estar mucho tiempo escuchando críticas a la cadena para oír a algún bromista haciendo el chiste fácil de que en realidad debería llamarse «Faux News»)¹⁰⁵. El problema de las noticias «falsas» y su relación con el fenómeno de la posverdad es un asunto formidable que trataremos en el siguiente capítulo. Lo mencionaré ahora solo porque algunos comentaristas afirman que las «noticias falsas» no comenzaron con Fox sino con la sátira.

En una encuesta hecha por The Pew Research Center¹⁰⁶ [Centro de investigaciones Pew] en 2014, que preguntaba a los estadounidenses el nombre de su fuente de información «de mayor confianza», hubo una división partidista más que predecible. Entre los que se autodefinieron como conservadores, Fox News fue la fuente líder con el 44 por 100. En el campo de los liberales, lo fueron los programas de noticias en un 24 por 100, seguidos por un empate a tres bandas por la segunda posición entre la televisión pública, CNN y... *The Daily Show* de Jon Stewart¹⁰⁷. Pero detengámonos un momento: *The Daily Show* es una *comedia*. Antes de que se retirara como «presentador» de *The Daily Show* en 2015, el propio Jon Stewart dijo que lo que él presentaba eran «parodias» de

noticias. Su trabajo era conseguir risas, no rebuscar hechos. En medio de la creciente preocupación que hubo mientras estuvo en el puesto por parte de la gente que defendía las noticias «reales», ya que muchos jóvenes seguían, a pesar de todo, informándose de las noticias a través de su programa, Stewart se defendió diciendo que «si la idea que se tiene para enfrentarse a mí consiste en decir que no hago preguntas suficientemente contundentes sobre las noticias, vamos mal, amigos»¹⁰⁸.

Algunos no están por la labor de dejar a Stewart salirse tan fácilmente con la suya, o a Andy Borowitz en *New Yorker* o *The Onion*. En un artículo de opinión reciente publicado en *Los Angeles Times* y titulado «La izquierda también tiene el problema de la posverdad: se llama comedia», Stephen Marche argumentaba que «las condiciones de la posverdad, en las que ha florecido el trumpismo, tienen sus raíces en la sátira de izquierdas. [...] En 2009 una encuesta de la revista *Time* reveló que [Jon] Stewart era el presentador de noticias en antena de mayor confianza»¹⁰⁹. Pero yo diría que esta no es una interpretación justa. La sátira es un recurso muy antiguo para hacer frente a las mentiras y los embustes que los políticos intentan que aceptemos como verdad. Se supone que no se ha de tomar como algo real. En parte, ahí reside su gracia. Al burlarse de la realidad, la sátira busca subrayar lo que hay de absurdo en la vida real. Si uno acepta la sátira como real, se pierde su sentido. La intención de la sátira no es engañar, sino ridiculizar. Como el propio Marche señala en su obra,

en cierto sentido [...] la sátira política es lo opuesto de las noticias falsas. Los escritores satíricos destrozan las pretensiones del periodismo de revelar lo que ellos creen que es verdad. Las páginas de noticias falsas usan el pretexto de que están haciendo periodismo para difundir lo que saben que es falso¹¹⁰.

Con todo, Marche argumenta que, a pesar de sus diferentes intenciones, el resultado es el mismo: «los escritores de sátira política, y sus audiencias, han convertido a las propias noticias en un chiste. Independientemente del contenido de sus políticas, han contribuido a la creación del estado de poshechos en el que se encuentra el discurso político estadounidense»¹¹¹.

Esto parece gravar con una pesada carga a la sátira política. Con todo, se sigue escuchando el eco de la defensa de Hannity de Fox News: «tenemos que dar algún crédito al pueblo estadounidense en el sentido de que son de alguna manera inteligentes y de que conocen la diferencia entre un programa de opinión y un programa de noticias». ¿Es el mensajero responsable de cualquier

impresión falsa que pueda crearse en su comunidad de seguidores? ¿O esta responsabilidad debería recaer solamente en aquellos que intentan engañar a la gente haciéndoles creer algo que es falso? Pero ¿qué sucede si la forma en que se cuenta la historia tiene importancia a la hora de crear estas equivocaciones? ¿Devolver la carga de la responsabilidad a la propia audiencia es suficiente para absolver a alguien de incurrir en un sesgo?

EL PROBLEMA DEL SESGO MEDIÁTICO

Ya hemos visto cómo los medios de comunicación tradicionales perdieron fuelle en términos de competencia una vez que tomó más y más cuerpo un modelo basado en opiniones partidistas que los desafió. Lo que quiero abordar ahora es si este declive influyó también en la calidad y en el compromiso con los valores del buen periodismo.

Con el auge en 1996 de los programas de «noticias» en la televisión por cable, muchos de los medios de comunicación tradicionales comenzaron a palidecer. No querían que se les confundiera con *¡aquello!* Así pues, tanto en la cobertura de las cadenas televisivas, en la CNN, y en los periódicos de la «prensa de prestigio», se buscó distinguirse de los nuevos programas poniendo más énfasis en la «objetividad». El eslogan de Fox News, que hablaba de cobertura «justa y equilibrada», seguramente buscara burlarse de estos medios de comunicación tradicionales. Probablemente esto no significa que Fox considerara su propia cobertura como más equilibrada; más bien pensaban que ellos *eran* la balanza que medía ese equilibrio. Los demás medios estaban muy orientados a la izquierda, con lo que ellos equilibraban las cosas por la derecha. Pero ya que los medios de comunicación tradicionales nunca podrían aceptar la idea de que realmente *estaban* sesgados hacia la izquierda, decidieron mostrar que realmente *podían* ser «justos y equilibrados» en su propia cobertura, con lo que comenzaron a informar de «ambas partes» sobre cualquier tema controvertido.

Lejos de incrementar la objetividad, esta táctica tuvo el efecto irónico de reducir su compromiso con ofrecer una cobertura rigurosa de las noticias. En un ambiente en el que los partidistas están desesperados por dar a conocer sus historias no se tiene éxito manteniendo los más altos estándares de la integridad periodística (el más importante de los cuales debería ser contar la verdad),

facilitando a los partidistas más acérrimos una base desde la que airear sus agravios. Pero esto es exactamente lo que pasó. El mantra de la objetividad se plasmó en la resolución de otorgar un «tiempo equitativo» y en reflejar «ambas partes de la historia», incluso en asuntos fácticos. Aunque esto pueda verse como una meta razonable, o incluso loable, cuando se trata de temas de opinión, resultó ser un desastre para la cobertura relacionada con la ciencia. Al permitir «tiempos equitativos», los medios de comunicación solo consiguieron crear «equivalencias falsas» entre dos partes de un tema, incluso cuando realmente no existían dos partes creíbles.

Ya hemos visto en el capítulo 2 cómo los negacionistas científicos consiguieron sacar provecho de las preocupaciones de los medios de comunicación sobre la objetividad. Ya no necesitaron publicar anuncios a página completa para conseguir dar a conocer su historia. Todo lo que tenían que hacer era presionar a los medios de comunicación para que creyeran que, si existía «otra investigación» sobre temas científicos, pero no la estaban cubriendo, debía ser porque estaban incurriendo en un sesgo. Los periodistas mordieron el anzuelo y comenzaron a dar cobertura a ambas partes en temas «controvertidos» como el cambio climático y las vacunas, incluso si la controversia solo se había generado por aquellos que tenían en juego intereses financieros o políticos. Y la consecuencia para el público general fue una confusión total a la hora de identificar una campaña instigada por los medios de comunicación que buscaba la desinformación.

¿Es el mensajero responsable de cualquier impresión falsa que pueda crearse en su comunidad de seguidores? ¿O esta responsabilidad debería recaer solamente en aquellos que intentan engañar a la gente haciéndoles creer algo que es falso?

En 1988, el presidente George H. W. Bush, mucho antes de que el cambio climático se convirtiera en una cuestión política¹¹², prometió combatir el «efecto invernadero» con el «efecto Casa Blanca». A lo largo de los años siguientes, sin embargo, el asunto del calentamiento global se volvió totalmente partidista. Las compañías petrolíferas comenzaron a hacer sus propias «investigaciones», y querían que los medios de comunicación dieran cuenta de ellas. Simultáneamente, estaban dando dinero y presionando a funcionarios del Gobierno. Ahora entendemos que todo esto era simplemente una «duda manufacturada» que se orientaba a oscurecer que los científicos dedicados al estudio del clima habían llegado a un consenso sobre el hecho de que el cambio climático estaba teniendo lugar y que la actividad humana era responsable. Pero había demasiado dinero en juego como para dejar esta cuestión a los científicos. Y mientras hubiera «escépticos» ahí fuera, los medios de comunicación se sentirían en la obligación de dar cuenta del cambio climático como un tema controvertido.

James Hansen fue uno de los primeros en alertar sobre el cambio climático. En 1988, su declaración ante el Congreso tuvo como resultado dos leyes presentadas ante el Senado de los Estados Unidos. Como anterior jefe del instituto Goddard de Estudios Espaciales de la Nasa, es uno de los principales expertos sobre esta materia. Considérese ahora su relato de primera mano sobre la humillación que sufrió frente a la orden de «objetividad» de los medios de comunicación sobre una cuestión fáctica:

Solía repartir las culpas uniformemente hasta que, cuando estaba a punto de aparecer en la televisión pública, el productor me informó de que el programa «tenía» que incluir también a un «opositor» que discrepara de las afirmaciones sobre el calentamiento global. Presentarlo así, me dijo, era una práctica común en la televisión comercial, así como en la radio y en los periódicos. Los partidarios de la televisión pública o los anunciantes, con sus propios intereses especiales, necesitaban un «equilibrio» como compensación por su continuo apoyo financiero. El libro de Gore muestra que mientras más de la mitad de los artículos periodísticos recientes sobre el cambio climático dan igual peso a las opiniones contrarias, prácticamente ninguno de los artículos científicos en revistas con revisión por pares ha puesto en duda el consenso sobre el hecho de que las emisiones procedentes de las actividades humanas causan el calentamiento global. Como resultado, incluso cuando la evidencia científica es clara, las cuestiones técnicas quisquillosas señaladas por los opositores dejan al público con la impresión falsa de que hay aún una gran incertidumbre científica sobre la realidad y las causas del cambio climático¹¹³.

Lo que le ocurrió a Hansen, sin embargo, no fue nada extraño. Por la noche, se invitaba al público a presenciar «debates» en televisión a pantalla dividida con científicos a un lado y «escépticos» al otro. El anfitrión les dejaba hablar a ambos durante aproximadamente el mismo tiempo, y entonces declaraba que la cuestión era «controvertida». Durante un tiempo, la mayoría de programas de televisión parecían intentar imitar el eslogan de Fox News «nosotros informamos, tú decides».

Naturalmente, el público estaba confuso. ¿Había una controversia científica sobre el cambio climático o no? Si no, ¿por qué lo estaban presentando los programas de televisión como si la hubiera? Los medios de comunicación podían haberse dicho a sí mismos que no era su trabajo tomar parte en una cuestión «partidista», pero en un ambiente en el que un poco de investigación seguramente habría arrojado el resultado de que los científicos *no* estaban divididos sobre esta cuestión, hacer lo que hacían equivalía a una mala práctica periodística. La meta de la objetividad no es otorgar un tiempo equitativo entre la verdad y la falsedad: es facilitar el desarrollo de la verdad. Dado que los científicos ya habían llegado a un consenso sobre el cambio climático, la única «controversia» existente era política, y esta había sido promovida por las compañías petrolíferas y aquellos que creían en sus mentiras. El resultado es que incluso a pesar de que no había tal controversia científica (al igual que cuarenta años antes no había habido ninguna sobre la relación entre fumar y el cáncer) el público pensaba que sí la había.

Al permitir «tiempos equitativos», los medios de comunicación solo consiguieron crear «equivalencias falsas» entre dos partes de un tema, incluso cuando realmente no existían dos partes creíbles.

Y, ¿quién les puede reprochar nada? ¡Lo vieron en las noticias! Ahora los medios de comunicación han abandonado su cometido de «contar la verdad» en favor de «cubrir sus vergüenzas» mostrando que no cometían sesgo alguno, lo que jugó a favor de quienes habían buscado crear confusión sobre cuestiones fácticas a través de nada más que un escepticismo fingido. ¿Por qué lo permitieron los medios de comunicación? En parte, pudo deberse a una cobertura bastante descuidada. Como señala un comentarista:

La objetividad sirve de excusa para informar de manera descuidada. Si estás en la fecha límite y todo lo que tienes son las «dos partes de una historia», a menudo es suficiente. No es que estas historias que establecen los parámetros del debate no tengan valor para nuestros lectores, pero muy a menudo, en nuestra obsesión con [...] «lo último», no logramos darle un impulso gradual a la historia, de manera que se dirija hacia una comprensión más profunda de lo que es verdad y de lo que es falso¹¹⁴.

Pero esto puede tener consecuencias horribles, ya que, si se facilita una contranarrativa que consista en falsedad respecto de algo que es verdad, se permite que el razonamiento motivado eche raíces. Los políticos embaucadores estaban explotando a los medios de comunicación, y los medios de comunicación estaban engañando a su audiencia. Pero existe también otra perspectiva: el beneficio. En un ambiente de medios de comunicación cada vez más competitivos, las cadenas pueden haber estado buscando una «historia» que requiriera algún grado de dramatismo. Si hay algo de verdad en lo que dijo Donald Trump en su libro *The Art of the Deal* [*El arte de la negociación* en su versión en castellano] es que a los medios de comunicación les gusta la controversia más que la verdad¹¹⁵. ¿Cómo puede uno justificar tal acusación en vez de concluir que todo fue simplemente una anomalía alrededor de un tema ciertamente complejo? Porque ocurrió de nuevo, sobre el tema de la supuesta relación entre las vacunas y el autismo, basado en la investigación fraudulenta del doctor Andrew Wakefield¹¹⁶ en 1998.

Aquí el dramatismo era incluso mayor. ¡Niños enfermos y sus padres afligidos! ¡Las estrellas de Hollywood tomando partido! ¡Puede que incluso haya una conspiración y encubrimiento del Gobierno! Y, de nuevo, los medios de comunicación fracasaron estrepitosamente al dar cuenta de la conclusión basada en la evidencia más probable: que la investigación de Wakefield era con casi

toda seguridad un fraude. Tenía un enorme y secreto conflicto de intereses, su investigación no se podía reproducir, y su permiso para ejercer la medicina le había sido retirado. Todo esto se supo en 2004, en el punto álgido de la historia vacuna-autismo. Más tarde, cuando se supo de forma definitiva que la investigación de Wakefield había sido un fraude y un engaño, el daño ya estaba hecho. Años de debates televisivos a pantalla partida habían pasado factura. Los ratios de vacunación se habían desplomado y la que había sido una enfermedad prácticamente erradicada (el sarampión) experimentó un brote que afectó a ochenta y cuatro personas a lo largo de catorce estados¹¹⁷.

Si uno piensa que los medios de comunicación impresos estaban exentos de culpa en todo esto, se equivoca. En un estudio de 2004 titulado «Equilibrio como sesgo: el calentamiento global y la prensa de prestigio de los Estados Unidos», Maxwell Boykoff y Jules Boykoff descubrieron que la norma de la «cobertura equilibrada» había causado que *The New York Times*, *The Washington Post*, *Los Angeles Times* y *The Wall Street Journal* desorientaran seriamente al público sobre el cambio climático¹¹⁸. El problema aquí no era el denominado sesgo político. Fue, de hecho, lo que los investigadores llaman el «sesgo de información», que ocurre cuando en el proceso de recabar y dar a conocer información por parte de los periodistas se obtiene como resultado una cobertura distorsionada de la verdad. En resumen, «el sesgo [de información] es la divergencia que se da entre la cobertura del calentamiento global en la prensa de prestigio y el consenso general de la comunidad científica»¹¹⁹. Pero ¿cómo pudo ocurrir esto? ¿Cómo pudo suceder que la adhesión a los valores periodísticos de la objetividad, imparcialidad, exactitud y equilibrio pudiera llevar a una situación en la que nos *alejamos* de la verdad? La respuesta reside en que se ha sucumbido a la presión para conseguir una «cobertura equilibrada», al incluir información facilitada por partidistas que tenían interés en impulsar al reportero hacia algo distinto de la verdad. Esto crea un «discurso negacionista» que puede otorgar un crédito indebido a opiniones alternativas: «La cobertura equilibrada permitió que un pequeño grupo de escépticos amplificara sus opiniones sobre el calentamiento global»¹²⁰. El problema es en realidad bastante simple. Si haces una receta con un solo ingrediente podrido, el plato al completo sabrá a podrido. «El equilibrio busca neutralidad. Requiere que los reporteros presenten las opiniones de portavoces legítimos de las partes en conflicto de cualquier disputa importante, y dar a ambas partes aproximadamente la misma atención»¹²¹.

Pero existe un peligro, porque el equilibrio sustituye a menudo la comprobación de datos: «El periodista típico, incluso uno que tenga preparación como periodista científico, no tiene ni el tiempo ni el conocimiento para comprobar por sí mismo la validez de las afirmaciones»¹²².

Así pues, la situación es propicia para que la aprovechen «expertos» ideológicos que tienen algo que ganar en cómo se presente una cuestión científica particular.

¿Pasó esto con la cuestión del calentamiento global? No debería ser una sorpresa el que fuera así. ¿Nos acordamos de esa reunión de 1988 convocada por el Instituto estadounidense del petróleo y su plan de acción estratégica que se filtró después?; aquellos «científicos independientes» que reclutaron las compañías petrolíferas mediante sobornos. Boykoff y Boykoff se refieren explícitamente al éxito de la estrategia de medios de comunicación de API como un factor a la hora de crear sesgo mediático en la cobertura del cambio climático:

En la mayor parte de la cobertura de la prensa de prestigio estadounidense prevalecían las explicaciones equilibradas: estas explicaciones daban «atención aproximadamente equitativa» a la opinión de que los humanos estaban contribuyendo al calentamiento global, y a la otra opinión que consideraba a las fluctuaciones naturales como causa exclusiva para explicar el incremento de la temperatura de la Tierra»¹²³.

El periodismo impreso fue engañado, al igual que lo había sido el periodismo televisivo.

IMPLICACIONES PARA LA POSVERDAD

Los guardianes de los valores tradicionales del periodismo se encuentran estos días en una especie de situación sin salida. Mientras ven cómo su cuota de mercado merma frente a la popularidad creciente del contenido basado en la opinión, a veces sin revisar, se les está atacando por ser parciales incluso cuando están haciendo todo lo posible por preservar la verdad. Si llaman mentiroso al presidente (incluso cuando está mintiendo), se les critica. Si menosprecian la contribución de los «escépticos» a los debates científicos, se les acusa de contar solamente una parte de la historia. ¿Sorprende que algunos dentro de la prensa convencional y de las cadenas de televisión deseen volver a «los buenos tiempos», cuando se defendían los valores periodísticos y se respetaba su

autoridad?¹²⁴.

Lo que obtienen, sin embargo, es una embestida de críticas. Donald Trump empezó a llamar a cualquier informe de los medios de comunicación que no fuera de su agrado «noticias falsas». En sus actos de campaña dijo de la gente de la prensa que estaba «entre la más deshonesta de la Tierra»¹²⁵. Y está funcionando. En la última encuesta Gallup¹²⁶ se informó de que la confianza de los estadounidenses en los medios de comunicación de masas se había hundido hasta un nuevo mínimo: desde un máximo del 72 por 100 en 1976 en las postrimerías inmediatas a la crisis Watergate y a Vietnam, ha caído ahora hasta el 32 por 100¹²⁷.

Todo esto es otro paso en el camino hacia la posverdad. Dado que la audiencia de las noticias consiste actualmente en un número tan elevado de partidistas, la línea entre los medios de comunicación tradicionales y alternativos se ha difuminado y muchos prefieren ahora obtener sus noticias de fuentes que se adhieren a valores cuestionables a la hora de contar la verdad. Ciertamente, muchos no pueden siquiera decir ahora qué fuentes están sesgadas. Y si alguien cree que todos los medios de comunicación están sesgados, quizás no implique una gran diferencia escoger una fuente de información que esté sesgada en favor de las opiniones de uno mismo. Aquellos que proporcionaron gráficos que intentan medir la fiabilidad de diferentes fuentes de medios de comunicación desde las elecciones, se han encontrado con amenazas de sufrir ataques contra su integridad física¹²⁸.

Por supuesto, el auge de las redes sociales ha facilitado este tipo de información gratis para todos. Con los hechos y las opiniones presentados hoy día de la mano en internet, ¿quién sabe ya en qué creer? Sin filtros y sin investigación, los lectores y los televidentes están expuestos en la actualidad a un flujo continuo de información puramente partidista. Con la reputación de los medios de comunicación tradicionales en su punto más bajo, aquellos que tienen interés en que la propaganda se distribuya ya no necesitan preocuparse por conseguir que otros cuenten su lado de la historia. Ahora disponen de sus propios medios de difusión.

Y si todo esto falla, siempre estará Twitter. Si los medios de comunicación son el enemigo, entonces Trump puede llevar su mensaje directamente a la gente. ¿Quién necesita la comprobación de los hechos cuando la gente puede oírla directamente del presidente de los Estados Unidos?

Se ha completado el desafío a la realidad.

[87](http://media-cmi.com/downloads/Sixty_Years_Daily_Newspaper_Circulation_Trends_050611.pdf) «Sixty Years of Daily Newspapers Circulation Trends», 6 de mayo de 2011, <http://media-cmi.com/downloads/Sixty_Years_Daily_Newspaper_Circulation_Trends_050611.pdf>.

[88](#) O por una presentadora; Barbara Walters se incorporó a ABC News como copresentadora en 1976.

[89](#) David Halberstam, *The Powers That Be* (Urbana, University of Illinois Press, 2000), pág. xi.

[90](#) Ted Koppel, «Olbermann, O'Reilly and the Death of Real News», *Washington Post*, 14 de noviembre de 2010, <<http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2010/11/12/AR2010111202857.html>>.

[91](#) *Ibíd.*, 2. Véase también Marc Gunther, «The Transformation of Network News», *Nieman Reports*, 15 de junio de 1999, <<http://niemanreports.org/articles/the-transformation-of-network-news/>>: «[Roone Arledge, Presidente de ABC News] no veía razones por las que las noticias no pudieran generar beneficios»; «“Cuando vine aquí, estábamos perdiendo dinero con las noticias y se pensaba que era una situación aceptable”, recuerda Bob Wright, que fue consejero delegado de NBC desde que GE compró la cadena en 1986».

[92](#) Nichols, *The Death of Expertise: The Campaign against Established Knowledge and Why It Matters* (Oxford, Oxford University Press, 2017), págs. 149-150.

[93](#) Sandra Salmans, «Television's “Bad Boy” Makes Good», *New York Times*, 14 de agosto de 1983, <<http://www.nytimes.com/1983/08/14/business/television-s-bad-boy-makes-good.html?pagewanted=all>>.

[94](#) <<http://www.pophistorydig.com/topics/ted-turner-cnn-1980s-1990s/>>.

[95](#) Nichols, *The Death of Expertise*, pág. 146.

[96](#) *Ibíd.*

[97](#) *Ibíd.*, pág. 153.

[98](#) Jack Mirkinson, «Fox News Execs Squashed Talk of Gun Control after Newtown Massacre: Report», *Huffington Post*, 17 de diciembre de 2012, <http://www.huffingtonpost.com/2012/12/17/fox-news-gun-control-sandy-hook-newtown_n_2318431.html>.

[99](#) Cenk Uygur, «Will John Moody Be Forced out of Fox Life Dan Rather from CBS?», *Huffington Post*, 15 de noviembre de 2006, <http://www.huffingtonpost.com/cenk-uygur/will-john-moody-be-forced_b_34162.html>.

[100](#) Shauna Theel, Max Greenberg y Denise Robbins, «Study: Media Sowed Doubt in Coverage of UN Climate Report», *Media Matters*, 10 de octubre de 2013, <<https://mediamatters.org/research/2013/10/10/study-media-sowed-doubt-in-coverage-of-un-clima/196387>>.

[101](#) <<http://www.stateofthedia.org/2005/cable-tv-intro/content-analysis/>>.

[102](#) <<http://publicmind.fdu.edu/2011/knowless/>>.

[103](#) Koppel, «Olbermann, O'Reilly and the Death of Real News».

[104](#) Daniel Politi, «Watch Ted Koppel Tell Sean Hannity He's Bad for America», *Slate*, 26 de marzo de 2017, <http://www.slate.com/blogs/the_slatest/2017/03/26/watch_ted_koppel_tell_sean_hannity_he_s_bad_for_an

[105](#) «Faux» significa en francés «falsas».

[106](#) El Centro de investigaciones Pew es un *think tank* con sede en Washington D.C. que brinda información sobre problemáticas, actitudes y tendencias que caracterizan a los Estados Unidos y al mundo. Lleva a cabo encuestas electorales. [N. del T.].

[107](#) MSNBC fue la última con un 10 por 100. Cita extraída de Nichols, *The Death of Expertise*, págs. 155-156.

[108](#) <<http://transcripts.cnn.com/TRANSCRIPTS/0410/15/cf.01.html>>.

[109](#) Stephen Marche, «The Left Has a Post-Truth Problem Too: It's Called Comedy», *Los Angeles Times*, 6 de enero de 2017, <<http://www.latimes.com/opinion/op-ed/la-oe-marche-left-fake-news-problem-comedy-20170106-story.html>>.

[110](#) *Ibíd.*

[111](#) *Ibíd.*

[112](#) «The White House and the Green House», *New York Times*, 9 de mayo de 1989, <<http://www.nytimes.com/1989/05/09/opinion/the-white-house-and-the-greenhouse.html>>.

[113](#) James Hansen, «The Threat to the Planet», *New York Review of Books*, 13 de julio de 2006, <<http://www.nybooks.com/articles/2006/07/13/the-threat-to-the-planet/>>.

[114](#) Brent Cunningham, «Rethinking Objectivity», *Columbia Journalism Review*, julio-agosto de 2003, <http://archives.cjr.org/feature/rethinking_objectivity.php>.

[115](#) Donald Trump con Tony Schwartz, *The Art of the Deal* (Nueva York, Random House, 1992).

[116](#) Andrew Wakefield (1957) es un gastroenterólogo inglés que publicó en 1998 en *The Lancet* (junto con otros doce investigadores) un artículo fraudulento en el que,

presuntamente, ofrecía evidencia conclusiva de la relación entre la vacuna del sarampión y la rubeola y el autismo. Este descubrimiento levantó una gran polémica e hizo que la gente se negara a administrar a los niños esa vacuna. A partir de 2005, empezó a descubrirse el fraude y sus truculencias. Aunque hoy día es claro que lo que defendía Wakefield no se sostiene desde el punto de vista científico, el caso ha dañado gravemente la salud pública en algunos países donde, por ejemplo, el sarampión y la rubeola habían sido prácticamente eliminados. [N. del T.].

[117](#) Steven Salzberg, «Anti-Vaccine Movement Causes Worst Measles Epidemic in 20 Years», *Forbes*, 1 de febrero de 2015, <<https://www.forbes.com/sites/stevensalzberg/2015/02/01/anti-vaccine-movement-causes-worst-measles-epidemic-in-20-years/#27ce10b6069d>>.

[118](#) Maxwell Boykoff y Jules Boykoff, «Balance as Bias: Global Warming and the US Prestige Press», *Global Environmental Change*, 14 (2004), págs. 125-136, <<http://sciencepolicy>

colorado.edu/admin/publication_files/2004.33.pdf>.

[119](#) *Ibíd.*, pág. 127.

[120](#) *Ibíd.*

[121](#) *Ibíd.*, pág. 129.

[122](#) *Ibíd.*

[123](#) *Ibíd.*

[124](#) Hay unas cuantas buenas noticias que se pueden señalar aquí. Desde la elección de Trump, las suscripciones al *New York Times*, *Los Angeles Times* y el *Washington Post* han subido. El *Washington Post* anunció en diciembre de 2016 que incrementaría en sesenta puestos su plantilla de redacción. Laurel Wamsley, «Big Newspapers Are Booming: “Washington Post” to Add 60 Newsroom Jobs», *NPR.org*, <<http://www.npr.org/sections/thetwo-way/2016/12/27/507140760/big-newspapers-are-booming-washington-post-to-add-sixty-newsroom-jobs>>.

[125](#) Julie Hirschfeld Davis y Matthew Rosenberg, «With False Claims, Trump Attacks Media on Turnout and Intelligence Rift», *New York Times*, 21 de enero de 2017, <<https://www.nytimes.com/2017/01/21/us/politics/trump-white-house-briefing-inauguration-crowd-size.html>>.

[126](#) Sondeo de opinión usado frecuentemente en los medios de comunicación de masas para dar cuenta del estado de la opinión pública. [*N. del T.*].

[127](#) <<http://www.gallup.com/poll/195542/americans-trust-mass-media-sinks-new-low.aspx>>.

[128](#) «Professor Makes List of Fake, Misleading News Sites You May Want to Avoid», CBS Boston, 16 de noviembre de 2016, <<http://boston.cbslocal.com/2016/11/16/fake-news-sites-websites-list-professor-merrimack-college-zimdars/>>.

CAPÍTULO 5

El auge de las redes sociales y el problema de las noticias falsas

No te creas todo lo que leas en internet.

THOMAS JEFFERSON

Como era de esperar, el declive de los medios de comunicación tradicionales fue debido en gran medida a internet. El año con mayor circulación de prensa impresa en los Estados Unidos fue 1984¹²⁹. Entonces comenzó una larga caída debida en parte a la pérdida de cuota de mercado en beneficio de la televisión por cable, pero las cosas comenzaron a torcerse realmente con la disponibilidad pública a gran escala de la *World Wide Web* en los años 90. Cuando golpeó la crisis financiera en 2008, muchos periódicos comenzaron un círculo de autodestrucción: cayeron los ingresos, recortaron en personal, sus resultados se redujeron y los suscriptores continuaron huyendo.

Los analistas habían advertido en los últimos años de que, ofreciendo cada vez menos material impreso, los periódicos estaban invitando a los lectores a dejar de comprarlos. La mayoría de los periódicos redujeron considerablemente su tamaño físico (cada vez menos páginas y más pequeñas, con menos artículos) y el personal de redacción que los producía. «Simplemente me parece imposible que se estén recortando gastos dramáticamente sin tener ningún tipo de impacto en la calidad editorial de vuestro producto», dijo Peter Appert, un analista de Goldman Sachs. «No puedo demostrar que esto esté impulsando la circulación, pero ciertamente es algo que no me dejaría dormir si fuera un editor de periódico»¹³⁰.

En el último informe del *Pew Research Center*, «State of the News Media», de 2016, sus autores describen esta pesadilla en su totalidad:

Para los periódicos, 2015 podría también haber sido un año de recesión. La circulación de periódicos en los días laborables cayó el 7 por 100 y la de los domingos el 4 por 100, siendo en ambos casos la mayor caída desde 2010. Al mismo tiempo, los ingresos por publicidad sufrieron su mayor descenso desde 2009, cayendo casi un 8 por 100 de 2014 a 2015. [...] En 2014, el último año del que hay datos disponibles, el empleo en las redacciones de noticias también se redujo un 10 por 100, más que en cualquier otro año desde 2009. La plantilla de los periódicos se redujo en alrededor de 20.000 puestos de trabajo, o un 39 por 100, en los últimos 20 años¹³¹.

Mientras tanto, las cadenas, tanto de televisión convencional como por cable, experimentaban un descenso de otro tipo. En el último capítulo vimos que el proceso por el que se renunció a la investigación periodística basada en los hechos en beneficio de una cobertura basada en opinión dirigida por expertos había comenzado ya en los años 90. Las cadenas de televisión (junto con los periódicos) ya llevaban reduciendo o cerrando sus oficinas en el extranjero desde hacía años, en favor de una cobertura doméstica más barata¹³². En 2015 (al menos desde una perspectiva financiera y de calificación de riesgos) parecía una decisión profética, ya que la trama generadora de noticias más grande en décadas estaba ocurriendo justo aquí, en casa [Estados Unidos].

Decir que las elecciones presidenciales de 2016 fueron una bendición para los canales de televisión sería una enorme infravaloración. La audiencia reventó y los beneficios comenzaron a llegar. CNN informó de 1.000 millones de dólares de beneficio bruto en 2016, el mejor año de su historia¹³³. En Fox (que ya era la cadena por cable más rentable) el asunto se disparó hasta los 1.670 millones de dólares¹³⁴. Día y noche, el público percibía no tener suficiente cobertura de las elecciones. «Año tras año, la audiencia diurna creció un 60 por 100 en Fox, 75 por 100 en CNN y un impresionante 83 por 100 en MSNBC»¹³⁵. ¿Cómo lo consiguieron? En gran medida, dándole a la gente lo que quería: y eso implicó saturar la cobertura de noticias con Donald Trump. Fox News, por supuesto, era feliz siendo cómplice de Trump; algunos estaban ya descartando su cobertura por no ser más que propaganda a favor del partido republicano¹³⁶. Pero incluso en la CNN se retransmitían los mítines de Trump completos y en directo, sin ningún tipo de revisión ni comentario editorial. Según algunas estimaciones, las cadenas de noticias por cable le dieron a Trump casi 5.000 millones de espacio publicitario gratuito durante las elecciones de 2016¹³⁷. Pero, por supuesto, lo hacían por su propio beneficio. Trump era la gallina de los huevos de oro, y mientras este se aprovechaba de la cobertura que le daban, las cadenas de televisión también se beneficiaban. ¿Permitieron que esta situación nublara la responsabilidad que tenían de revisar las mentiras de Trump? Algunos piensan que así fue, ya que pocas cadenas aplicaron un estándar de búsqueda de la verdad superior a la táctica de la «falsa equivalencia», que ya habían usado en temas científicos, mediante la que incluyeron tanto a los seguidores de Trump como los de Clinton en sus paneles de expertos. Algunos fueron tan lejos que llegaron a decir que la CNN ayudó a que Donald Trump fuera elegido

presidente¹³⁸. El presidente de la CNN, Jeff Zucker, no iría tan lejos, pero admite incluso que «si cometimos algún error el año pasado, probablemente fuese el de cubrir demasiados de los mítines de campaña de Trump en los primeros meses y dejar que creciera la bola de nieve»¹³⁹. Mientras tanto, durante aquellos mítines, Trump se dedicó a insultar a los medios de comunicación en todo momento. Los aisló físicamente y les prohibió realizar tomas detalladas de las masas congregadas durante sus discursos. ¿Cómo lo consiguió? Las cadenas de noticias aceptaron esta situación como condición para disfrutar del filón Trump. Con los periódicos en la UVI, y las noticias de televisión prácticamente en el bolsillo, al menos por el propio interés de las cadenas, ¿adónde podía ir el público para desahogar sus frustraciones ante el último escándalo activado por los medios de comunicación, o para conseguir la información correcta de la gente en la que confiaban? Directamente a las redes sociales.

Cuando se creó en 2004, Facebook era una red social que permitía a los usuarios conectarse con sus amigos y hacer otros nuevos. Podían compartir sus pensamientos y participar en una comunidad *online* sobre cualquier tema que les gustara. A medida que creció, Facebook ganó fuerza como «agregador» de noticias. Esto ocurrió no solo porque la gente compartía noticias en sus propias páginas, sino también por la columna de la parte derecha de la página de «noticias candentes» que estaba dirigida (y editada) por Facebook. Esta sección venía propulsada por los «me gusta», con lo que se seleccionaban y mostraban noticias que muy probablemente querríamos ver. Naturalmente, otras empresas querían participar en este sistema, no solo presentando contenido de usuario, sino creando una red alternativa de noticias que procedían de otras fuentes. YouTube se fundó en 2005 y Twitter en 2006.

El auge de las redes sociales como fuente de noticias difuminó más aún las líneas de división existentes entre noticias y opinión, a medida que la gente compartía historias de blogs, de páginas de noticias alternativas y de sabe Dios dónde, como si todo fuera verdad. A medida que se iban caldeando las elecciones presidenciales de 2016, cada vez más y más contenido de las redes sociales se tornó partidista, lo que encaja bien con el ambiente de «razonamiento motivado» que facilitó la tecnología. Podíamos hacer clic en «noticias» que nos contaban lo que queríamos oír (tanto si se había investigado para probar su exactitud como si no), en lugar de hacerlo en algunos de los contenidos fácticos de los medios de comunicación dominantes, que quizás fuesen menos

agradables. Sin saber que estaba haciendo precisamente eso, la gente pudo alimentar su deseo por tener el sesgo de confirmación directamente (por no mencionar conseguir algún contenido de noticias gratuito), sin preocuparse de frecuentar las fuentes de noticias tradicionales. ¿Por qué pagar una suscripción a un periódico cuando puedes tener tantas noticias como quieras de amigos que tienen también tantas cosas que decir sobre asuntos que te interesan? La «prensa de prestigio» no tuvo ninguna oportunidad.

En una encuesta reciente del instituto Pew, el 62 por 100 de los adultos estadounidenses afirmaron obtener sus noticias de las redes sociales, y el 71 por 100 *de estas* provenía de Facebook. Esto significa que *el 44 por 100 del total de la población adulta estadounidense* obtiene ahora sus noticias de Facebook^{[140](#)}. Esto refleja un cambio abismal en la fuente (y en la composición) del contenido de nuestras noticias. Con el descenso de la investigación y la edición, ¿cómo se supone que podemos saber qué historias son fiables? Mientras las noticias tradicionales siguen estando ahí fuera, es cada vez más y más difícil decir qué información concreta tiene buenas fuentes y está basada en los hechos y cuál no. Y, por supuesto, algunos simplemente prefieren leer (y creer) noticias que se ajustan de antemano a su punto de vista.

Resulta irónico que internet, que permite el acceso inmediato a información fiable a cualquiera que se moleste en buscarla, se haya convertido en una cámara de eco.

El resultado es el bien conocido problema de los «silos de noticias» que alimentan la polarización y la fragmentación del contenido de los medios de comunicación¹⁴¹. Si obtenemos nuestras noticias de las redes sociales, podemos dejar de prestar atención a aquellas fuentes que no nos gustan, al igual que podemos dejar de ser amigos de gente con la que discrepamos en cuestiones políticas. Que nuestras fuentes de noticias sean de confianza o carezcan de apoyo fáctico dependerá de la propia investigación de nuestros amigos y del algoritmo que Facebook use para decidir qué noticias nos «gustarán» más que otras. Resulta irónico que internet, que permite el acceso inmediato a información fiable a cualquiera que se moleste en buscarla, se haya convertido en una cámara de eco. Y resulta también muy peligroso. Sin ninguna forma de control editorial sobre lo que a veces se presenta como «noticias», ¿cómo podemos saber cuándo nos están manipulando?

Cuando tenía alrededor de siete años, recuerdo ir al supermercado local con mi madre y esperar en la cola para la caja. Vi allí un titular de un periódico sensacionalista. Se lo señalé a mi madre, que dijo «Bah, eso es un rollo. Es el *National Enquirer*. Publican todo tipo de mentiras. No te lo puedes creer». Nos enzarzamos entonces en una conversación seria sobre cómo ella podía saber si aquello era o no verdad, sin tan siquiera leer la historia y cómo podía un periódico publicar así por las buenas algo que sabía que era falso. El *National Enquirer* existe todavía en formato de papel y está en las colas de las cajas, así que voy a pedir que imaginemos un experimento mental del siglo XXI. Supóngase que llevamos a casa una copia del *National Enquirer* y el *New York Times* y cortamos las noticias con tijeras. A continuación, las juntamos unas al lado de otras en una especie de collage, las escaneamos en formato electrónico, y corregimos la fuente de manera que no sea tan fácil saber de forma inmediata de qué periódico procede cada una. ¿Cómo podría uno saber de un vistazo qué historias son verdad? Pues así es exactamente como nos presentan las noticias ahora en las páginas «agregadoras» de noticias como Facebook, Google y Yahoo. Puede que uno diga que, para saberlo, buscaría la fuente de la historia, pero ¿se sabe qué fuentes son fiables? Si uno ve el *New York Times* puede que se sienta más inclinado a confiar en él. Pero ¿y si dice InfoWars? ¿O Newsmax? ¿O

ABCNews.com.co¹⁴²?

Hay tantas fuentes de «noticias» hoy en día que es prácticamente imposible poder decir cuáles son fiables y cuáles no sin una investigación cuidadosa. Luego está el problema de que algunas de las fuentes han adoptado formas inteligentes de vestir un disfraz para intentar hacer que parezcan tan legítimas como sea posible. ¿Es ABCNews.com.co parte de ABC News? No lo es. Si presentamos historias investigadas a la manera tradicional y con los hechos revisados codo con codo con mentiras y propaganda, ¿cómo puede nadie discernir lo que es verdad? Sin duda, para aquellos que tienen intereses que promover es la tormenta perfecta para la explotación de nuestra ignorancia y nuestros sesgos cognitivos.

LA HISTORIA DE LAS NOTICIAS FALSAS

Las noticias falsas no comenzaron en 2016 con las elecciones presidenciales, ni con la invención de las redes sociales. Es más, muchos han mantenido que las noticias falsas se inventaron junto con el concepto mismo de «noticias».

Las noticias falsas despegaron al mismo tiempo que las noticias en general comenzaron a circular ampliamente, después de que Johannes Gutenberg inventara la imprenta en 1439. Las noticias «reales» eran difíciles de verificar por entonces. Había una multitud de fuentes de noticias (desde publicaciones oficiales de autoridades políticas y religiosas, hasta relatos de testigos oculares de marineros y comerciantes), pero no existía concepto alguno de ética periodística u objetividad. Los lectores que buscaban hechos tenían que ser muy cuidadosos. [...] [Las noticias falsas] han estado circulando por ahí [...] durante mucho más tiempo, en efecto, que las noticias verificadas «objetivas», que emergieron con fuerza hace poco más de un siglo¹⁴³.

Las noticias falsas continuaron existiendo a lo largo de los tiempos, incluso durante la revolución científica y la Ilustración. Justo antes de la Revolución francesa, apareció en París una gran cantidad de panfletos relatando la situación de casi bancarrota del Gobierno. Estos panfletos se publicaron, sin embargo, por facciones políticas rivales, que usaban cifras diferentes y culpaban de la situación a distintas personas. Finalmente, salió a la luz suficiente información para que la gente empezara a tener una idea de cuál era la realidad, «pero, como hoy en día, los lectores tenían que ser tanto escépticos como habilidosos para averiguar la verdad»¹⁴⁴. Durante la Revolución estadounidense aparecieron noticias falsas apadrinadas tanto por los británicos como por los americanos,

incluyendo la ficción pura y simple de Benjamin Franklin de que algunos indios «cortacabelleras» estaban trabajando codo con codo con el rey Jorge¹⁴⁵.

Las noticias falsas continuaron existiendo durante mucho tiempo en Estados Unidos, al igual que en los demás sitios, pero finalmente comenzó a surgir un estándar de «objetividad». De acuerdo con Michael Schudson, en su libro maravillosamente claro e intuitivo *Discovering the News: A Social History of American Newspapers* [*El descubrimiento de las noticias: una historia social de los periódicos estadounidenses*]:

Antes de la década de 1830, la objetividad no suponía un problema. Se esperaba de los periódicos estadounidenses que presentaran una visión partidista, no una neutral. A decir verdad, no se esperaba que informaran de las «noticias» diarias de la forma en que la imaginamos ahora: la idea misma de «noticias» se inventó en la era jacksoniana¹⁴⁶.

¿Qué ocurrió durante la era jacksoniana que condujo a la idea de unas noticias no partidistas, estrictamente fácticas?

Este asunto tuvo que ver con el surgimiento del primer servicio americano por cable, la *Associated Press*. El telégrafo se inventó en la década de los 40 del siglo XIX, y, para aprovechar su velocidad a la hora de transmitir noticias, un grupo de periódicos de Nueva York organizó la *Associated Press* en 1848. Puesto que la *Associated Press* reunía las noticias para su publicación en diferentes periódicos que tenían muchas filiaciones políticas diferentes, solo pudo tener éxito haciendo que sus reportajes fueran lo suficientemente «objetivos» como para ser aceptables para todos sus miembros y clientes. A finales del siglo XIX, las comunicaciones de la AP estaban sustancialmente más libres de comentarios editoriales que la mayoría de los reportajes de los periódicos independientes. En consecuencia, se ha defendido, la práctica de la *Associated Press* se convirtió en el ideal del periodismo en general¹⁴⁷.

Esto no significó que desaparecieran las noticias falsas, ni que los periódicos independientes fueran más «objetivos». La *Associated Press* pudo haberles facilitado material en bruto para ser menos partidistas, pero los periódicos individuales continuaron haciendo lo que querían.

La información objetiva no se convirtió en la norma o en la práctica principal del periodismo de finales del siglo XIX cuando estaba creciendo la *Associated Press*. ... Con el cambio de siglo hubo un mayor énfasis en orientar a los periódicos hacia contar una buena historia que en hacer que presentaran los hechos. El sensacionalismo en sus diferentes formas fue el principal desarrollo del contenido de los periódicos¹⁴⁸.

Eran entonces los días de la «prensa amarilla», cuando los magnates de los medios de comunicación como William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer mantenían una guerra sobre la circulación de sus periódicos. Nadie sabe con

seguridad de dónde vino el término «prensa amarilla» en los años 1890, pero fue ampliamente usado para describir un periodismo salaz, que sobrepasaba los límites aceptados y venía impulsado por los escándalos, con más interés en atraer lectores que en contar la verdad¹⁴⁹. ¿Cómo de feas se pusieron las cosas? Lo suficientemente feas como para empezar una guerra: «La guerra hispano-estadounidense no habría tenido lugar si la aparición de Hearst en el periodismo de Nueva York no hubiera precipitado una amarga lucha por la tirada de los periódicos»¹⁵⁰. Para empeorar las cosas, esto no parece haber sido una consecuencia involuntaria de la falta de cuidado, sino un esfuerzo deliberado por impulsar la difusión:

En la década de los 90 del siglo XIX, plutócratas como William Randolph Hearst y su *Morning Journal* usaron la exageración para encender la mecha de la guerra hispano-americana. Cuando el corresponsal de Hearst en La Habana comunicó que no habría guerra, Hearst [...] respondió como es bien conocido: «Dadme las fotos, yo os daré la guerra». Hearst publicó dibujos falseados de oficiales cubanos cacheando mujeres americanas semidesnudas: y consiguió su guerra¹⁵¹.

Siendo todo esto tan repugnante, Hearst no era el único delincuente, ni fue este el único incidente patrocinado por el periodismo amarillo que condujo a la guerra hispano-estadounidense.

En 1898, el acorazado de la marina de los Estados Unidos *USS Maine* explotó, mientras estaba atracado en La Habana, Cuba, matando a más de 250 estadounidenses. Nunca se supo la causa. Pero la prensa amarilla llegó a la conclusión de que los españoles lo hicieron deliberadamente. «Recordad el Maine» se convirtió en el eslogan de la prensa amarilla, empujando a la opinión pública hacia la guerra¹⁵².

Pero entonces, en el apogeo de la locura del periodismo amarillo, la idea de objetividad comenzó a abrirse camino:

En 1896, en los días más indecentes del periodismo amarillo, el *New York Times* comenzó a escalar hasta la primera posición insistiendo en un modelo de presentar las noticias basado en la «información», más que en un modelo basado en contar «historietas». Donde la *Associated Press* se basaba en los hechos para seducir a una clientela de índole política diversa, el *Times* era informativo y didáctico, con el objeto de atraer a unos lectores relativamente selectos y socialmente homogéneos pertenecientes a la clase adinerada¹⁵³.

Si echamos una mirada retrospectiva a la historia, nos damos cuenta de que los ricos y poderosos siempre han tenido un interés (y normalmente medios para lograrlo) en conseguir que la «gente corriente» pensara lo que ellos querían.

Con algún bache importante en su camino, la noción de objetividad comenzó a arraigar en el periodismo hasta hoy día, cuando parece que estamos saliendo de un periodo en el que hemos sido tan malcriados esperando objetividad de nuestras fuentes de noticias que la hemos dado por supuesta.

No fue hasta el nacimiento de las noticias generadas por la web cuando las nociones sobre el periodismo de nuestra época se vieron sometidas a un serio desafío y las noticias falsas se convirtieron, de nuevo, en una fuerza poderosa. Las noticias digitales, podríamos decir, han hecho resurgir de nuevo al periodismo amarillo¹⁵⁴.

Pero demos un paso atrás por un momento. Desde una cierta perspectiva, ¿no es asombroso esperar objetividad y no partidismo de una fuente de noticias? Si echamos una mirada retrospectiva a la historia, nos damos cuenta de que los ricos y poderosos siempre han tenido interés (y normalmente medios para lograrlo) en conseguir que la «gente corriente» pensara lo que ellos querían. Antes de que la palabra impresa se convirtiera en una fuente barata de información en competencia, uno no se sorprendería de que el rey (o quienquiera que controlara el dinero y la política de la época) pudiera realmente «crear su propia realidad»¹⁵⁵. Este es el motivo por el que la idea de un medio de comunicación libre (incluso a pesar de estar contaminado con noticias falsas) fuese un concepto tan revolucionario (y reciente). Pero, ¿de dónde sacamos la idea de que esto lo obtendríamos sin ningún coste o de que no es necesario que seamos participantes activos para desentrañar la verdad? Como hemos visto, durante la mayoría de su historia los medios dedicados a las noticias han sido partidistas. Los panfletos eran políticos. Los periódicos tenían dueños con intereses comerciales y otros sesgos. En verdad, ¿ha cambiado alguna vez esta situación? Sin embargo, nos sentimos con derecho a la objetividad y nos sorprendemos cuando las fuentes de noticias no nos la ofrecen. Pero, ¿hemos estado apoyando esta expectativa de cobertura imparcial y basada en los hechos con nuestro dinero? ¿O hemos llegado realmente alguna vez (antes de que nos despertaran las elecciones presidenciales) a prestar atención a lo que se estaba perdiendo? Es fácil culpar a la tecnología y afirmar que «hoy en día todo es diferente». Pero la tecnología siempre ha desempeñado un papel en las noticias falsas. Tanto la prensa impresa como el telégrafo fueron parte activa en las

fluctuaciones sobre las expectativas que teníamos del periodismo. Pero también tuvo un efecto sobre nosotros. Internet hace tan sencillo (y barato) obtener noticias que nos ha vuelto perezosos. Nuestro sentimiento de que tenemos derecho a la objetividad ha socavado nuestras capacidades para pensar de forma crítica. Y, ¿no es esto, al menos en parte, lo que ha creado un ambiente tan fértil para el resurgir de las noticias falsas?

LAS NOTICIAS FALSAS HOY EN DÍA

Hasta ahora hemos hablado mucho sobre la historia de las noticias falsas, pero aún no las hemos definido. ¿Qué son las noticias falsas? Una noticia falsa [*fake news*] no es simplemente una noticia que contiene información falsa; sino una que es falsa deliberadamente¹⁵⁶. Se creó con un propósito. Al comienzo de la temporada electoral de 2016, puede que este propósito fuera un «cibercebo». Querían que hiciéramos clic en un titular provocativo para añadir unos céntimos a sus arcas, de la misma manera que el *National Enquirer* te incita a que lo metas en tu carrito de la compra con titulares como «Hillary: ¡seis meses de vida!». Pero entonces se hizo la oscuridad. Algunos de los creadores de «noticias falsas» comenzaron a darse cuenta de que las historias favorables a Trump conseguían muchos más clics que las favorables a Hillary: y de que las historias *negativas* sobre Hillary eran las que más clics conseguían de todas. Así que, ¿se adivina cuáles doblaron su publicación? En este contexto, las noticias falsas evolucionaron del cibercebo a la desinformación. De vehículo para el beneficio económico se transformaron en medio de manipulación política.

Una gran cantidad de las noticias falsas de las elecciones de 2016 tuvieron su origen en los Balcanes y en otras partes de la Europa del Este. El 25 de noviembre de 2016, el *New York Times* publicó una historia titulada: «Dentro de la fábrica de embutidos de noticias falsas: ‘todo es cuestión de ingresos’»¹⁵⁷. Aquí supimos de Beqa Latsabidze, un estudiante en apuros de Tbilisi, Georgia, que estaba viviendo con dos compañeros de piso e intentando hacer un poco de dinero con Google *ads*. Dice que, al principio, publicó historias positivas sobre Hillary Clinton y esperaba que fluyera el dinero para seguir tirando, pero no funcionó. Entonces empezó a hacer lo mismo con Donald Trump y encontró una mina de oro. «Todo es Trump... la gente se vuelve loca con él», dijo. «A mi

audiencia le gusta Trump... no quiero escribir cosas malas sobre Trump. Si escribo historias falsas sobre Trump, pierdo a mi audiencia». Con lo que redobló las publicaciones que vapuleaban a Hillary y las historias que favorecían a Trump, consiguiendo miles de dólares. Su historia más lucrativa fue pura ficción: que el Gobierno mexicano había anunciado que cerrarían sus fronteras a los estadounidenses si Trump conseguía la Casa Blanca. Cuando le presionaron, Latsabidze dijo que no tenía ninguna motivación política; simplemente buscaba conseguir dinero. También se sorprendió de que hubiera gente que confundiera lo que él escribía con noticias reales. «Nadie cree realmente que México vaya a cerrar las fronteras». De hecho, dijo que no pensaba que lo que había hecho fuera en absoluto difundir «noticias falsas», sino que las veía como «sátira»¹⁵⁸.

Ahora que las diecisiete agencias de inteligencia estadounidenses concluyeron que el Gobierno ruso estuvo activamente involucrado en hackear las elecciones de los Estados Unidos, deben tomarse con cautela tales declaraciones de inocencia. Después de que el Kremlin accediera a los ordenadores del Comité nacional demócrata para buscar información que pudiera ser usada para manipular las elecciones (y una buena cantidad de las noticias falsas pro-Trump provenía de Rusia y de sus satélites) ¿es realmente tan difícil creer que algunos de los incentivos económicos (o al menos la idea) que estaba detrás de las noticias falsas que atacaban a Hillary pudieran provenir de fuentes políticas? Los mismos hackers puede que solo hayan estado interesados en el dinero, pero, ¿de quiénes eran los propósitos a los que servían? De hecho, en un pequeño pueblo de Macedonia se contabilizaron más de cien páginas de internet pro-Trump. ¿Hemos de creer que esta situación no fue un esfuerzo coordinado y que detrás no había ningún objetivo ideológico?¹⁵⁹.

Esta cuestión siguió planteándose a medida que los proveedores de noticias falsas saltaron el océano y comenzaron a operar desde los Estados Unidos. Dos meses después del artículo sobre la «fábrica de embutidos», el *New York Times* publicó otra bomba sobre noticias falsas contrarias a Hillary que salpicó a Cameron Harris, un recién graduado del Davidson College y partidario de Trump, que era responsable de una «obra maestra» de las noticias falsas que se encontraba alojada en su página web «*Christian Times*». El titular decía: «Encontrados decenas de miles de votos fraudulentos a favor de Hillary en un almacén de Ohio»¹⁶⁰. Harris se inventó un conserje, sustrajo la imagen de una urna británica de internet, y aderezó toda la noticia desde la mesa de la cocina de

su propia casa. ¡Y la historia la compartieron seis millones de personas! Como el hacker georgiano, Harris afirmó que su única motivación era el dinero. Consiguió alrededor de 5.000 dólares en unos pocos días, pero dijo que lo más importante fue que había aprendido algo. «Al principio me chocó», dijo, «lo fácil que era que la gente lo creyera. Fue prácticamente un experimento sociológico». Cuando salió a la luz el papel que había tenido Harris en esta historia, lo despidieron inmediatamente de su trabajo y expresó cierto remordimiento por lo que había hecho, a pesar de justificarse diciendo que las noticias falsas se habían creado en «ambas partes»¹⁶¹.

Se debe ser muy cuidadoso a la hora de especular sobre una motivación. Las investigaciones del FBI y del Congreso sobre el hackeo ruso en las elecciones presidenciales de 2016 están todavía en marcha y no sabemos aún lo coordinados que estaban estos esfuerzos¹⁶². Lo que parece claro es que, tanto si los iniciadores de las noticias falsas en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos tenían motivaciones ideológicas como si no, sus acciones tuvieron un impacto político. ¿Cuánta gente que leyó la historia sobre la «manipulación de las urnas» por parte de Hillary lo creyó y pudo haber compartido esa noticia con otros que no habían decidido aún a quién votar? De forma similar, ¿cuántas historias de la cadena Breitbart News¹⁶³ y de otros medios de derechas que especularon sobre si Hillary tenía un tumor cerebral equivalieron al menos a «desinformación» (si no a rotundas noticias falsas) e intentaron tener un efecto político? ¿En realidad, no pueden servir a un objetivo ideológico el descuido o la ignorancia voluntaria? Tras las elecciones, cuando el empresario Eric Tucker incluyó en un *tweet* una foto de unos autobuses que estaban en Austin, Texas, y dijo que pensaba que se estaban usando para llevar a manifestantes pagados para que protestaran contra Donald Trump, no ganó ni un céntimo, pero ciertamente desempeñó su papel en envenenar la noticia con su especulación desvinculada de los hechos. Su publicación se compartió 16.000 veces en Twitter y más de 350.000 veces en Facebook, alcanzando finalmente al mismísimo Trump, que escribió un *tweet* en el que afirmaba que los manifestantes profesionales estaban siendo incitados ahora por los medios de comunicación¹⁶⁴.

Como vimos anteriormente con el ejemplo de los negacionistas científicos, hay gente que miente y hay gente a la que le mienten, pero ambas entrañan peligro para la verdad. El negacionismo sobre el cambio climático pudo haber

comenzado por intereses económicos de las compañías petrolíferas, pero se convirtió rápidamente en una ideología política con un impacto potencial catastrófico. De forma similar, las noticias falsas sobre las elecciones de 2016 pudieron haber comenzado como cibercebo, pero rápidamente se convirtieron en armas de sabotaje político. Las noticias falsas son un intento deliberado de hacer que la gente reaccione a la propia desinformación, tanto si es con el objetivo del beneficio como del poder. Pero, en cualquier caso, las consecuencias pueden ser nefastas. Menos de un mes después de las elecciones presidenciales, un hombre trastornado entró en una pizzería de Washington D.C. y descargó su rifle, diciendo que estaba investigando una historia que había leído sobre cómo Bill y Hillary Clinton estaban dirigiendo una red de esclavitud sexual infantil desde ese negocio. Este suceso fue el resultado de una historia de noticias falsas (completada con el *hashtag* #pizzagate) que se había propagado por los medios sociales y páginas web cuya tendencia era de derecha alternativa¹⁶⁵. Afortunadamente, nadie resultó herido. ¿Pero puede haber otro tipo de consecuencias potencialmente perjudiciales de las noticias falsas? BuzzFeed¹⁶⁶ informa de que en los tres meses anteriores a las elecciones presidenciales de 2016 las veinte noticias falsas más importantes en Facebook fueron compartidas más veces que las veinte noticias reales más importantes¹⁶⁷. ¿Pudo esto cambiar la tendencia en favor de Trump? ¿O incluso haber conducido a un resultado más peligroso, como una guerra nuclear?

Si la guerra hispano-estadounidense comenzó a causa de una noticia falsa, ¿resulta tan extravagante pensar que tales noticias pudieran desencadenar otra guerra?

Unas semanas después del «pizzagate», el ministro de defensa paquistaní amenazó con represalias nucleares contra Israel como resultado de unas noticias falsas que había leído y que decían lo siguiente: «Ministro de Defensa israelí: “si Paquistán envía tropas de tierra a Siria con cualquier pretexto, destruiremos su país con un ataque nuclear”»¹⁶⁸. Si la guerra hispano-estadounidense comenzó a causa de una noticia falsa, ¿resulta tan extravagante pensar que tales noticias pudieran desencadenar otra guerra? ¿Hasta dónde puede llegar esto? Las noticias falsas están en todas partes. Si no me creen, vayan a Google y escriban «¿ocurrió realmente el Holocausto?». En diciembre de 2016¹⁶⁹, el primer resultado de esta búsqueda mostraba una página web neonazi¹⁷⁰. El día después de las elecciones, la primera historia que aparecía en Google para la búsqueda «resultado final de las elecciones» era una noticia falsa con números falsos que aseguraban que Trump había ganado en el voto popular¹⁷¹.

BAJANDO POR LA MADRIGUERA DEL CONEJO

A lo largo de su primer año como presidente, Trump intentó sacar partido de la idea de las noticias falsas para sus propios fines etiquetando cualquier cosa que no quisiera creer como falsa [*fake*]¹⁷². Desde el estrado de una rueda de prensa en enero de 2017, en los preliminares de una inauguración, Trump se negó a responder a la pregunta de un reportero de la CNN, acusándolo de que estaba informando de noticias falsas. ¿Qué lo impulsó a decir eso? Parece ser que la CNN informó de que tanto Trump como Obama tenían noticias de un informe de inteligencia aún sin verificar que hacía algunas afirmaciones escandalosas acerca de la vida sexual de Trump. La CNN no informó sobre el contenido de esas afirmaciones, ni dijo que fueran verdad. Todo lo que hizo fue informar con exactitud de que a Trump y a Obama se les había dado a conocer ese asunto. Pero esto fue suficiente para Trump como para desestimarlos como «noticias falsas». En los meses siguientes, Trump dijo que eran noticias falsas aquellas en las que los medios de comunicación habían informado sobre luchas internas entre sus asistentes en la Casa Blanca, que estaba cayendo en las

encuestas, y sobre una miríada de otras afirmaciones fácticas verificadas doblemente por fuentes fiables. ¡Magnífica ocasión para hacer un poco de meta-ironía! ¿Puede considerarse ahora la identificación misma de noticias falsas como un ejercicio de propagación de noticias falsas?

Debemos recordar aquí lo siguiente: las noticias falsas no son meramente noticias que son falsas (o vergonzosas, o inconvenientes). Si los medios de comunicación estadounidenses venden noticias falsas esto significa que han hecho una falsificación *deliberada* de su contenido. Ha tenido que haber detrás una motivación ideológica o de otro tipo. Y sugerir sin evidencia alguna que existe una conspiración en los medios de noticias estadounidenses resulta irrisorio. Debemos cerrar el círculo aquí con la idea de que las noticias falsas son *intencionadamente* falsas. Es lo mismo que mentir. Se elaboran con la intención de que alguien crea lo que uno está diciendo, incluso si sabemos que no son verdad. En este sentido, uno podría pensar que «noticias falsas» es realmente otra manera de denominar a la «propaganda».

En su libro *How Propaganda Works [Cómo funciona la propaganda]*, Jason Stanley discute esta visión y plantea que la propaganda no se debería confundir con comunicación sesgada o incluso manipuladora. La propaganda no es necesariamente un intento de convencer a alguien de algo que no es verdad, ni deberíamos pensar que todas las afirmaciones propagandísticas se hacen de forma deshonestas. Al contrario, Stanley define la propaganda como un medio para explotar y reforzar una ideología deficiente¹⁷³. Si esto es así, quiere decir que la analogía entre las noticias falsas y la propaganda es bastante más complicada (y peligrosa) de lo que habíamos imaginado hasta ahora. Ya que, de acuerdo con Stanley, la finalidad de la propaganda no es meramente engañar: es, más bien, intentar gobernar.

En una entrevista de radio reciente en NPR, Stanley planteó que la finalidad de la propaganda es desarrollar fidelidad¹⁷⁴. La cuestión importante no es comunicar información, sino hacernos «escoger un equipo»¹⁷⁵. En la medida en que Trump está usando algunas de las técnicas clásicas de propaganda (provocar emociones, denigrar a los críticos, señalar chivos expiatorios, buscar división y falsificar), Stanley advierte de que puede que hayamos enfilado el camino de las políticas autoritarias. El objetivo de la propaganda no es convencer a alguien de que tienes razón, sino demostrar que tienes la autoridad sobre la verdad misma. Cuando un líder político es realmente poderoso, él o ella puede desafiar la

realidad. Esto puede sonar increíble, pero no es la primera vez que hemos escuchado ecos de algo así, incluso en la política estadounidense. ¿Nos acordamos de cuando Karl Rove despachó a los críticos de la administración de George W. Bush como parte de una «comunidad basada en la realidad»? Rove continuó con la memorable (y escalofriante) observación de que «ahora somos un imperio, y, cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad»¹⁷⁶.

Algunas ideas son tan aterradoras que uno desearía que no fueran ciertas. Sin embargo, Stanley plantea que este tipo de desafío autoritario a la realidad puede ser bastante popular. Mentir y salirse con la suya es el primer paso para el control político. Stanley parafrasea a Hannah Arendt cuando dice que «lo que convence a las masas no son los hechos, ni siquiera los hechos inventados, sino más bien, el desafío abierto». Sobre un tema similar, Arendt constató una vez que «el sujeto ideal para el gobierno totalitario no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino la gente para quien la distinción entre hechos y ficción... [entre] verdadero y falso... ya no existe»¹⁷⁷.

Esto lleva las cosas bastante lejos. Pero incluso si no estamos de acuerdo con Stanley, y vemos las noticias falsas solo como un engaño deliberado para conseguir algún tipo de recompensa monetaria (que quizás tuvo una influencia política desafortunada) seríamos insensatos si ignoráramos los paralelos históricos que sugieren que tal control de la información puede ser una amenaza política seria. Joseph Goebbels, el ministro de propaganda de Hitler, era un maestro a la hora de explotar los sesgos cognitivos como la «amnesia de la fuente» y el «efecto de repetición». Goebbels dijo que «la propaganda funciona mejor cuando aquellos que están siendo manipulados están seguros de que están actuando de acuerdo con su libre albedrío»¹⁷⁸. El engaño, la manipulación y el abuso son herramientas reconocidas para crear un orden político autoritario.

La estrategia de Trump difiere quizás de esta, pero no es irreconocible:

1. Plantear cuestiones sobre algún asunto extravagante («la gente comenta», «estoy sencillamente repitiendo lo que leí en el periódico»), por ejemplo, que Obama no nació en los Estados Unidos o que había pinchado el teléfono a Trump.
2. No facilitar evidencia (porque no la hay) más allá de la propia convicción.
3. Sugerir que no se puede confiar en la prensa porque es parcial.
4. Esto llevará a bastante gente a dudar de la exactitud de lo que oyen que

dice la prensa (o al menos a concluir que la cuestión es «controvertida»).

5. Frente a tal incertidumbre, la gente estará más inclinada a acomodarse en su propia ideología y a consentir un sesgo de confirmación al escoger creer solo lo que encaja con sus nociones preconcebidas.
6. Este es un ambiente propicio para la proliferación de noticias falsas, que reforzarán los pasos que van del 1 al 5.
7. Así, la gente creerá lo que dices simplemente porque lo dijiste. La creencia puede ser tribal. No se necesita mucho para que la gente crea lo que quiere creer, si lo dice alguien que sea visto como un aliado y que no esté siendo cuestionado por una evidencia contraria fiable (y, a veces, incluso cuando la hay).

¿Para qué se necesita la censura cuando se puede enterrar la verdad bajo una pila de patrañas? Y, ¿no es esto precisamente de lo que trata la posverdad: que la verdad no importa tanto como los sentimientos? ¿Que ya no somos capaces de discernir qué es verdad y qué no?

Timothy Snyder es un historiador del Holocausto que escribió un provocador libro titulado *On Tyranny [Sobre la tiranía]* en su versión en castellano¹⁷⁹. Lo ofrece como una advertencia para que sigamos siendo conscientes del camino por el que transitamos, en el que cosas como las noticias falsas y los hechos alternativos pueden hacernos recorrer fácilmente la senda de la política autoritaria. De hecho, en una entrevista de radio reciente, Snyder advirtió de que «la posverdad es pre-fascismo»¹⁸⁰. Esto puede parecer que extrae una conclusión muy fuerte de algo tan simple como las noticias falsas. Pero, con los medios sociales actuales que facilitan la propagación de la desinformación de modo más fácil de lo que pudiera soñar cualquier propagandista, ¿no deberíamos al menos estar alerta ante esta posibilidad?

La cuestión sobre si las noticias falsas son solo propaganda persiste. Si las noticias falsas se crean para conseguir sacarnos dinero, se parecen más a un fraude. Pero incluso si lo que se intenta es engañar intencionadamente para que se crea una falsedad, podría argumentarse que esto no es aún propaganda hecha y derecha. Como sostiene Stanley, el fin de la propaganda no es engañar, sino imponer el dominio político. El engaño puede ser una forma efectiva de conseguirlo, pero no es la única. Los verdaderos autoritarios no necesitan de nuestro consentimiento. Si la posverdad es realmente prefascismo, quizás las noticias falsas son meras tácticas iniciales, cuya meta es ablandarnos para lo que

vendrá después. Las noticias falsas nos confunden y nos hacen dudar de si se puede seguir confiando en las fuentes. Una vez que ya no sabemos en qué creer, se puede aprovechar esta situación. Quizás la verdadera propaganda venga después (una vez que ya no importe si la creemos) porque ya sabemos quién manda.

CONTRAATACANDO

Todos hemos visto los gráficos que pretenden mostrarnos qué medios de difusión están sesgados y cuáles son fiables¹⁸¹. Pero ya sabemos lo que viene después, ¿no? Como respuesta, la página web del presentador del programa de debate conservador Alex Jones, Infowars¹⁸², atacó una versión muy popular y publicó su propio gráfico. De la misma manera que existen páginas web «verificadoras de hechos» [«fact-checker»] como *Snopes*, *PolitiFact*¹⁸³, *FactCheck* y el *Washington Post*, hay otras que afirman que estas anteriores están sesgadas. Realmente hay ahora incluso denuncias de versiones de noticias falsas de inclinación izquierdista¹⁸⁴.

¿Qué podemos hacer? Primero, recordar que sucumbir a la idea de la falsa equivalencia está al servicio de los intereses de aquellos que están involucrados en el engaño. Cuando decimos que «en todas partes cuecen habas» estamos cayendo directamente en manos de aquellos que querrían que creyésemos que no hay tal cosa como la verdad. Con este principio en mente, he aquí algunos pasos concretos que podemos dar.

Primero, reconocer el problema sistémico y ver cómo se está explotando. Facebook y Google contabilizan el 85 por 100 de todos los ingresos de nuevos anuncios *online* en los Estados Unidos¹⁸⁵. Son colosos. Por ello, algunos han dicho que deberían ser ellos quienes erradicaran las noticias falsas. Desde las elecciones, tanto Facebook como Google han anunciado medidas para acabar con las noticias falsas. Justo después de las elecciones, Google dijo que prohibiría las páginas web que propagasen noticias falsas usando su servicio de publicidad *online*¹⁸⁶. Esto nos lleva al núcleo de todas aquellas fábricas de noticias falsas de los Balcanes y otros lugares que hacían dinero desde Google *ads* cada vez que alguien hacía clic. Pero hay un problema: ¿cómo estar seguros de que se han identificado todas y solo aquellas páginas web que promueven las

noticias falsas? ¿Y cómo manejar cualquier respuesta que se le dé? En Facebook anunciaron que no volverían a permitir anuncios de páginas web que mostrasen contenido engañoso o ilegal¹⁸⁷. Con todo, de nuevo hay un problema porque, de acuerdo con un experto en informática, «realmente en Facebook nunca se ven publicaciones patrocinadas por sitios de noticias falsas»¹⁸⁸. La mayoría de las noticias falsas que llegan a la gente a través de Facebook provienen de publicaciones de amigos, y no es claro si Facebook puede (o quiere) hacer algo al respecto. Ya antes se habían quemado los dedos por «interferir» en su función de noticias de tendencia al usar editores formados para examinar las noticias en lugar de un algoritmo, y tuvieron que dar marcha atrás después de las quejas de los conservadores¹⁸⁹. Otros sugirieron que las gigantes compañías tecnológicas deberían encontrar alguna forma de anular las noticias falsas con un sistema de calificación y avisos, justo como Facebook vigila actualmente su página en busca de desnudos y decapitaciones terroristas, y Google intenta anular la pornografía infantil. Pero estos intentos de «filtrar» noticias falsas junto con otros contenidos censurables recibirían con seguridad acusaciones de que los examinadores están siendo parciales en sus juicios sobre contenidos sesgados¹⁹⁰.

¿Hay métodos mejores? De acuerdo con Brooke Binkowski, editor jefe de la página web verificadora de hechos *Snopes*, «ir pellizcando las noticias falsas no es la respuesta. La respuesta es inundar el espacio con noticias reales. Y de esta manera, la gente continuará buscando información, y encontrarán información examinada, matizada, contextualizada y profunda»¹⁹¹. A pesar de que esto suena razonable, seguramente no haga volver al redil a los partidistas más motivados, que buscan historias que confirmen sus creencias preexistentes. Sin embargo, tiene el beneficio del precedente. Después de todo, ¿no es «por inundación», en primer lugar, como se han vuelto tan importantes las noticias falsas? Así que quizás la solución es apoyar a las organizaciones de investigación de noticias en su misión de proveer cobertura apoyada en fuentes, analizada y basada en la evidencia. Quizás deberíamos comprar, después de todo, aquellas suscripciones de antaño al *New York Times* y al *Washington Post*, en vez de basarnos en diez artículos gratuitos al mes. Ciertamente, como señalamos antes, puede que algunos ya estén haciendo esto, ya que las suscripciones están subiendo en esos periódicos y el *Washington Post* acaba de contratar a todo un torrente de nuevos periodistas¹⁹².

Segundo, se podría apostar por un pensamiento más crítico. Uno esperaría

que las facultades y las universidades ya se hubieran comprometido con esta misión. Existe un libro maravilloso de Daniel J. Levitin titulado *Weaponized Lies: How to Think Critically in the Post-Truth Era* [*Mentiras convertidas en armas: cómo pensar críticamente en la era de la posverdad*] (previamente publicado con el título *A Field Guide to Lies* [*Una guía de campo de las mentiras*], pero retitulado tras la loca moda de la posverdad)¹⁹³. Aquí se puede aprender todo lo relativo a las técnicas de estadística, lógica y buenas inferencias que son indispensables para el buen razonamiento.

¿Qué pasa con aquellos «nativos digitales» que son aún demasiado jóvenes para ir a la universidad, pero que crecerán en un mundo de noticias falsas y engaños en el que tendrán que aprender a navegar? Una de las historias más alentadoras que he leído es de Scott Bedley, un profesor de quinto año de primaria de Irvine, California, que enseña a su clase cómo identificar noticias falsas dándoles una lista de cosas que vigilar, y luego haciendo pruebas con ejemplos.

Necesitaba que mis estudiantes entendieran que las «noticias falsas» son noticias que se presentan como fidedignas, pero que carecen de seriedad y de credibilidad. Un buen ejemplo son las historias ampliamente compartidas del Papa apoyando a un candidato presidencial tras otro. Decidí diseñar un juego, cuyo objetivo era distinguir las noticias falsas de las reales. [...] A mis estudiantes les encantó el juego. Algunos se negaron a irse al recreo hasta que les diera otra oportunidad para averiguar cuál era el siguiente artículo que tenía en cola¹⁹⁴.

¿Cuáles son los trucos que enseñó? Realmente no existe ningún truco. Un niño de quinto puede hacerlo. Así que, ¿qué excusa tenemos el resto de nosotros?

1. Buscar el *copyright*.
2. Verificar la noticia en múltiples fuentes.
3. Analizar la credibilidad de la fuente (por ej., ¿cuánto tiempo ha estado operando?).
4. Buscar la fecha de publicación.
5. Valorar la experiencia del autor en la materia.
6. Preguntar: ¿casa con mi conocimiento anterior?
7. Preguntar: ¿parece realista?

¿Cuál es el único problema del sistema de Bedley? Que ahora sus alumnos de quinto no pararán de aplicarle a él la verificación de hechos.

IMPLICACIONES PARA LA POSVERDAD

El problema de las noticias falsas está íntimamente relacionado con el fenómeno de la posverdad. De hecho, para muchos es una y la misma cosa. Pero esto no es del todo correcto, ya que es como decir que la existencia de armas nucleares automáticamente supone el apocalipsis. Que un arma exista no significa que tengamos que ser lo suficientemente estúpidos como para utilizarla. Cómo respondemos a los desafíos que creamos con nuestra tecnología es lo que marca la diferencia. Las redes sociales han desempeñado un papel importante a la hora de facilitar la aparición de la posverdad pero, de nuevo, esto es una herramienta más bien que un resultado. Es un cliché bastante manido el decir que «una mentira puede dar media vuelta al mundo antes de que la verdad se pueda poner los pantalones». Pero esto es un hecho sobre la naturaleza humana dejada a su aire, no sobre nuestro potencial para sobreponernos a ella. La diseminación electrónica de la información se puede usar para propagar mentiras, pero también para hacer lo propio con la verdad. Si tenemos ideales por los que merece la pena luchar, luchemos por ellos. Si nuestras herramientas se están usando como armas, recuperémoslas.

¹²⁹ Katharine Seelye, «Newspaper Circulation Falls Sharply», *New York Times*, 31 de octubre de 2006, <<http://www.nytimes.com/2006/10/31/business/media/31paper.html>>.

¹³⁰ Richard Perez-Pena, «Newspaper Circulation Continues to Decline Rapidly», *New York Times*, 27 de octubre de 2008, <<http://www.nytimes.com/2008/10/28/business/media/28circ.html>>.

¹³¹ Pew Research Center, «State of the News Media 2016: Newspapers Fact Sheet», 15 de junio de 2016, <<http://www.journalism.org/2016/06/15/newspapers-fact-sheet/>>.

¹³² Lucinda Fleeson, «Bureau of Missing Bureaus», *American Journalism Review* (octubre-noviembre de 2003), <<http://ajrarchive.org/Article.asp?id=3409>>.

¹³³ Paul Farhl, «One Billion Dollars Profit? Yes, the Campaign Has Been a Gusher for CNN», *Washington Post*, 27 de octubre de 2016, <https://www.washingtonpost.com/lifestyle/style/one-billion-dollars-profit-yes-the-campaign-has-been-a-gusher-for-cnn/2016/10/27/1fc879e6-9c6f-11e6-9980-50913d68eacb_story.html?utm_term=.c00743f7897c>.

¹³⁴ *Ibíd.*

¹³⁵ Brett Edkins, «Donald Trump's Election Delivers Massive Ratings for Cable News», *Forbes*, 1 de diciembre de 2016, <<https://www.forbes.com/sites/brettedkins/2016/12/01/donald-trumps-election-delivers-massive-ratings-for-cable-news/#3df398f5119e>>.

136 Neal Gabler, «Donald Trump Triggers a Media Civil War», billmoyers.com, 25 de marzo de 2016, <<http://billmoyers.com/story/donald-trump-triggers-a-media-civil-war/>>.

137 Rantt Editorial Board, «The Media Helped Elect Donald Trump and They Need to Own Up to It», rantt.com, 20 de diciembre de 2016, <<https://rantt.com/the-media-helped-elect-donald-trump-and-they-need-to-own-up-to-it-a33804e9cf1a>>.

138 *Ibíd.*

139 *Ibíd.*

140 Jeffrey Gottfried y Elisa Shearer, Pew Research Center, «News Use across Social Media Platforms 2016», journalism.org, 26 de mayo de 2016, <http://www.journalism.org/files/2016/05/PJ_2016.05.26_social-media-and-news_FINAL.pdf>.

141 Ricardo Gandour, «Study: Decline of Traditional Media Feeds Polarization», *Columbia Journalism Review*, 19 de septiembre de 2016, <http://www.cjr.org/analysis/media_polarization_journalism.php>.

142 Newsmax es una corporación (Newsmax Media) fundada en 1998, que opera a través de una cadena multiplataforma de carácter conservador. Por su parte, ABCNews.com.co es esencialmente una página web de noticias falsas, muchas de las cuales se han hecho virales. Replica URL, diseño y logo de ABCnews.com. En la actualidad, el sitio parece estar inactivo. [N. del T.].

143 Jacob Soll, «The Long and Brutal History of Fake News», *Politico*, 18 de diciembre de 2016, <<http://www.politico.com/magazine/story/2016/12/fake-news-history-long-violent-214535>>.

144 *Ibíd.*

145 *Ibíd.*

146 Michael Schudson, *Discovering the News: A Social History of American Newspapers* (Nueva York, Basic Books, 1981), pág. 4. Debo mencionar aquí una disputa con Soll sobre cuándo se inventó el concepto de «noticia». Schudson dice que el concepto de noticia comenzó en la era jacksoniana; Soll dice que «las noticias se convirtieron en concepto 500 años antes de la invención de la imprenta».

147 *Ibíd.*

148 *Ibíd.*, pág. 5.

149 Christopher Woolf, «Back in the 1890s, Fake News Helped Start a War», *Public Radio International*, 8 de diciembre de 2016, <<https://www.pri.org/stories/2016-12-08/long-and-tawdry-history-yellow-journalism-america>>.

150 Afirmación de Joseph E. Wisan (1934), citada por Alexandra Samuel, «To Fix Fake News, Look to Yellow Journalism», *JSTOR Daily*, 29 de noviembre de 2016, <<https://daily.jstor.org/to-fix-fake-news-look-to-yellow-journalism/>>.

151 Soll, *op. cit.*

152 Woolf, «Back in the 1890s, Fake News Helped Start a War».

153 Schudson, *Discovering the News*, pág. 5.

154 Soll, *op. cit.*

155 Jason Stanley, «The Truth about Post-Truth», *Ideas with Paul Kennedy, Canadian Broadcasting Corporation Radio*, 17 de abril de 2017, <<http://www.cbc.ca/radio/ideas/the-truth-about-post-truth-1.3939958>>.

156 Quizás una analogía con la mentira ayude a entender que es la intención de engañar (más que la mera falsedad de su contenido) lo que hace que sean falsas las noticias falsas. Sin embargo, esto plantea la cuestión siguiente: ¿qué pasa si la persona que comparte una falsedad realmente la cree? ¿Es entonces un bulo? ¿Está vacunado Trump si está lo suficientemente engañado como para pensar que ganó realmente en voto popular?

157 Andrew Higgins *et al.*, «Inside a Fake News Sausage Factory: ‘This Is All About Income’», *New York Times*, 25 de noviembre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/11/25/world/europe/fake-news-donald-trump-hillary-clinton-georgia.html?_r=0>.

158 *Ibíd.*

159 Samantha Subramanian, «Inside the Macedonian Fake-News Complex», *Wired*, 15 de febrero de 2017, <<https://www.wired.com/2017/02/veles-macedonia-fake-news/>>.

160 Scott Shane, «From Headline to Photograph, a Fake News Masterpiece», *New York Times*, 18 de enero de 2017, <<https://www.nytimes.com/2017/01/18/us/fake-news-hillary-clinton-cameron-harris.html>>.

161 Joe Marusak, «Fake News Author Is Fired; Apologizes to Those Who Are “Disappointed” by His Actions», *Charlotte Observer*, 19 de enero de 2017, <<http://www.charlotteobserver.com/news/local/article127391619.html>>.

162 El 31 de marzo de 2017 la Comisión senatorial de Inteligencia de los Estados Unidos anunció que estaba estudiando «informes de que Rusia había contratado al menos a 1.000 trolls para difundir noticias falsas con el objeto de dañar a la candidata demócrata Hillary Clinton durante las elecciones presidenciales». <http://www.huffingtonpost.com/entry/russian-trolls-fake-news_us_58dde6bae4b08194e3b8d5c4>. Por lo visto, el esfuerzo fue tan sofisticado que era capaz de tomar como objetivo a un estado específico cuyo apoyo oscilaba entre ambas candidaturas como Wisconsin, Michigan o Pennsylvania. <<http://www.independent.co.uk/news/world/americas/us-politics/russian-trolls-hillary-clinton-fake-news-election-democrat-mark-warner-intelligence-committee-a7657641.html>>.

163 Breitbart es un sitio web de noticias, opiniones y comentarios políticos con sede en Los Ángeles, California. Ha sido objeto de controversia a causa de la difusión de material que ha sido considerado misógino, xenófobo y racista. Tuvo una destacada participación en las últimas elecciones estadounidenses apoyando la elección de Donald Trump. [*N. del T.*].

164 Sapna Maheshwari, «How Fake News Goes Viral: A Case Study», *New York Times*, 20 de noviembre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/11/20/business/media/how-fake-news-spreads.html?_r=0>.

165 «Man Opens Fire in Restaurant Targeted by Anti-Clinton “Pizzagate” Fake News Conspiracy», CBS News, 4 de diciembre de 2016, <<http://www.cbsnews.com/news/police-man-with-assault-rifle-dc-comet-pizza-victim-of-fake-sex-trafficking-story/>>.

166 BuzzFeed es una empresa estadounidense de medios de comunicación creada en 2006 con el objeto de hacer seguimiento de los contenidos virales de la red, pero que ha crecido hasta convertirse en una empresa global de medios de comunicación. Cubre diferentes contenidos, pero muy particularmente los de tipo

político. [N. del T.].

167 Craig Silverman, «This Analysis Shows How Viral Fake Election News Stories Outperformed Real News on Facebook», *buzzfeed.com*, 16 de noviembre de 2016, <https://www.buzzfeed.com/craigsilverman/viral-fake-election-news-outperformed-real-news-on-facebook?utm_term=.lrJLPJLWV#.ssvv6Avgl>.

168 «Duped by Fake News, Pakistan Defense Minister Makes Nuke Threat to Israel», *yahoo.com*, 26 de diciembre de 2016, <<https://www.yahoo.com/news/duped-fake-news-pakistan-minister-makes-nuke-threat-074808075.html>>.

169 Sam Kestenbaum, «Google “Did the Holocaust Happen”— and a Neo-Nazi Site Is the Top Hit», *forward.com*, 13 de diciembre de 2016, <<http://forward.com/news/356923/google-did-the-holocaust-happen-and-a-neo-nazi-site-is-the-top-hit/>>.

170 El 29 de enero de 2018, la introducción de «ocurrió en realidad el Holocausto» daba como resultado una página: «55 preguntas acerca de la Farsa del Holocausto» publicada por un llamado «Instituto para la Revisión Histórica» con sede en California. [N. del T.].

171 Philip Bump, «Google’s Top News Link for “Final Election Results” Goes to a Fake News Site with False Numbers», *Washington Post*, 14 de noviembre de 2016, <https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2016/11/14/googles-top-news-link-for-final-election-results-goes-to-a-fake-news-site-with-false-numbers/?utm_term=.a75261b0dea8>.

172 Danielle Kurtzleben, «With “Fake News”, Trump Moves from Alternative Facts to Alternative Language», *NPR.org*, 17 de febrero de 2017, <<http://www.npr.org/2017/02/17/515630467/with-fake-news-trump-moves-from-alternative-facts-to-alternative-language>>.

173 Jason Stanley, *How Propaganda Works* (Princeton, Princeton University Press, 2015).

174 «How Propaganda Works in the Age of Fake News», *WBUR.org*, 15 de febrero de 2017, <<http://www.wbur.org/hereandnow/2017/02/15/how-propaganda-works-fake-news>>.

175 Gran parte del mismo punto crucial se presenta en «This Article Won’t Change Your Mind», *Atlantic*, 13 de marzo de 2017, <<https://www.theatlantic.com/science/archive/2017/03/this-article-wont-change-your-mind/519093/>>.

176 Ron Suskind, «Faith, Certainty and the Presidency of George W. Bush», *New York Times Magazine*, 17 de octubre de 2004, <http://www.nytimes.com/2004/10/17/magazine/faith-certainty-and-the-presidency-of-george-w-bush.html?_r=0>.

177 Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1951), pág. 474. [Versión castellana: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2016].

178 Charles Simic, «Expendable America», *New York Review of Books*, 19 de noviembre de 2016, <<http://www.nybooks.com/daily/2016/11/19/trump-election-expendable-america/>>.

179 Timothy Snyder, *On Tyranny: Twenty Lessons from the 20th Century* (Nueva York, Tim Duggan Books, 2017).

180 Sean Illing, «“Post-Truth Is Pre-Fascism”: A Holocaust Historian on the Trump Era», *Vox*, 9 de marzo de 2017, <<http://www.vox.com/conversations/2017/3/9/14838088/donald-trump-fascism-europe-history->

totalitarianism-post-truth>.

181 <<http://www.marketwatch.com/story/how-does-your-favorite-news-source-rate-on-the-truthiness-scale-consult-this-chart-2016-12-15>>.

182 Infowars es un sitio web y una plataforma multimedia creada en 1999 y que dirige el considerado como teórico de la conspiración Alex Jones. Se ha visto involucrada en acusaciones de difundir noticias falsas y también de racismo, homofobia y supremacismo. Emite desde un lugar no revelado en las afueras de Austin, Texas. [N. del T.].

183 PolitiFact es parte de un proyecto que tiene como objetivo evaluar los pronunciamientos de los miembros del Congreso estadounidense, funcionarios de la Casa Blanca, lobistas y miembros de diferentes grupos de interés. Está liderado por el *Tampa Bay Times*, los periodistas de ese diario califican tales pronunciamientos teniendo en cuenta su conformidad con los hechos y publican los resultados en www.PolitiFact.com. [N. del T.].

184 Robinson Meyer, «The Rise of Progressive “Fake News”», *Atlantic*, 3 de febrero de 2017, <<https://www.theatlantic.com/technology/archive/2017/02/viva-la-resistance-content/515532/>>; Sam Levin, «Fake News for Liberals: Misinformation Starts to Lean Left under Trump», *Guardian*, 6 de febrero de 2017, <<https://www.theguardian.com/media/2017/feb/06/liberal-fake-news-shift-trump-standing-rock>>.

185 Katharine Viner, «How Technology Disrupted the Truth», *Guardian*, 12 de julio de 2016, <<https://www.theguardian.com/media/2016/jul/12/how-technology-disrupted-the-truth>>.

186 Nick Wingfield *et al.*, «Google and Facebook Take Aim at Fake News Sites», *New York Times*, 14 de noviembre de 2016, <<https://www.nytimes.com/2016/11/15/technology/google-will-ban-websites-that-host-fake-news-from-using-its-ad-service.html>>.

187 *Ibíd.*

188 David Pierson, «Facebook Bans Fake News from Its Advertising Network — but not Its News Feed», *Los Angeles Times*, 15 de noviembre de 2016, <<http://www.latimes.com/business/la-fi-facebook-fake-news-20161115-story.html>>.

189 *Ibíd.*

190 Facebook tiene ahora una página de ayuda llamada «Sugerencias para detectar las noticias falsas», que es útil, pero sigue dejando la mayoría de la responsabilidad de filtrar las propias fuentes de contenido de noticias falsas en los usuarios. <<https://tech.crunch.com/2017/04/06/facebook-puts-link-to-10-tips-for-spotting-false-news-atop-feed/>>.

191 Citado en Meyer, «The Rise of Progressive ‘Fake News’», <<https://www.theatlantic.com/technology/archive/2017/02/viva-la-resistance-content/515532/>>.

192 Laurel Wamsley, «Big Newspapers Are Booming: ‘Washington Post’ to Add 60 Newsroom Jobs», *NPR.org*, 27 de diciembre de 2016, <<http://www.npr.org/sections/thetwo-way/2016/12/27/507140760/big-newspapers-are-booming-washington-post-to-add-sixty-newsroom-jobs>>.

193 Daniel J. Levitin, *Weaponized Lies: How to Think Critically in the Post-Truth Era* (Nueva York, Dutton, 2017).

194 Scott Bedley, «I Taught My 5th-Graders How to Spot Fake News: Now They Won’t Stop Fact-

Checking Me», Vox, 29 de mayo de 2017, <<http://www.vox.com/firstperson/2017/3/29/15042692/fake-news-education-election>>.

CAPÍTULO 6

¿Condujo el posmodernismo a la posverdad?

Gran parte del pensamiento de izquierdas consiste en cierto modo en jugar con fuego por parte de gente que ni siquiera sabe que el fuego quema.

GEORGE ORWELL

Algunos han propuesto que la solución para la posverdad es volver a tomar en cuenta a los académicos, que durante años han estado pensando sobre estándares de evidencia, pensamiento crítico, escepticismo, sesgo cognitivo, etc. Resulta vergonzoso, por tanto, admitir que una de las más tristes raíces del fenómeno de la posverdad parece provenir directamente de nuestras facultades y universidades.

El concepto de posmodernismo ha estado rondando por ahí durante más de un siglo, y se ha aplicado al arte, la arquitectura, la música, la literatura, y a una cantidad enorme de otras empresas creativas. Esta amplitud y longevidad, sin embargo, no lo hace más fácil de definir. De acuerdo con el filósofo Michael Lynch, «prácticamente todos admiten que es imposible definir el posmodernismo. No es sorprendente, ya que la popularidad de esta palabra se debe en gran medida a su oscuridad»¹⁹⁵. En lo que sigue, trataré de definirla lo mejor posible.

Cuando se ha hablado de posmodernismo durante los últimos treinta años, probablemente se hacía referencia a un movimiento que surgió de la crítica literaria en muchas facultades y universidades en los años 80, como resultado del influyente libro de Jean-François Lyotard *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge* [*La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1984]. Hay una rica historia del pensamiento posmoderno desarrollada por otros pensadores del siglo xx (incluyendo a Martin Heidegger, Michel Foucault y Jacques Derrida) que también es importante, pero aquí solo tengo la oportunidad de bosquejar unas pocas ideas fundamentales. Una de ellas fue la teoría de la «deconstrucción» literaria de Derrida, en virtud de la cual no podemos partir de la idea de que un autor sabía lo que él o ella «querían decir» en un texto, de modo que debemos

despedazarlo y examinarlo en función de las suposiciones políticas, sociales, históricas y culturales que se encuentran tras él. Esta idea causó furor en los departamentos de humanidades, facultades y universidades a lo largo y ancho de Canadá, los Estados Unidos y Europa durante los años 80 y 90, y dio una nueva vida a la idea de que los estudiosos de la literatura podían poner en duda prácticamente cualquier cosa que supieran sobre las grandes obras literarias.

Pronto adoptaron esta idea muchos sociólogos y expertos de otras ramas que quedaron prendados de la idea de que esta tesis debía aplicarse no solo a los textos literarios sino de una forma mucho más amplia ya que, en cierto sentido, *todo* se podría interpretar como un «texto». La guerra, la religión, las relaciones económicas, la sexualidad; de hecho, se cargó a casi todo el comportamiento humano de significados que quizás podían entender, o quizás no, los actores que participaban de esos comportamientos. De repente, se puso en cuestión la idea de que había una respuesta correcta o incorrecta a la pregunta sobre lo que un texto (tanto escrito como conductual) «significaba». Incluso, la noción misma de verdad se puso en ese momento bajo vigilancia, pues había que reconocer que en el acto de la deconstrucción el crítico estaba aportando también a la interpretación sus propios valores, historia y suposiciones. Esto significó que podría haber *muchas* respuestas, en vez de solo una, para cualquier deconstrucción. En el enfoque posmoderno todo se cuestiona y muy poco se toma al pie de la letra. No existe ninguna respuesta correcta, solo hay narrativa.

Al comentar el pensamiento filosófico de Friedrich Nietzsche (que escribió alrededor de un siglo antes del posmodernismo, y es uno de sus precursores), Alexis Papazoglou describe este tipo de escepticismo radical sobre la noción de verdad de la siguiente manera:

Una vez que nos damos cuenta de que la idea de una verdad absoluta y objetiva es un fraude filosófico, la única alternativa es la posición llamada «perspectivismo»: la idea de que no hay una forma objetiva en que el mundo es, hay solamente perspectivas sobre cómo se nos aparece el mundo¹⁹⁶.

Piénsese en esto como en la primera tesis del posmodernismo: no hay tal cosa que sea la verdad objetiva. Si esto es correcto, entonces, ¿cómo deberíamos reaccionar cuando una persona nos dice que algo es verdad?

Aquí llegamos a la segunda tesis del posmodernismo: que cualquier declaración de que algo es verdad no es nada más que un reflejo de la ideología política de la persona que está haciendo tal declaración. La idea de Michel

Foucault era que nuestra vida social está definida por el lenguaje, pero el lenguaje mismo está contaminado por las relaciones de poder y de dominio¹⁹⁷. Esto significa que, en su misma base, todas las afirmaciones de conocimiento son realmente solo una afirmación de la autoridad; son una táctica intimidatoria usada por los poderosos para obligar a aquellos que son más débiles a aceptar sus opiniones ideológicas. Ya que no existe tal cosa como la «verdad», cualquiera que afirme «saber» algo, lo que realmente está intentando es oprimirnos, no educarnos. Tener el poder nos permite controlar lo que es verdad, no a la inversa. Si hay muchas perspectivas, insistir a continuación en que aceptemos una en particular es una forma de fascismo.

Algunos se quejarán de que lo que acabo de contar no es lo suficientemente detallado o matizado como para hacer justicia al posmodernismo. Otros plantearán objeciones a mi tesis de que el pensamiento posmoderno es de algún modo precursor de la posverdad. Confío en que futuros estudios de los textos posmodernos ayudarán a debilitar la afirmación de que sus ideas puedan apoyar legítimamente a la ideología de derechas. Pero estoy también seguro de que los posmodernos han contribuido a esta situación al replegarse dentro de la sutileza de sus ideas, sorprendiéndose después cuando se usan para fines que se encuentran fuera de lo que ellos aprobarían.

Es cierto que la gente de derechas que toma prestado el pensamiento posmoderno no parece muy interesada en sus matices. Si necesitan una herramienta, usarán un cuchillo de deshuesar como martillo. De hecho, ¡hace treinta años los conservadores sentían igual desinterés por las sutilezas del pensamiento posmoderno cuando estaban atacándolo como un signo de la decadencia de la izquierda! Nos podríamos detener aquí para considerar la ironía de que en solamente unas pocas décadas la derecha ha evolucionado desde criticar al posmodernismo (por ejemplo, en *Telling the Truth [Decir la verdad]* de Lynne Cheney) hasta la situación actual¹⁹⁸. Esto no quiere decir que los posmodernos tengan toda la culpa del mal uso que se ha hecho de sus ideas, incluso si al mismo tiempo deben aceptar algún tipo de responsabilidad por haber socavado la idea de que los hechos importan a la hora de valorar la realidad, y también por no prever el daño que esto podría causar.

Naturalmente que se pueden plantear cuestiones legítimas sobre los conceptos de verdad y objetividad (de hecho, la historia de la filosofía tiene mucho que ver con estos debates), pero el completo rechazo y la falta de respeto por la verdad y

la objetividad ha llegado demasiado lejos¹⁹⁹. Si los posmodernos se hubieran contentado meramente con interpretar textos literarios, o incluso los símbolos que se encuentran detrás de nuestro comportamiento cultural, el asunto hubiera sido aceptable. Pero no se contentaron con ello. A continuación, la emprendieron con la ciencia natural.

LAS GUERRAS DE LA CIENCIA

Como se podría esperar, hubo un gran enfrentamiento cuando los físicos, químicos, biólogos y sus compañeros científicos (que se consideraban como buscadores de la verdad sobre la realidad por el procedimiento de poner a prueba sus teorías confrontándolas con la evidencia empírica) se toparon de frente con los «constructivistas sociales», que afirmaban que toda la realidad (incluyendo las teorías científicas sobre esta) estaban socialmente creadas y que no había tal cosa como la verdad objetiva. El «programa fuerte» de la sociología de la ciencia no era precisamente lo mismo que lo que estaba haciendo la gente que trabajaba en crítica literaria y en estudios culturales en los departamentos de Lengua y Literatura Inglesas, si bien compartían la idea de que la verdad difería según la perspectiva y que todo el conocimiento estaba socialmente construido. En este sentido, el movimiento constructivista social era afín al posmodernismo, y buscaba hacer con la ciencia lo que su contrapartida había hecho con la literatura: es decir, socavar la afirmación de que existía una única perspectiva privilegiada.

El campo más amplio de la sociología de la ciencia (del que proviene la idea de la construcción social de la ciencia) se basa en una idea interesante: si los científicos dicen que están estudiando la naturaleza, ¿quién los estaba estudiando a ellos? Si los científicos afirmaban que sus teorías eran «verdaderas», ¿no sería mejor el ver cómo se crearon esas teorías cuando los científicos trabajaban en sus laboratorios? De la noche a la mañana nació el campo de los «estudios de la ciencia». La idea del programa fuerte de la sociología de la ciencia llevó las cosas un paso más allá. La hipótesis «débil» era que las teorías fallidas tenían que serlo debido a algún tipo de desacierto ocurrido en el proceso científico, gracias quizás a un sesgo ideológico, que impedía que los científicos se basaran estrictamente en la evidencia. El programa fuerte afirmaba que *todas* las teorías

(tanto verdaderas como falsas) deberían ser consideradas como un producto de la ideología. Si uno no cree que existe tal cosa como la verdad, entonces es una cuestión abierta el por qué los científicos favorecen ciertas teorías sobre otras: decir que es debido a la evidencia, simplemente, no funcionará²⁰⁰.

Algunos afirmaban que la ciencia realmente trataba del engrandecimiento personal de los científicos, que declaraban ser expertos en cuestiones empíricas. Más que descubrir la verdad sobre la naturaleza, estaban meramente haciendo avanzar sus propios planes de poder y explotación basados en sus creencias políticas²⁰¹. Otros señalaron que el lenguaje de la investigación científica era irremediabilmente sexista y revelaba su naturaleza explotadora. Era «sonsacar a golpes los secretos» de la madre naturaleza, forzándola a someterse a su examen²⁰². Una académica llegó al punto de afirmar que los *Principia Mathematica* de Newton eran un «manual de violación»²⁰³.

Los científicos contraatacaron.

En 1994, Paul Gross (un biólogo) y Norman Levitt (un matemático) publicaron un libro titulado *Higher Superstition: The Academic Left and Its Quarrels with Science* [*Superstición de alto nivel: la izquierda académica y sus peleas con la ciencia*]. Era polémico y llamaba a las armas. Afirmaban que el posmodernismo era absurdo y que lo practicaban personas dedicadas a las humanidades que no sabían prácticamente nada de cómo funcionaba realmente la ciencia. Peor aún, esos críticos olvidaban la cuestión central de lo que era realmente la ciencia: comprometerse con los hechos antes que con los valores. En cualquier guerra, raro es el caso en el que ambos bandos se comporten de forma perfectamente virtuosa. La carencia de cualquier matiz filosófico en la tesis de Gross y Levitt me entristece, ya que pienso que a veces ignora alguna de las críticas legítimas a la ciencia²⁰⁴. Sin embargo, en una guerra se va de batalla en batalla, preocupándose después de los «daños colaterales». Y la siguiente batalla fue esperpéntica.

EL ESCÁNDALO SOKAL

A veces, la forma de crítica más efectiva es la parodia. Inspirado en el volumen *Higher Superstition*, el físico Alan Sokal publicó en 1996 una mezcla de clichés acaramelados que adulaban al posmodernismo junto con

espectaculares tonterías sin sentido sobre la mecánica cuántica titulada «Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity» [«Transgrediendo los límites: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica»]. Y no lo publicó en un sitio cualquiera. Lo envió a *Social Text*, una de las revistas posmodernas punteras. ¿Cómo es que lo aceptaron? La idea de Sokal era que, si lo que había leído en el libro de Gross y Levitt era verdad, podría publicar un artículo sin sentido alguno si «a) sonaba bien y b) adulaba las preconcepciones ideológicas de los editores». Y funcionó. *Social Text* no practicaba por entonces un sistema de «revisión por pares», así que los editores no enviaron nunca el artículo a otros científicos que hubieran destapado el engaño. Lo publicaron en el siguiente volumen, que estaba, irónicamente, dedicado a «las guerras de la ciencia»²⁰⁵.

Sokal describe su artículo como

un collage de Derrida y la relatividad general, Lacan y la topología, Irigaray y la gravedad cuántica: todo unido por vagas referencias a la «no linealidad», al «flujo» y a la «interconexión». Finalmente, salto a la conclusión (de nuevo sin argumentación alguna) de que la «ciencia posmoderna» había abolido el concepto de realidad objetiva. En ninguna parte hay nada que se parezca a una secuencia lógica de pensamiento: solo se encuentran citas de autoridad, juegos de palabras, analogías forzadas y afirmaciones vacuas²⁰⁶.

Sokal continúa señalando (como si su objetivo pudiera perderse de vista) el completo absurdo de lo que había urdido.

En el segundo párrafo declaro, sin la menor evidencia o argumento, que «la ‘realidad’ física... es, en el fondo, un constructo social y lingüístico». No nuestras *teorías* de la realidad física, me explico, sino la realidad misma. Pues bien: cualquiera que crea que las leyes de la física son meras convenciones sociales está invitado a transgredir esas convenciones desde la ventana de mi apartamento (vivo en un vigesimoprimer piso)²⁰⁷.

Continúa diciendo que, a pesar de que su método era satírico, su motivación era seria. Sokal estaba enfadado no solamente por el tipo de «juegos con ideas» que Gross y Levitt señalaron en su libro, sino porque cosas como esta eran políticamente irresponsables ya que estaban dando mala fama al liberalismo²⁰⁸. Señaló que los liberales habían estado tradicionalmente a lo largo de los siglos del lado de la ciencia y de la razón y contra la mistificación y el oscurantismo. Hoy en día, sin embargo, percibía que los académicos que se dedicaban a las humanidades estaban socavando sus propios esfuerzos políticos para hacer del mundo un lugar mejor para los pobres y los desfavorecidos, al atacar las raíces

del pensamiento basado en la evidencia.

Teorizar sobre «la construcción social de la realidad» no nos ayudará a encontrar un tratamiento efectivo contra el SIDA, o a diseñar estrategias para prevenir el calentamiento global. Tampoco podemos combatir ideas falsas en la historia, la sociología, la economía y la política si rechazamos las nociones de verdad y falsedad²⁰⁹.

Una vez que se desenmascaró el escándalo de Sokal las repercusiones fueron enormes. Hubo acusaciones de mala fe por parte de los editores de *Social Text*, pero el escozor era innegable. Muchos se tomaron esto como una evidencia de que el pensamiento posmoderno no era serio y de que estaba en bancarrota intelectual. Y los científicos volvieron a sus laboratorios.

Pero entonces ocurrió una cosa divertida, porque una vez que una idea se ha formulado ya no se puede volver atrás. A pesar de que fue un momento vergonzoso para el posmodernismo, también le dio una amplia publicidad a sus opiniones y las hizo accesibles para muchos que no las hubieran conocido de otra manera. Y algunos de esos *voyeurs* estaban en la derecha.

POSMODERNOS DE DERECHAS

La debacle al completo de las «guerras de la ciencia» condujo a la pregunta: ¿cualquiera que desee atacar la ciencia puede usar el posmodernismo? ¿Funcionan estas técnicas solo para los liberales (que seguramente conforman la mayoría de los profesores de crítica literaria y de los departamentos de estudios culturales a lo largo del mundo), o pueden también funcionar para otros? Algunos responden a la pregunta diciendo que esto es precisamente lo que pasó luego, cuando los ideólogos de derechas, que se quejaban contra ciertas afirmaciones científicas (como la evolución), encontraron en el posmodernismo las técnicas que necesitaban para minar la idea de que las teorías científicas eran superiores. Esto conduce naturalmente a la pregunta adicional sobre si existe hoy en día una cosa tal como el «posmodernismo de derechas», que usa las dudas sobre la verdad, la objetividad y el poder, para defender que *todas* las afirmaciones de verdad están politizadas. Por supuesto, sería irónico que estas técnicas inventadas por la izquierda fueran absorbidas por la derecha para atacar no solo a la ciencia, sino a cualquier tipo de razonamiento basado en la evidencia. Pero si esto es verdad, aún quedaría un largo camino hasta que se

estableciera otra de las causas fundamentales de la posverdad.

Judith Warner afirmó en su artículo de 2011, «Fact-Free Science», que el posmodernismo ayudó e instigó el negacionismo científico de derechas²¹⁰. Allí Warner decía que «cuestionar los hechos aceptados, revelar los mitos y las políticas que están detrás de certezas establecidas es una táctica extraída del manual de políticas de izquierda». Pero, en la medida en que cuestionar a la ciencia que está detrás del calentamiento global «es una práctica exigida hoy en día por los republicanos ansiosos por actuar ante una base conservadora envalentonada [...] el *Zeitgeist* político [ha] cambiado». Concluye que «atacar a la ciencia se ha convertido en un deporte para la derecha radical». ¿Dónde está la evidencia de que usaron el posmodernismo? Warner incluye algunas citas desconcertantes de algunos posmodernos, que parecían preocupados con la idea de que podían haber dado protección política a los conservadores.

Esto no fue suficiente para el periodista científico Chris Mooney, que pareció irritado por la idea de que el posmodernismo de izquierdas se pudiera usar para apuntalar el negacionismo de derechas. Mooney escribe que el análisis de Warner es «tan equivocado que uno no sabe casi cómo empezar»:

Primero, la idea de que los conservadores podrían estar fuertemente influenciados por los abstrusos argumentos y los juegos de palabras de los académicos de izquierdas no tiene ningún sentido. ¿No recordamos que, a comienzos de los años 70, los conservadores crearon un ejército de *think tanks* ideológicos (incluyendo muchos *think tanks* que ahora discuten el cambio climático) precisamente para crear sus propias cámaras de eco de «expertos» fuera de la academia? Para ellos, el posmodernismo de los años 90 sería el ejemplo por excelencia de la decadente inutilidad académica. Pero esta no es la mayor objeción a la línea de pensamiento de Warner. La principal objeción es que los negacionistas del cambio climático no parecen, ni se comportan, ni suenan como posmodernos en ninguno de los sentidos del término²¹¹.

Más adelante especula (sin mucha evidencia) sobre que la mayoría de los negacionistas de la ciencia creen realmente en la verdad, y entonces recurre al ridículo:

La idea de que la ciencia es la encarnación de la «verdad» es algo en lo que los negacionistas del cambio climático *están de acuerdo alegremente*. Piensan que tienen razón y que el consenso científico sobre el calentamiento global está equivocado: objetivamente. No están ahí fuera cuestionando si la ciencia es la mejor manera de obtener la verdad; están ahí fuera hablando *como si sus científicos supieran la verdad*. ¿Podríamos imaginarnos a James Inhofe [senador estadounidense] citando a Derrida o a Foucault? La idea en sí misma es cómica²¹².

No puedo dejar de reaccionar contra tales declaraciones pensando que fueron hechas «hace cinco años». Las cosas han cambiado desde 2011, pero creo que

existe evidencia de que Warner estaba en lo cierto incluso entonces y que Mooney simplemente se equivocó.

Como vimos en la anterior exploración del negacionismo científico en el capítulo 2, la idea de que los secuaces o partidarios de Trump habrían tenido que leer literatura posmoderna para estar influenciados por ella se da de bruces contra el proceso de cómo se «manufactura» la duda. Mooney tiene razón en que buena parte del trabajo ideológico inicial se lleva a cabo en *think tanks*. Para cuando ese trabajo llega a los funcionarios del Gobierno y a los miembros de los grupos de presión, queda reducido a una serie de temas de conversación. Pero es también importante darse cuenta de que las tácticas inventadas en una batalla del negacionismo científico son a menudo apropiadas para la siguiente. Ya hemos visto a partir de Oreskes y Conway que la «estrategia tabacalera» fue empleada con éxito mucho después de que se «ganara» la escaramuza sobre los cigarrillos y el cáncer, luchando hasta llegar a un punto muerto. La idea de «combatir la ciencia» y afirmar que «la verdad es incierta» se usó también en la lucha contra la lluvia ácida, el agujero de ozono y muchos otros temas. ¿Contra qué fue la batalla que vino inmediatamente antes de la del cambio climático, de la que extrajeron gran parte de su armamento los escépticos del cambio climático? La evolución.

Hay pocas dudas sobre que el pensamiento posmoderno ha tenido una importante influencia en este debate, desde el momento en que el creacionismo se transformó en el «diseño inteligente» (DI)²¹³ y comenzaron una serie de batallas para «enseñar la controversia» sobre la teoría del DI contra la evolución en las clases de biología de las escuelas públicas. ¿Cómo lo sabemos? Porque uno de los fundadores de la teoría del DI (Philip Johnson, que ayudó a crear uno de los *think tanks* a los que se refiere Mooney) dijo que lo había hecho.

En un artículo académico innovador, el filósofo de la ciencia Robert Pennock argumenta convincentemente que «los profundos hilos del posmodernismo [...] corren a lo largo de las afirmaciones del movimiento creacionista del DI, como queda patente en los escritos y entrevistas de sus principales líderes»²¹⁴. De hecho, hace la provocativa afirmación de que «el creacionismo del diseño inteligente es el hijo bastardo del fundamentalismo cristiano y el posmodernismo». Lo hace tras documentar las declaraciones de Johnson, «el padrino del movimiento DI».

Pennock cuenta una fascinante historia sobre la fundación del Discovery

Institute²¹⁵ en Seattle, Washington, y su deuda con los «adinerados patrocinadores políticos de derechas». Afirma que hasta hoy «el Discovery Institute continúa azuzando el caballo del posmodernismo». ¿Cuándo se creó este caballo? Afirma que esta creación se debe casi exclusivamente a la influencia de Johnson. No se necesita ser demasiado sutil para ver la influencia del posmodernismo en la obra de Johnson. Él la asume explícitamente. Examinando no solo los escritos publicados de Johnson sino también sus entrevistas, Pennock descubrió afirmaciones que parecen irrefutables:

El gran problema desde el punto de vista cristiano es que toda la controversia sobre la evolución se ha formulado como una cuestión de Biblia vs. Ciencia y, entonces, la cuestión se transforma en ¿cómo defiende uno la Biblia? [...] Ahora bien, el problema que tiene este modo de abordar la cuestión es que en nuestra cultura la ciencia se entiende como un procedimiento objetivo de búsqueda de hechos. Y si uno se pone a discutir la cuestión en términos de Biblia vs. Ciencia, entonces la gente piensa que uno está discutiendo a favor de la fe ciega contra el conocimiento o la experimentación objetivamente determinados²¹⁶.

Mi plan, por así decirlo, es deconstruir esas barreras filosóficas [...], estoy relativizando el sistema filosófico²¹⁷.

Les conté que era un posmoderno y un deconstruccionista como ellos, pero buscando un objetivo un poco diferente²¹⁸.

En otra entrevista, Johnson apela conscientemente al «programa fuerte» de la sociología del conocimiento científico que, como señala Pennock, «no es lo mismo, pero tiene estrechas afinidades conceptuales con el posmodernismo». Johnson deja claro no solo que ha leído esta literatura, sino que quiere usarla para defender la teoría del DI contra las afirmaciones «objetivas» de la ciencia evolutiva. Declara que «lo curioso es que el enfoque sociológico del conocimiento no se haya aplicado aún al darwinismo. Esto es básicamente lo que estoy haciendo en mi manuscrito»²¹⁹.

El artículo de Pennock contiene muchas otras referencias a ocasiones en las que Johnson revela su deseo de usar el enfoque posmoderno para socavar la profesada autoridad epistémica de la evolución por selección natural, y usarlo para defender la teoría del DI como una alternativa. Pennock explica la clave de esta estrategia:

No hay que pensar que la ciencia tiene algo que ver con la realidad. La evolución no es más que una historia imaginaria. Simplemente es la que cuenta la tribu de la ciencia. Según la opinión del posmodernismo radical, la ciencia no tiene ningún privilegio especial sobre otras visiones del mundo, incluso ni siquiera en relación con las cuestiones de los hechos empíricos. Toda tribu puede tomar su propia historia como punto de partida para sus creencias. Los creacionistas del DI están igualmente justificados a la hora de tomar la creación de Dios y la voluntad del hombre como su

suposición inicial [220](#).

Incluso si los políticos de derechas y otros negacionistas científicos no hubiesen leído a Derrida y a Foucault, el germen de la idea se habría abierto camino hasta ellos.

No podría estar más claro que el pensamiento posmoderno tuvo cierta influencia en la teoría del DI. Tampoco hay duda de que la teoría del DI ofreció un modelo de cómo librarían más tarde los negacionistas del cambio climático sus propias batallas: atacando a la ciencia existente, identificando y financiando a sus propios expertos, impulsando la idea de que el tema es «controvertido», saliéndose con la suya a través de los medios de comunicación y las presiones, y mirando cómo reacciona el público²²¹. Incluso si los políticos de derechas y otros negacionistas científicos no hubiesen leído a Derrida y a Foucault, el germen de la idea se habría abierto camino hasta ellos: la ciencia no tiene el monopolio de la verdad. No es, por tanto, irracional pensar que los partidarios de derechas estén usando algunos de los mismos argumentos y técnicas del posmodernismo para atacar la verdad de otras afirmaciones científicas que chocan con su ideología conservadora.

¿Hay alguna evidencia de esto? Aquí debemos volver a algunos de los «*mea culpa*» del propio posmodernismo, que se horrorizó al ver cómo algunas de sus ideas se usaban para fines de políticas de derechas²²². Bruno Latour, uno de los fundadores del constructivismo social, escribió, en un fragmento de 2004, «Why Has Critique Run Out of Steam?» [«¿Por qué la crítica ha perdido fuelle?»], que se había preocupado cuando vio un artículo de fondo en el *New York Times* que decía:

La mayoría de los científicos creen que el calentamiento [global] está causado en gran medida por las sustancias contaminantes producidas por el hombre, que requieren una regulación estricta. El Sr. Luntz [un estratega republicano] parece reconocerlo también cuando dice que «el debate científico se está cerrando en contra de nosotros». Su consejo, sin embargo, es insistir en que la evidencia no es completa. «Si el público llegara a creer que las cuestiones científicas están resueltas», escribe, «sus opiniones sobre el calentamiento climático cambiarían en consecuencia. Por lo tanto, hay que continuar considerando la carencia de certeza científica como una cuestión primordial»²²³.

La reacción de Latour a este escrito no es diferente de la de un comerciante de armamento que descubre que una de sus armas se está usando para matar inocentes:

¿Se ve por qué estoy preocupado? Yo mismo he dedicado bastante tiempo en el pasado a intentar mostrar «la falta de certeza científica» inherente a la construcción de los hechos. Yo también lo

consideraré una «cuestión primordial». Pero precisamente traté de no engañar al público volviendo oscura la certeza de un argumento cerrado. ¿O lo hice? Después de todo, me han acusado precisamente de ese pecado. Aun así, prefiero pensar que, al contrario, traté de emancipar al público de los hechos objetivados y prematuramente naturalizados. ¿Estaba estúpidamente equivocado? ¿Las cosas han cambiado tan rápido? [224](#).

Peor aún, la fábrica de armas sigue en funcionamiento.

Programas enteros de doctorado siguen funcionando para asegurarse de que los buenos niños estadounidenses estén aprendiendo a la fuerza que los hechos son inventados, que no existe tal cosa que sea el acceso natural, inmediato y sin sesgo a la verdad, que siempre somos prisioneros del lenguaje, que siempre hablamos desde un punto de vista particular, etc., mientras que peligrosos extremistas están usando exactamente el mismo argumento de la construcción social para destruir la evidencia que tanto costó adquirir y que podría salvar nuestras vidas. ¿Estaba equivocado al participar en la invención de este campo conocido como los estudios de la ciencia? ¿Es suficiente decir que realmente no queríamos decir lo que dijimos? ¿Por qué me quema la lengua al decir que el calentamiento global es un hecho, tanto si le gusta a uno como si no? ¿Por qué no puedo decir sin más que la discusión se ha terminado definitivamente? [225](#).

En la academia no se encuentra una expresión de arrepentimiento más vigorosa que esta. Y Latour no es el único posmoderno que ve sus propias huellas en la estrategia de derechas del negacionismo científico. Michael Berube, un humanista y crítico literario, escribió esto en 2011:

Ahora los negacionsitas del cambio climático y los creacionistas que defienden que la Tierra fue creada hace menos de 10.000 años van a por los científicos naturales, justo como predije: y están usando algunos de los mismos argumentos que desarrollaron los académicos de izquierda, que pensaban que solo hablaban para la gente de pensamiento similar. Algunos argumentos *standard* de la izquierda, combinados con el recelo populista de la izquierda contra los «expertos» y los «profesionales» y el variado surtido de personas importantes y arrogantes que se piensan que son nuestros jefes, fueron moldeados por la derecha para dar lugar a un poderoso aparato de deslegitimación de la investigación científica [226](#).

De hecho, tan grande fue su vergüenza cuando acabó este escrito, que Berube parecía estar de humor para negociar:

Admitiré que estabais en lo cierto sobre la posibilidad de que los estudios de la ciencia salieran horriblemente mal y añadieran leña al fuego de la gente más ignorante y/o reaccionaria. Y a cambio, admitiréis que tenía razón sobre las guerras de la cultura, y también en que las ciencias naturales no serían armas inofensivas en manos de la derecha. Y si vais más allá, y reconocéis que algunas críticas prudentes y bien informadas de la ciencia realmente existente son aceptables (tales como la crítica de que la medicalización del embarazo y el parto a partir de la posguerra tuvo algunos efectos adversos), yo iré más allá también, y reconozco que muchas críticas humanistas de la ciencia y de la razón tampoco son prudentes ni están bien informadas. Entonces quizás podamos ponernos a trabajar en cómo desarrollar una energía segura y sostenible y otras prácticas sociales que mantengan habitable el planeta [227](#).

Este examen de conciencia de la izquierda ha sido completamente ignorado por aquellos que tienen miedo de que la posverdad vaya a estar ahora a los pies del posmodernismo, a pesar de que la ruta que va desde el negacionismo de la ciencia hasta la negación de la realidad misma al completo parece innegable. ¿Cómo sería una aplicación del posmodernismo a la posverdad política? Se parece mucho al mundo en el que ahora vivimos:

Si realmente no hay hechos y solo hay interpretaciones, y si hay millones de estadounidenses dispuestos a adoptar tal perspectiva, entonces, ¿por qué molestarnos en adherirnos a una línea rígida que separa los hechos de la ficción? Si uno interpreta un periodo de clima frío como evidencia de que no está ocurriendo un cambio climático, y si millones de otras gentes están de acuerdo con tal punto de vista, entonces el cambio climático es un fraude. Si la propia experiencia subjetiva percibe un récord de asistencia a la inauguración del mandato presidencial, entonces había un récord de asistencia: las fotografías aéreas que prueban lo contrario, simplemente están ilustrando otra perspectiva²²⁸.

Uno casi puede oír a Kellyanne Conway defender el uso de «hechos alternativos» que hace Sean Spicer.

¡Qué completo fracaso de las políticas originales que motivaron el posmodernismo, que consistían en proteger a los pobres y a los vulnerables de ser explotados por aquellos que gozan de autoridad! Ahora son los pobres y los vulnerables los que más sufrirán con el cambio climático. La predicción de Sokal está cerca de cumplirse, pues, ¿cómo puede contraatacar la izquierda a la ideología de derechas sin usar los hechos? Este es el coste de jugar con las ideas como si no tuviera consecuencias. Es muy divertido atacar la verdad en la academia, pero, ¿qué pasa cuando esas tácticas llegan a las manos de los negacionistas de la ciencia y de los que tienen teorías conspiratorias, o de políticos sin escrúpulos, que insisten en que sus instintos son mejores que cualquier evidencia?²²⁹.

¿Cómo puede contraatacar la izquierda a la ideología de derechas sin usar los hechos? Este es el coste de jugar con las ideas como si no tuviera consecuencias.

¿Entonces, en qué quedamos? ¿La izquierda cree en la verdad o no? Quizás algunos tengan su lealtad dividida: son los que ahora se encuentran incómodos en una posición en la que, o bien dan ayuda y consuelo al enemigo, o bien defienden la idea de que existe tal cosa como la verdad. Sin embargo, la cuestión sigue en pie: ¿cómo podemos estar seguros de que el posmodernismo ha dado el salto desde el negacionismo científico de derechas a la plena variedad de escepticismo que tergiversa la realidad de la posverdad? Desde que Trump tomó posesión de su cargo, esta pregunta ha salido de las sombras en las que estaba²³⁰. Ahora se pueden encontrar un puñado de artículos en los principales medios de comunicación que se toman esta cuestión en serio²³¹, pero algunos parecen aún apegados a la idea de que, a menos que se pueda encontrar a Kellyanne Conway leyendo a Derrida, todo esto no es más que especulación²³². Algunos también afirman que es ridículo ver al posmodernismo y a la posverdad como causa y efecto porque la posverdad existe desde mucho antes de lo que se piensa, y el posmodernismo es, de hecho, muy útil para facilitarnos un vocabulario para hablar sobre la posverdad, incluso si no es su causa²³³.

Sin embargo, hay un filósofo que parece totalmente empeñado en encontrar una conexión. En una entrevista en *The Guardian* del 12 de febrero de 2017, Daniel Dennett pone la culpa de la posverdad completamente a los pies del posmodernismo:

La filosofía no se ha cubierto precisamente de gloria con la forma en que ha manejado esta cuestión [la cuestión de los hechos y la verdad]. Quizás algunos comiencen ahora a darse cuenta de que los filósofos no son tan inocuos después de todo. A veces, las opiniones pueden tener consecuencias terribles que puede que lleguen a convertirse en realidad. Creo que lo que hizo el posmodernismo fue verdaderamente malvado. Son responsables de la moda intelectual que hizo que practicar el cinismo sobre la verdad y los hechos fuese algo respetable. Tienes a gente que anda diciendo por ahí: «Bueno, tú eres parte de esa gente que aún cree en los hechos»²³⁴.

¿Existe alguna evidencia directa mayor que esta? ¿Algo más parecido a lo que Roger Pennock mostró, que el posmodernismo estaba en la raíz de la teoría del DI? En realidad, sí la hay.

TROLEANDO PARA TRUMP

No se puede entender el auge de la posverdad (o de Trump) sin reconocer la importancia de los medios de comunicación alternativos. Sin *Breitbart*, *Infowars*, y todos los demás medios de difusión de derecha alternativa, probablemente Trump no hubiera sido capaz de hacer llegar su voz hasta la gente que estaba más dispuesta a creer su mensaje. La clave aquí (como vimos en el capítulo 5) es que las noticias están hoy en día fragmentadas. La gente ya no se ve forzada a enterarse de la «verdad» a partir solo de una fuente o de unas pocas. Y, de hecho, no está tampoco limitada a obtenerla solamente de «los medios de comunicación». Gran parte del apoyo que tuvo Trump durante las elecciones provino de los blogueros de la derecha alternativa. Uno de los más influyentes fue Mike Cernovich.

Mike Cernovich es un bloguero amante de las teorías conspiratorias, «nacionalista estadounidense» y partidario de Trump, con 250.000 seguidores en Twitter²³⁵. Pero no es un bloguero cualquiera. Su perfil se publicó en el *New Yorker* y en el *Washington Post*, y fue entrevistado por el presentador de la CBS Scott Pelley, dada su profunda influencia en las elecciones presidenciales de 2016. Algunos desprecian a Cernovich como un colaborador habitual del flujo continuo de «noticias falsas»²³⁶. Es la persona que impulsó los *tweets* con el hashtag #HillarysHealth, que decían que se estaba muriendo²³⁷. ¿No nos acordamos de la historia de #pizzagate, de cómo Bill y Hillary Clinton dirigían una red de esclavitud infantil en un restaurante de pizza en Washington DC, en el que una persona disparó a la gente que había dentro? Cernovich fue una de las personas que promovió ese *tweet*²³⁸. También acusó a la campaña de Clinton de participar en un ritual satánico sexual²³⁹. En su entrevista con el *New Yorker*, Cernovich habla sobre algunas de sus otras ideas controvertidas, como que la «violación de una chica por parte de su novio» no existe realmente y que su primer matrimonio fracasó por culpa del «adoctrinamiento feminista»²⁴⁰.

Y se ganó el favor de la administración de Trump. Donald Trump Jr. felicitó a Mike Cernovich en abril de 2017 en un *tweet* en el que decía que Cernovich debería «ganar el Pulitzer» por desmontar la historia sobre el presunto desenmascaramiento de los informes de inteligencia que hizo Susan Rice y que estaban relacionados con los directores de campaña de Trump. Cuando Kellyanne Conway supo de la inminente entrevista de Cernovich con Scott

Pelley, pidió a sus seguidores en Twitter que estuvieran atentos a la conversación o que leyeran la transcripción completa, y los dirigió a la página de Cernovich. Uno de los críticos de Cernovich dijo: «creo que el intento de Conway y Trump Jr. de ensalzar a Cernovich dice mucho sobre la Casa Blanca de Trump y de cómo recurrirán a las teorías conspiratorias si eso ayuda a crear distracciones sobre cosas que les pueden perjudicar»²⁴¹.

Cernovich tiene ciertamente una gran influencia. Entonces, ¿qué pasa con la cuestión del posmodernismo? En el artículo del *New Yorker*, se encuentra esta pequeña perla:

Digamos, por mor de la argumentación, que Walter Cronkite mintió en *todo*. Antes de Twitter, ¿cómo se habría sabido? Pues mire usted, yo asistí a clases de teoría posmoderna en la universidad. Si todo es narrativa, entonces necesitamos alternativas a la narrativa dominante. No tengo pinta de ser un tío que lea a Lacan, ¿verdad?²⁴².

Cernovich podría parecer un retrógrado, pero tiene de hecho una buena educación. Tiene un grado en derecho obtenido en Pepperdine y parece haber estado atento en la universidad. E insiste en un punto familiar: si no existe la verdad, y todo es simplemente perspectiva, ¿cómo podemos realmente saber algo? ¿Por qué no dudar de las noticias predominantes o abrazar una teoría conspiratoria? En efecto, si las noticias son solo una expresión política, ¿por qué no construirlas? ¿Qué hechos deberían ser dominantes? ¿Qué perspectiva es la correcta?

Así pues, el posmodernismo es el padrino de la posverdad.

¹⁹⁵ Michael Lynch, *True to Life: Why Truth Matters* (Cambridge, MA, MIT Press, 2004), págs. 35-36.

¹⁹⁶ Conor Lynch, «Trump's War on Environment and Science Are Rooted in His Post-Truth Politics — and Maybe in Postmodern Philosophy», *Salon*, 1 de abril de 2017, <<http://www.salon.com/2017/04/01/trumps-war-on-environment-and-science-are-rooted-in-his-post-truth-politics-and-maybe-in-postmodern-philosophy/>>.

¹⁹⁷ Paul Gross y Norman Levitt, *Higher Superstition: The Academic Left and Its Quarrels with Science* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994), pág. 77.

¹⁹⁸ Lynne Cheney, *Telling the Truth* (Nueva York, Simon & Schuster, 1995).

¹⁹⁹ Para algunas críticas excelentes del pensamiento posmoderno, véase Michael Lynch, *In Praise of Reason* (Cambridge, MA, MIT Press, 2012); Paul Boghossian, *Fear of Knowledge: Against Relativism and Constructivism* (Oxford, Clarendon Press, 2007); Noretta Koertge (ed.), *A House Built on Sand: Exposing Postmodernist Myths about Science* (Oxford, Oxford University Press, 1998).

[200](#) Si se desea saber más sobre el «programa fuerte» y su fundador David Bloor, uno de los mejores lugares por los que empezar es un ensayo crítico titulado «David Bloor and the Strong Programme», de Collin Finn, que aparece como capítulo 3 de su libro *Science Studies as Naturalized Philosophy*, Dordrecht, Springer, 2011, págs. 35-62.

[201](#) Parece irónico que en las últimas encuestas del Pew Institute (octubre de 2016) sobre «las políticas del cambio climático» algunas de estas afirmaciones parecen haber sido adoptadas por la extrema derecha. Cuando se pedía a la gente que respondiera si «los descubrimientos de la investigación de los “científicos climáticos” están influenciadas por ____ la mayoría de las veces» se descubrió que el 57 por 100 de los republicanos conservadores estuvieron de acuerdo con la idea de que la respuesta era que estaban influenciadas por «el deseo de los científicos por avanzar en sus carreras», el 54 por 100 estuvo de acuerdo en que lo estaban por «las propias inclinaciones políticas de los científicos» y solo un 9 por 100 estuvo de acuerdo con que la influencia venía de «la mejor evidencia científica disponible», <http://www.pewinternet.org/2016/10/04/the-politics-of-climate/>.

[202](#) Carolyn Merchant, *The Death of Nature* (Nueva York, Harper, 1990).

[203](#) Sandra Harding, *The Science Question in Feminism* (Ithaca, Cornell University Press, 1986), pág. 113.

[204](#) Si se desea leer una explicación filosófica matizada que se pregunte por nuestras nociones tradicionales de objetividad, a la par que defienda la particularidad de la ciencia, véase Helen Longino, *Science as Social Knowledge: Values and Objectivity in Scientific Inquiry* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1990).

[205](#) Alan Sokal, «Transgressing the Boundaries: Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity», *Social Text*, 46-47 (primavera-verano de 1996), págs. 217-252, http://www.physics.nyu.edu/sokal/transgress_v2_noafterword.pdf.

[206](#) Alan Sokal, «A Physicist Experiments with Cultural Studies», *Lingua Franca* (mayo-junio de 1996), http://www.physics.nyu.edu/faculty/sokal/lingua_franca_v4/lingua_franca_v4.html.

[207](#) *Ibíd.*

[208](#) Comentando esto, escribe Michael Berube: «[Sokal] creía (y no estaba solo) que el posmodernismo y la teoría eran malas para la izquierda, y que el ala izquierdista académica estaba minando agresivamente los fundamentos de las políticas progresistas». Michael Berube, «The Science Wars Redux», *Democracy Journal*, invierno de 2011, pág. 70.

[209](#) Sokal, *id.*

[210](#) Judith Warner, «Fact-Free Science», *New York Times Magazine*, 25 de febrero de 2011, <http://www.nytimes.com/2011/02/27/magazine/27FOB-WWLN-t.html>.

[211](#) Chris Mooney, «Once and For All: Climate Denial Is Not Postmodern», *Desmog*, 28 de febrero de 2011, <https://www.desmogblog.com/once-and-all-climate-denial-not-postmodern>.

[212](#) *Ibíd.*

[213](#) La idea del «diseño inteligente» surgió en los años ochenta del pasado siglo patrocinada por el Thought and Ethics Institute [Instituto Pensamiento y Ética], como una manera de defender el creacionismo. Su tesis principal es que algunos rasgos del universo y de los seres vivos se explican mejor postulando la idea de un diseño inteligente realizado por un «creador», más que como un proceso evolutivo. El DI se considera a sí mismo como una alternativa a la ciencia evolucionista. [N. del T.].

[214](#) Robert Pennock, «The Postmodern Sin of Intelligent Design Creationism», *Science and Education*, 19 (2010), págs. 757-778, <https://msu.edu/~pennock5/research/papers/Pennock_PostmodernSinID.pdf>.

[215](#) El *Discovery Institute* es un *Think Thank* políticamente conservador fundado en 1990 en Seattle y muy conocido por sus campañas a favor del creacionismo bajo el paraguas del diseño inteligente. [N. del T.].

[216](#) J. Lawrence, entrevista con Phillip E. Johnson, *Communique: A Quarterly Journal* (primavera de 1999), <<http://www.arn.org/docs/johnson/commmsp99.htm>>.

[217](#) G. Silberman, «Phil Johnson's Little Hobby», *Boalt Hall Cross-Examiner*, 6, núm. 2 (1993), pág. 4.

[218](#) P. Johnson, «Open Letter to John W. Burgeson». Pennock lo cita como «publicado en internet» pero debe de haberse retirado de allí. La cita es de Pennock, «The Postmodern Sin», *op. cit.*, pág. 759.

[219](#) N. Pearcey, «Anti-Darwinism Comes to the University: An Interview with Phillip Johnson», *Bible Science Newsletter*, 28, núm. 6 (1990), pág. 11.

[220](#) Pennock, «The Postmodern Sin», *op. cit.*, pág. 762.

[221](#) Para una discusión de cómo influyó la batalla sobre el diseño inteligente en la que tuvo lugar después sobre el cambio climático, véase mi *Respecting Truth: Willful Ignorance in the Internet Age* (Nueva York, Routledge, 2015), págs. 56-80.

[222](#) Algunas de estas fueron citadas por Warner en su obra de 2011. Mooney parece haberlas pasado por alto.

[223](#) <<http://www.nytimes.com/2003/03/15/opinion/environmental-word-games.html>>.

[224](#) Bruno Latour, «Why Has Critique Run Out of Steam? From Matters of Fact to Matters of Concern», *Critical Inquiry*, 30 (invierno de 2004), págs. 225-248, <<http://www.unc.edu/clct/LatourCritique.pdf>>.

[225](#) *Ibíd.*

[226](#) Michael Berube, «The Science Wars Redux», *Democracy Journal* (invierno de 2011): págs. 64-74, <<http://democracyjournal.org/magazine/19/the-science-wars-redux/>>.

[227](#) *Ibíd.*

[228](#) Conor Lynch, «Trump's War on Environment and Science Are Rooted in His Post-Truth Politics», <<http://www.salon.com/2017/04/01/trumps-war-on-environment-and-science-are-rooted-in-his-post-truth-politics-and-maybe-in-postmodern-philosophy/>>.

[229](#) En «Why Has Critique Run Out of Steam?» Latour escribe: «Por supuesto, las teorías conspiratorias son una deformación absurda de nuestros propios argumentos, pero, como las armas con las que se hace contrabando a través de fronteras difusas que caen en el bando equivocado, estas son, con todo, nuestras armas. A pesar de todas las deformaciones, es fácil reconocer, todavía marcada en el acero, nuestra señal distintiva» (*op. cit.*, pág. 230).

[230](#) Planteé la cuestión de si el posmodernismo era una de las raíces del negacionismo científico en mi *Respecting Truth*, págs. 104-107 y, de nuevo, en mi artículo «The Attack on Truth», *Chronicle of Higher Education*, 8 de junio de 2015, <<http://www.chronicle.com/article/The-Attack-on-Truth/230631>>. Como argumenté en el capítulo 2 del presente libro, creo que el negacionismo científico es un precursor de la

posverdad. Cuando estas dos ramas se toman juntas en consideración, se sigue que el posmodernismo es también una de las raíces de la posverdad.

231 Véase el artículo anteriormente citado de Conor Lynch, «Trump's War on Environment and Science Are Rooted in His Post-Truth Politics». Véase también Andrew Calcutt, «The Truth about Post-Truth Politics», *Newsweek*, 21 de noviembre de 2016, <<http://www.newsweek.com/truth-post-truth-politics-donald-trump-liberals-tony-blair-523198>>, y Andrew Jones, «Want to Better Understand "Post-Truth" Politics? Then Study Postmodernism», *Huffington Post*, 11 de noviembre de 2016, <http://www.huffingtonpost.co.uk/andrew-jones/want-to-better-understand_b_13079632.html>. Para algunos interesantes posts de ciertos blogs, véase «Donald Trump and the Triumph of Right-Wing Postmodernism», *Stewedrabbit* (blog), 12 de diciembre de 2016, <<http://stewedrabbit.blogspot.com/2016/12/donald-trump-and-triumph-of-right-wing.html>>, y Charles Kurzman, «Rightwing Postmodernists», 30 de noviembre de 2014, <<http://kurzman.unc.edu/rightwing-postmodernists/>>.

232 Truman Chen, «Is Postmodernism to Blame for Post-Truth?», *Philosophytalk* (blog), 17 de febrero de 2017, <<https://www.philosophytalk.org/blog/postmodernism-blame-post-truth>>.

233 *Ibíd.*

234 Carole Cadwalladr, «Daniel Dennett: "I Begudge Every Hour I Have to Spend Worrying about Politics"», *Guardian*, 12 de febrero de 2017, <<https://www.theguardian.com/science/2017/feb/12/daniel-dennett-politics-bacteria-bach-back-dawkins-trump-interview>>.

235 A pesar de que no se identifica a sí mismo como miembro de la «derecha alternativa», un periodista señaló que cuando Cernovich comentaba dicho movimiento decía «nosotros». Andrew Marantz, «Trolls for Trump: Meet Mike Cernovich, the Meme Mastermind of the Alt-Right», *New Yorker*, 31 de octubre de 2016, <<http://www.newyorker.com/magazine/2016/10/31/trolls-for-trump>>.

236 Maxwell Tani, «Some of Trump's Top Supporters Are Praising a Conspiracy Theorist Who Fueled 'Pizzagate' for His Reporting», *Business Insider*, 4 de abril de 2017, <<http://www.businessinsider.com/mike-cernovich-kellyanne-conway-donald-trump-jr-2017-4>>.

237 Gideon Resnick, «Trump's Son Says Mike "Pizzagate" Cernovich Deserves a Pulitzer», *The Daily Beast*, 4 de abril de 2017, <<http://www.thedailybeast.com/articles/2017/04/04/trump-s-son-says-mike-pizzagate-cernovich-deserves-a-pulitzer.html>>.

238 <<https://www.youtube.com/watch?v=4ZmljpEf4q4>>.

239 Abby Ohlheiser y Ben Terris, «How Mike Cernovich's Influence Moved from the Internet Fringes to the White House», *Washington Post*, 7 de abril de 2017, <https://www.washingtonpost.com/news/the-intersect/wp/2017/04/07/how-mike-cernovichs-influence-moved-from-the-internet-fringes-to-the-white-house/?utm_term=.1f0eca43415c>.

240 Para los puntos de vista de Cernovich y la violación durante el noviazgo, véase Tani, «Some of Trump's Supporters». Para sus opiniones sobre la «adoctrinación feminista», véase Marantz, «Trolls for Trump». También en el artículo de Marantz: «en 2003, [Cernovich] fue acusado de violar a una mujer que conocía; más tarde se retiró la acusación, pero un juez le ordenó hacer servicios comunitarios por acumulación de delitos» (4).

241 La crítica de Cernovich a Vic Berger, citada en Tani, «Some of Trump's Supporters».

[242](#) Marantz, «Trolls for Trump».

CAPÍTULO 7

Combatir la posverdad

Nos hemos hundido hasta una profundidad en la cual la reformulación de lo obvio es el primer deber de los hombres inteligentes.

GEORGE ORWELL

La revista *Time* publicó el 3 de abril de 2017 un número con una noticia en portada que preguntaba: «¿Está muerta la verdad?». Es una llamativa y bien pensada reflexión, que recuerda a otra que hicieron en un periodo de agitación anterior (los años 60), en la cual se hacía la misma pregunta sobre Dios. En abril de 1966, habían asesinado al presidente Kennedy, había aumentado el compromiso de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam, así como la criminalidad en el país, y los estadounidenses se encontraban al inicio de una era en la que comenzarían a perder fe en sus instituciones. Era un momento de reflexión nacional sobre el camino que se estaba recorriendo. El hecho que motivó este nuevo anuncio del *Times* fue la presidencia de Trump.

En su ensayo de apertura, la editora Nancy Gibbs hace algunas preguntas cruciales sobre nuestro compromiso con la idea de verdad «frente a un presidente que la trata como si fuera un juguete». Estas son palabras fuertes, pero les siguen algunas observaciones aún más sorprendentes:

Para Donald Trump la desvergüenza no es solo un punto fuerte, es una estrategia. [...] Tanto si tiene que ver con las masas presentes en su investidura, como con los votantes fraudulentos, con la financiación de la OTAN, o con la afirmación de que le pincharon el teléfono, Trump dice muchas cosas que son manifiestamente falsas. Pero acusar a Trump de ser un mentiroso en serie puede hacer que no seamos capaces de advertir una cuestión aún más inquietante: ¿En qué cree realmente? ¿Cuenta como mentir lo que dice si él lo cree? [...] ¿Dónde está la línea entre la mentira, la invención y el engaño? O, como señaló de forma inolvidable su consejera Kellyanne Conway, ¿dónde está la diferencia entre los hechos y los hechos alternativos, entre las conclusiones a las que Trump quiere que llegue la audiencia y las conclusiones garantizadas por la evidencia disponible?²⁴³.

Teniendo en cuenta que *PolitiFact* consideró que el 70 por 100 de las afirmaciones de la campaña de Trump eran falsas, que casi dos tercios de los votantes encuestados durante la campaña dijeron que Trump no era de fiar, *pero*

que, aun así, ganó las elecciones, uno no puede hacer otra cosa que preguntarse si la amenaza a la verdad supera con mucho las acciones de cualquier hombre²⁴⁴. Si esto es así, la cuestión de la portada de *Time* no es una simple hipérbole, sino un problema pertinente y aterrador: ¿está muerta la verdad?

A lo largo de este libro hemos explorado las raíces de la posverdad, bajo la suposición de que realmente no se puede hacer nada con un problema a menos que se entienda su causa. Pero ahora es el momento de hacer la pregunta definitiva: ¿se puede hacer algo al respecto de la posverdad? En 2008, Farhad Manjoo publicó un libro (que escribió en 2006) titulado *True Enough: Learning to Live in a Post-Fact Society* [*Basta de verdad: aprendiendo a vivir en una sociedad posfáctica*]²⁴⁵. Es sorprendente que nadie haya estado tan a la vanguardia como para ver más o menos lo que se estaba aproximando en el nivel de la política nacional. El libro de Manjoo se escribió antes de que se inventara el *smartphone*. Barack Obama no era ni un pequeño pitido en la pantalla del radar político nacional. De hecho, uno de los más importantes ejemplos que analiza Manjoo es la campaña «Veteranos de guerra por la verdad» que se preparó contra John Kerry cuando competía con George W. Bush en las elecciones presidenciales de 2004. Aquí la manipulación del sesgo cognitivo y la presentación de una «contranarrativa» con respecto a los medios de comunicación a nivel nacional se volvieron nítidas. De manera retrospectiva, es fácil trazar una línea hacia lo que vino más tarde, en 2016, pero Manjoo previó las ideas de la fragmentación de los medios de comunicación, del sesgo informativo, del declive de la objetividad y de la amenaza no solamente al conocimiento público de la verdad, sino a la idea misma de verdad.

¿Qué se nos ofrece para combatir la posverdad? Por desgracia, no mucho. A pesar de un último capítulo titulado «Vivir en un mundo sin verdad», Manjoo no ofrece muchos consejos prácticos más allá de decir que deberíamos «escoger sabiamente» lo que vamos a creer. Quizás es mucho pedir a alguien que vio las cosas tan por adelantado que también nos diera las herramientas para combatir lo que estaba por venir (pues, si hubiéramos escuchado, quizás no hubiese ocurrido). Aquí intentaré llevar las cosas un poco más allá. Ya no necesitamos ver lo que se nos viene encima: estamos viviendo en ello. Puede que ahora entendamos un poco mejor por qué la posverdad llegó a desarrollarse, pero ¿cómo puede eso ayudarnos a lidiar con ella? Como reza el subtítulo de Manjoo: ¿podemos aprender a vivir en una sociedad posfáctica?

Yo, por lo menos, no quiero. La cuestión para mí no está en aprender a adaptarnos a vivir en un mundo en el que los hechos no importen, sino en luchar a favor de la verdad y aprender cómo contratacar. De hecho, aquí está el primer consejo práctico que deberíamos aceptar, y que John Kerry aprendió brutalmente durante la campaña «Veteranos de guerra por la verdad», cuando unos pocos veteranos de derechas estuvieron inventando historias para socavar el brillante historial de guerra de Kerry. Solo uno de ellos, George Elliot, había servido realmente con Kerry en Vietnam, y públicamente desdijo la supuesta historia de la cobardía de Kerry durante la guerra, poco después de que el primer anuncio de los veteranos empezara a aparecer en la televisión. Pero entonces ya era demasiado tarde. El dinero ya fluía desde las arcas de ciertos millonarios tejanos y otras personas que simpatizaban con la causa. La retractación de Elliot fue desestimada debido a una noticia falsa, según la cual el reportero del *Boston Globe* que había dado a conocer la historia era también el encargado de redactar el prólogo del libro de la campaña de Kerry y Edwards. Era mentira, pero no importó. Las tribus ya habían escogido sus bandos. Entonces Kerry cometió un error fatal, pues se negó a «dignificar» las afirmaciones de los veteranos de guerra, demoró su respuesta y fue vapuleado durante dos semanas en la televisión nacional. Perdió las elecciones debido a unos pocos miles de votos en Ohio. Kerry no tenía ni idea de que estábamos entrando en la era de la posverdad²⁴⁶.

En la era de la posverdad,
debemos desafiar todo intento
de oscurecer cualquier cuestión
fáctica y combatir las falsedades
antes de que se infecten.

La lección que podemos aprender aquí es que hay que luchar siempre contra las mentiras. No debemos nunca dar por supuesto que ninguna afirmación es «demasiado ultrajante como para ser creída». Una mentira se cuenta porque la persona que la cuenta piensa que existe la opción de que alguien la crea. Podríamos esperar que el receptor tenga suficiente sentido común como para no creerla, pero en una época en la que la manipulación partidista y la fragmentación de nuestras fuentes de información, afinadas para desempeñar un papel en nuestro razonamiento motivado, adquiere tales dimensiones, ya no tenemos la capacidad de hacer tal suposición. El objetivo de desafiar una mentira no es convencer al mentiroso, que probablemente haya ido ya muy lejos en su oscuro propósito como para rehabilitarse. Sin embargo, y ya que toda mentira tiene una audiencia, puede que todavía haya tiempo para hacer algún bien a los otros. Si no hiciéramos nada frente al mentiroso, ¿aquellos que no pasaron aún de la ignorancia a la «ignorancia voluntaria» no se deslizarían por la madriguera del conejo hacia el completo negacionismo, donde ya ni siquiera atenderán a los hechos o a la razón? Sin una «contranarrativa» por nuestra parte, ¿tendrán alguna razón para dudar de lo que está diciendo el mentiroso? Al menos es importante *atestiguar* que se ha dicho una mentira y llamarla por su nombre. En la era de la posverdad, debemos desafiar todo intento de oscurecer cualquier cuestión fáctica y combatir las falsedades antes de que se infecten.

A pesar de que las voces del otro bando puedan ser fuertes, es importante tener presentes los hechos. Esto quiere decir que incluso en una era de partidismo pomposo y vacío y de un ruidoso «escepticismo», los hechos sobre la realidad solo se pueden negar durante un tiempo. Los medios de comunicación dejaron de contar «las dos partes de la historia» sobre las vacunas y el autismo una vez que se produjo en 2015 un brote de sarampión en catorce estados. De repente, las consecuencias del fraude de Wakefield resultaron ser más contundentes que cualquier artículo. Casi podía verse la ansiedad que embargaba a los presentadores de televisión debido a su complicidad anterior. De la noche a la mañana, ya no había debates televisivos a pantalla partida entre expertos y escépticos. La falsa equivalencia ya no parecía tan buena idea cuando la gente empezó a resultar dañada.

¿Puede ocurrir lo mismo con otras cuestiones, tales como el cambio climático? Hasta cierto punto ya ha ocurrido. Como en julio de 2014, momento en que la BBC decidió dejar de conceder el mismo tiempo de discusión en directo a sus detractores²⁴⁷. El *Huffington Post* tomó la misma decisión en abril de 2012, cuando su fundadora, Arianna Huffington, dijo:

En todas nuestras historias, especialmente en cuestiones controvertidas, nos esforzamos por considerar los argumentos más fuertes que podemos encontrar en todas las partes, buscando facilitar tanto matices como claridad. Nuestra meta no es contentar a aquellos que informamos, o presentar historias que tengan apariencia de equilibrio, sino buscar la verdad. [...] Si el equilibrio de la evidencia en una cuestión controvertida se inclina enormemente hacia un lado, lo reconocemos en nuestros informes. Nos esforzamos por garantizar a nuestra audiencia la confianza de que todas las partes han sido tenidas en cuenta y representadas con justicia²⁴⁸.

¿Pero qué bien puede hacer esto? Si realmente estamos viviendo en una era de posverdad, no está claro si tendrá algún efecto un cambio de política en los medios de comunicación. Si nuestras creencias sobre algo como el cambio climático ya están determinadas por nuestros sesgos cognitivos y nuestras ideologías políticas, ¿cómo salir de nuestra propia perspectiva? En primer lugar, ¿por qué no limitarse a cambiar de canal? Incluso si oímos la verdad, ¿no la rechazaremos?

En realidad, no. No siempre. A pesar de que las fuerzas del razonamiento motivado, del sesgo de confirmación y algunas otras influencias de las que ya hemos hablado en este libro son poderosas, recuérdese que la evidencia empírica sugiere que la repetición de hechos verdaderos tiene un efecto a la larga. Acordémonos aquí de la investigación de David Redlawsk *et al.*, que discutimos brevemente en el capítulo tercero²⁴⁹. En el subtítulo de su artículo, se hacen la pregunta oportuna: «¿Alguna vez se salen con la suya los razonadores motivados?». Reconocen el trabajo de Nyhan, Reifler, y otros, que han mostrado que aquellos que son presas del sesgo partidista están fuertemente motivados para rechazar una evidencia disonante con sus creencias, a veces incluso experimentando un «efecto contraproducente», pero ¿hay algún límite en este sentido? En su artículo, Redlawsk *et al.* observaron que:

Parece improbable que los votantes hagan esto *ad infinitum*, pues indicaría que el razonamiento motivado continúa incluso cuando uno tiene enfrente amplia información refutadora. En este estudio nos planteamos si los procesos del razonamiento motivado pueden superarse simplemente mediante la confrontación continua de información incongruente con sus expectativas. Si es así, los votantes deberían llegar a un punto de inflexión a partir del cual comenzarían a actualizar sus evaluaciones de forma más precisa²⁵⁰.

Y esto es exactamente lo que descubrieron. Redlawsk y sus colegas descubrieron evidencia experimental de que «realmente existe un punto de inflexión emocional», que sugiere que «los votantes no son inmunes, después de todo, a la refutación que proporciona la información, incluso cuando inicialmente actúan como razonadores motivados»²⁵¹. James Kuklinski y sus colegas descubrieron en otro estudio que, a pesar de que las creencias desinformadas pueden ser bastante persistentes, es posible cambiar las opiniones partidistas cuando uno «se da de bruces» una y otra vez con información fácticamente correcta²⁵². Puede que no sea fácil convencer a la gente de la existencia de hechos que no les conviene conocer, pero en principio es posible.

Tiene sentido, ¿no? Todos hemos oído hablar de gente que recibió el «Premio Darwin»²⁵³ por negar hasta la muerte la realidad. No encaja con la evolución que pudiéramos resistirnos a la verdad para siempre. Con el tiempo, cuando el asunto nos importa, somos capaces de resolver nuestras disonancias cognitivas rechazando nuestras creencias ideológicas antes que los hechos. Ciertamente, hay bastante evidencia de que esto puede ocurrir no solo en el laboratorio, sino también en el mundo real.

La ciudad de Coral Gables, en Florida, se sitúa a 3 metros sobre el nivel del mar. Los científicos predicen que dentro de unas pocas décadas estará bajo el agua. Poco después de que el nuevo alcalde, James Cason (republicano), fuera elegido, este escuchó una conferencia sobre el cambio climático y su efecto en Florida del Sur. Y se quedó pasmado. «Sabes, leí algún artículo aquí y allá, pero no me había dado cuenta del impacto que esto tendría en la ciudad de la que ahora soy líder»²⁵⁴. Desde entonces, Cason ha intentado dar la voz de alerta, pero no ha tenido mucha suerte: «Algunos dicen, “no lo creo”. Algunos dicen, “bueno, dime lo que puedo hacer al respecto, y me interesaré”. Otros dicen, “tengo otras cosas de las que preocuparme ahora mismo, dejaré eso para más tarde”. Y otros dicen, “dejaré que mis nietos lo resuelvan”»²⁵⁵.

Cason está comenzando a explorar la cuestión de la responsabilidad legal. Y continúa dando la voz de alarma, esperando que sus compañeros republicanos a nivel nacional empiecen a tomarse en serio el calentamiento global antes de que sea demasiado tarde. La víspera de uno de los debates republicanos de 2016, Cason publicó un artículo de opinión en el *Miami Herald* junto con su colega republicano el alcalde de Miami Tomás Regalado. Escribieron:

Como republicanos incondicionales, compartimos el recelo a la extralimitación del Gobierno y a

las regulaciones poco razonables. Pero para nosotros y para gran parte de los funcionarios de Florida del Sur, el cambio climático no es un tema de conversación partidista. Es una crisis inminente con la que debemos lidiar: y pronto²⁵⁶.

Si no existiera todavía la palabra «*Schadenfreude*»²⁵⁷, en este momento los progresistas tendrían que inventarla, si no fuera por el hecho de que estamos todos en el mismo barco (o pronto lo estaremos) y no podemos permitirnos esos sentimientos farisaicos. Incluso si uno está dispuesto a negar los hechos, estos tienen una forma de hacerse valer por sí mismos. Cuando las aguas aneguen las casas de 5 millones de dólares o afecten a los negocios, la gente finalmente escuchará. Pero ¿esto significa que mientras tanto tenemos que esperar? No. Se puede apoyar el pensamiento crítico y la investigación periodística. Se puede denunciar a los mentirosos. Incluso antes de que suba el nivel del agua, deberíamos intentar encontrar algún modo de que la gente «se dé de bruces» con los hechos.

Esta estrategia, sin embargo, debería implementarse cuidadosamente. La investigación psicológica también ha demostrado que cuando la gente se siente insegura y amenazada es menos probable que escuche. En un estudio reciente de Brendan Nyhan y Jason Reifler, se les dio a los sujetos un ejercicio de autoafirmación, y a continuación se les expuso a nueva información. Se partió de la hipótesis de que la gente que se sentía mejor consigo misma podría estar más dispuesta a aceptar información que corrigiera sus percepciones erróneas. Los investigadores encontraron una correlación débil, de escasa consistencia: funcionaba en algunos temas, pero no en otros. Otro descubrimiento del mismo estudio era más robusto: la información dada en forma de gráfico era más convincente que la narrativa²⁵⁸. Entonces, ¿qué conclusiones debemos sacar? ¿Que probablemente sea útil no gritarle a una persona mal informada a la que estás intentando convencer, y que la mejor opción es darle un gráfico sin hacer demasiado ruido?

Ya seamos liberales o conservadores, todos estamos inclinados hacia algún tipo de sesgo cognitivo que nos puede llevar hasta la posverdad. No deberíamos suponer que la posverdad se encuentra solo en los demás, o que es el resultado de los problemas de los otros.

Es difícil intentar despolitizar las cuestiones fácticas, especialmente cuando creemos que la «otra parte» está haciendo el ridículo o está siendo terca. Probablemente sea útil darnos cuenta de que existen las mismas tendencias también entre nosotros. Y aquí hay una lección que aprender: una de las formas más importantes de combatir la posverdad es combatirla dentro de nosotros mismos. Ya seamos liberales o conservadores, todos estamos inclinados hacia algún tipo de sesgo cognitivo que nos puede llevar hasta la posverdad. No deberíamos suponer que la posverdad se encuentra solo en los demás, o que es el resultado de los problemas de los otros. Es fácil identificar una verdad que otras personas no quieren ver. Pero ¿cuántos de nosotros estamos preparados para hacer esto con nuestras propias creencias? ¿Dudar de algo que *queremos creer*, a pesar de que una pequeña parte de nosotros susurre que no tenemos todos los hechos?

Una de las barreras del pensamiento crítico es que nos bañamos en una corriente constante de sesgo de confirmación. Si uno obtiene su información de un solo medio (o encuentra que responde emocionalmente a lo que está escuchando en un canal en particular) probablemente sea el momento de diversificar la fuente de noticias. ¿Nos acordamos de la gente del experimento del «2, 4, 6» que no intentó nunca refutar lo que pensaba que ya «sabía»? No debemos hacer eso, lo cual tampoco quiere decir que debemos empezar a consumir noticias falsas, ni que tengamos justificación para extraer cualquier tipo de falsa equivalencia entre la Fox y la CNN; pero sí quiere decir que debemos aprender cómo examinar adecuadamente las fuentes de noticias y preguntarnos por qué «sabemos» que algo que estamos oyendo es un bulo. ¿Es porque nos saca de quicio (como a aquellos chicos de quinto de primaria de la clase del señor Bedley) o porque tenemos criterio? Especialmente si estamos escuchando cosas que queremos creer, debemos aprender a ser más escépticos. Ciertamente, esta es una lección que nos ha enseñado la ciencia.

¿Ciencia liberal o ciencia conservadora? No existen tales cosas. Cuando nos hacemos una pregunta empírica, lo que más debería contar es la evidencia. Como dijo el senador Daniel Patrik Moynihan hace mucho (sobre otro tema): «uno está autorizado a tener su propia opinión, pero no sus propios hechos». La

fuerza de la ciencia radica en que adopta una actitud de revisión constante de las propias creencias de cada uno contrastándolas con la evidencia empírica, y en que, en consecuencia, cambia esas creencias a medida que uno se hace cargo de cuáles son los hechos. ¿Podemos prometer que vamos a usar, aunque sea un poco, esta actitud para tomar en consideración otras cuestiones fácticas? Si no, me temo que nos encontramos ante un peligro incluso mayor que el de la posverdad.

¿ESTAMOS ENTRANDO EN LA ERA DE LA PRE-VERDAD?

En un artículo reciente del *Washington Post*, Ruth Marcus se mostró más preocupada que de costumbre por cierta entrevista a Trump aparecida en la revista *Time*²⁵⁹. En dicha entrevista, Trump dijo todo tipo de cosas que vuelven locos a los encargados de verificar los hechos²⁶⁰. Obtuvo una cascada de «Pinochos» del *Washington Post* y reprimendas del *New York Times* y otras fuentes de noticias por sus inexactitudes (o mentiras)²⁶¹. Pero Marcus estaba preocupada por algo que iba más allá de la mendacidad de Trump.

En su entrevista, dijo: «soy una persona muy intuitiva, pero mi instinto resulta ser correcto». Con esta frase Trump parecía referirse a que, incluso si algunas de las cosas que había dicho podían no haber estado avaladas por la evidencia, aun así seguirían siendo verdaderas. Con esto no pareció decir que la evidencia existiera y que él fuera la única persona que la había visto; al contrario, parecía sentir que su creencia en algo lo *convertía* de alguna manera en verdadero. Más que una afición por la predicción precisa, Trump hablaba como si tuviera el poder de cambiar la realidad. Como Marcus lo expresó: «si una aserción no es verdadera, no te preocupes. El presidente Trump encontrará la forma de que lo sea, o al menos eso dirá»²⁶².

Por ejemplo, en un mitin, el 11 de febrero de 2017, Trump hizo una vaga referencia a «lo que pasó anoche en Suecia». La gente de Suecia estaba perpleja. Hasta donde sabían, no había pasado nada la noche anterior. Resultó que Trump se estaba refiriendo a una historia que vio en *Fox News* sobre los inmigrantes en Suecia: no había «ocurrido» nada. Entonces, dos días más tarde (quizás como resultado de la amplificación de la cuestión debido a lo que dijo Trump) se produjeron disturbios en un barrio de inmigrantes de Estocolmo. En su entrevista

en el *Time*, Trump se atribuyó haber estado en lo cierto: «Suecia. Lo afirmé, todo el mundo se volvió loco. Al día siguiente hubo unos disturbios enormes, y muerte, y problemas. [...] Y un día después tuvieron una revuelta horrible, horrible en Suecia, y visteis lo que ha pasado»²⁶³.

¿Significa esto que Trump tenía «razón»? Por supuesto que no. La revuelta no había sido «la noche anterior», no fue «enorme», y no había habido muertes. Pero en la mente de Trump lo sucedido le daba la razón.

Consideremos otro ejemplo: a primera hora de la mañana del 4 de marzo de 2017, Trump tuiteó que el presidente Obama había «pinchado el teléfono» de la *Trump Tower* durante la campaña presidencial (de nuevo, Trump estaba reaccionando probablemente ante una historia de *Fox News* y no podía presentar ninguna evidencia). Las investigaciones hechas por el FBI, NSA, FISA y otras fuentes creíbles no encontraron ninguna evidencia de que hubiera ocurrido tal cosa. Entonces, el 24 de marzo, el republicano Devin Nunes (presidente republicano del Comité de inteligencia de la Cámara de Representantes) dio una conferencia de prensa en la que dijo que había informado al presidente de algunos hechos muy preocupantes de los que había tenido noticia por una fuente confidencial, que tenían algo que ver con la vigilancia de Trump. Resultó que aquellos «hechos» se le habían facilitado a Nunes la noche antes y provenían de dos asistentes de Trump. Como el Congreso y los medios de comunicación insistieron en el asunto, finalmente descubrieron que algunos asistentes de Trump habían sido vigilados accidentalmente en una operación de recogida de información sobre funcionarios rusos. (Todavía no se había demostrado que los asistentes de Trump habían estado hablando con los funcionarios rusos.) Pero Trump se tomó esto como una prueba de su afirmación anterior. Dijo: «eso significa entonces que tengo razón», y que sentía que «se le había hecho justicia». A pesar de que no había forma de que hubiera podido saber esto cuando lo dijo (y es aún una pregunta abierta si este tipo de recogida accidental de conversaciones telefónicas que involucran a sus asistentes cuentan como que le habían «pinchado sus teléfonos», y muchos menos por orden del presidente Obama), Trump se atribuyó el mérito.

¿Qué está pasando aquí?

De acuerdo con Marcus, «no es solo que Trump se niegue a aceptar la realidad, es que la modifica a su voluntad». En otro análisis de la entrevista de Trump en *Time* aparecida en *The Guardian*, la conclusión es un poco más

amplia:

En la jerga de Trump, la verdad no es fáctica. [...] Las oraciones verdaderas no ofrecen necesariamente una explicación precisa de lo que sucede en el mundo. Ofrecen una aproximación o exageración de algo que puede haber ocurrido en teoría. Que hubiera habido o no un ataque terrorista en Suecia la noche que dijo el presidente es irrelevante. No deberíamos preocuparnos porque la revuelta no fuera enorme o porque no hubiera muertes. ‘Casi’ y ‘quizás’ bastan.

En la jerga de Trump, la creencia es la señal de la verdad. Si sus partidarios le creen, entonces lo que Trump dice debe ser verdad. Y al revés, si sus detractores no le creen, también es evidencia de que lo que dice es verdad.

Finalmente, la jerga de Trump es transaccional. No le otorga ningún valor independiente a la verdad. El valor del discurso se mide exclusivamente en términos de sus efectos. Si una aserción me acerca a mi propósito, entonces es valiosa; si no lo hace, carece de valor. Las aserciones valiosas, pues, son verdaderas en virtud del hecho de que hacen avanzar mis intereses. Las declaraciones que no lo consiguen no tienen valor y son, por tanto, falsas²⁶⁴.

Uno se pregunta si esto es posverdad u otra cosa. ¿Es meramente un caso en donde «los hechos objetivos tienen menos influencia en dar forma [a creencias] que la apelación a las emociones?». ¿O es algo más parecido al engaño? Cuando Marcus habla de «preverdad», parece querer implicar una situación en la que Trump no solo cree que es capaz de ver las cosas antes de que pasen; también que su creencia puede *hacer* que ocurran. Esto no se basa en ninguna evidencia que pueda compartir con otros, sino en el sentimiento de que puede intuir o incluso controlar el futuro (o el pasado). Los psicólogos denominan a este fenómeno «pensamiento mágico».

¿Es algo de lo que preocuparse, o es esperable al fin y al cabo de una persona que valora sus méritos en tanto que le halaga una creencia, suceso o información? Como Trump ha twitteado repetidas veces, «cualquier encuesta negativa es una noticia falsa». Así de simple. Pero la gente se preocupa sobre esto porque sugiere o un premeditado esfuerzo con vistas a manipular a la gente para que rechace la realidad o una ruptura con la realidad misma.

No me congratula pensar que puedo prever el futuro. Pero cuando llegamos a estar desvinculados de la verdad nos desvinculamos de la realidad. Al igual que el agua continuará subiendo sobre el nivel de las casas de Coral Gables, Florida (tanto si lo creen sus habitantes como si no), también las consecuencias de la posverdad se deslizarán sobre todos nosotros a menos que estemos preparados para combatirlas. Puede que seamos capaces de embaucar a otros (o a nosotros mismos) durante un tiempo y salirnos con la nuestra, pero pagaremos un precio a la larga si pensamos que podemos crear nuestra propia realidad.

El 28 de enero de 1986, el transbordador espacial Challenger se desintegró

segundos después de su lanzamiento desde Cabo Cañaveral, en Florida, matando a toda su tripulación. La tecnología que se había usado para construir el transbordador había sido rigurosa y no era su primera misión. Tras el desastre, el presidente Reagan designó una comisión especial de eminentes científicos y astronautas para descubrir qué había salido mal. Aunque la ingeniería estaba bien, a raíz de la investigación se supo que había habido dudas previas sobre la capacidad de la goma de las juntas tóricas del transbordador para aguantar bajas temperaturas, lo que podría haber causado que se combaran. No se recomendaba hacer despegar el transbordador a temperaturas bajo cero. El 28 de enero fue un día inusualmente frío en Florida. ¿Por qué se programó el despegue entonces? Fue una decisión administrativa, tomada a pesar de las objeciones de algunos ingenieros de la NASA.

Cómo reaccionar ante un mundo en el que alguien trata de taparnos los ojos es algo que depende de nuestra decisión. La verdad aún importa, como siempre lo ha hecho. Reparar a tiempo en ello está en nuestras manos.

El problema de las juntas tóricas fue ilustrado dramáticamente por el ganador del premio Nobel de física Richard Feynman, uno de los miembros de la comisión, que sumergió una de las juntas tóricas en una jarra de agua helada que estaba en la mesa de una de las audiencias públicas. Los hechos eran los hechos. Ninguna confusión, mentira o bulo pudo contradecirlos. Después de que se estrellara el transbordador, a nadie le importó mucho el instinto o la intuición de los funcionarios de la NASA que pensaron que podían controlar la realidad. Poco después, Feynman hizo una declaración en la que incluyó la siguiente frase: «para que una tecnología tenga éxito, la realidad debe tener prioridad sobre las relaciones institucionales, pues no se puede engañar a la naturaleza».

Tanto si lo llamamos posverdad como preverdad, es peligroso ignorar la realidad. Y de esto es de lo que estamos hablando aquí. El peligro de la posverdad no está en que permitamos a nuestras opiniones o sentimientos desempeñar un papel a la hora de conformar lo que pensamos que son los hechos y la verdad, sino en que haciendo eso asumimos el riesgo de alienarnos con respecto a la realidad misma.

Pero hay otro camino posible.

No somos más posverdad que preverdad, a menos que nos permitamos serlo. La posverdad no tiene que ver con la realidad: tiene que ver con cómo los humanos *reaccionamos* ante la realidad. Una vez somos conscientes de nuestros sesgos cognitivos, estamos en una mejor posición para derribarlos. Si queremos mejores medios de comunicación, tenemos que apoyarlos. Si alguien nos miente, podemos escoger si creerle o no, y desafiar a continuación cualquier falsedad. Cómo reaccionar ante un mundo en el que alguien trata de taparnos los ojos es algo que depende de nuestra decisión. La verdad aún importa, como siempre lo ha hecho. Reparar a tiempo en ello está en nuestras manos.

²⁴³ Nancy Gibbs, «When a President Can't Be Taken at His Word», *Time*, 3 de abril de 2017, <<http://time.com/4710615/donald-trump-truth-falsehoods/>>.

²⁴⁴ *Ibíd.*

²⁴⁵ Farhad Manjoo, *True Enough: Learning to Live in a Post-Fact Society* (Hoboken, NJ, Wiley, 2008).

[246](#) Manjoo, *True Enough*, págs. 56-58.

[247](#) Lindsay Abrams, «BBC Staff Ordered to Stop Giving Equal Airtime to Climate Deniers», *Salon*, 6 de julio de 2014, <http://www.salon.com/2014/07/06/bbc_staff_ordered_to_stop_giving_equal_air_time_to_climate_deniers/>

[248](#) Justin Ellis, «Why the Huffington Post Doesn't Equivocate on Issues like Global Warming», *NiemanLab*, 16 de abril de 2012, <<http://www.niemanlab.org/2012/04/why-the-huffington-post-doesnt-equivocate-on-issues-like-global-warming/>>.

[249](#) David Redlawsk *et al.*, «The Affective Tipping Point: Do Motivated Reasoners Ever 'Get It'?» <<http://rci.rutgers.edu/~redlawsk/papers/A%20Tipping%20Point%20Final%20Version.pdf>>.

[250](#) *Ibíd.*

[251](#) *Ibíd.*

[252](#) James Kuklinski *et al.*, «Misinformation and the Currency of Democratic Citizenship», *Journal of Politics* 62, núm. 3 (agosto de 2000), págs. 790-816, <<https://www.unc.edu/~fbaum/teaching/articles/JOP-2000-Kuklinski.pdf>>.

[253](#) Los «Premios Darwin» son un reconocimiento de carácter irónico que empezó a concederse en los Estados Unidos en 1985, y que tiene como fundamento el que la dotación genética de la humanidad experimenta una mejora siempre que, en virtud de errores o descuidos espectacularmente idiotas, determinados individuos mueren o quedan incapacitados para tener descendencia. Se conceden, con escasas excepciones, póstumamente. Algunos ejemplos: chocar contra una ventana y caer desde un sexto piso intentando demostrar que el cristal era irrompible; hacer malabarismos con granadas de mano; saltar de un avión para filmar paracaidistas y olvidarse de ponerse el paracaídas... Más ejemplos pueden encontrarse en la página oficial de los premios: <<http://www.darwinawards.com/>>. [N. del T.]

[254](#) Christopher Joyce, «Rising Sea Levels Made This Republican Mayor a Climate Change Believer», *NPR.org*, 17 de mayo de 2016, <<http://www.npr.org/2016/05/17/477014145/rising-seas-made-this-republican-mayor-a-climate-change-believer>>.

[255](#) *Ibíd.*

[256](#) Erika Bolstad, «Florida Republicans Demand Climate Change Solutions», *Scientific American*, 15 de marzo de 2016, <[https://www.scientificamerican.com/article/](https://www.scientificamerican.com/article/florida-republicans-demand-climate-change-solutions/)

[257](#) Del alemán; alegría por el sufrimiento del otro. [N. del T.]

[258](#) Brendan Nyhan y Jason Reifler, «The Roles of Information Deficits and Identity Threat in the Prevalence of Misperceptions», 24 de febrero de 2017, <<https://www.dartmouth.edu/~nyhan/opening-political-mind.pdf>>.

[259](#) Ruth Marcus, «Forget the Post-Truth Presidency: Welcome to the PreTruth Presidency», *Washington Post*, 23 de marzo de 2017, <https://www.washingtonpost.com/opinions/welcome-to-the-pre-truth-presidency/2017/03/23/b35856ca-1007-11e7-9b0dd27c98455440_story.html?utm_term=.86208421e389>.

[260](http://time.com/4710456/donald-trump-time-interview-truth-falsehood/) <<http://time.com/4710456/donald-trump-time-interview-truth-falsehood/>>.

[261](#) Glenn Kessler y Michelle Ye Hee Lee, «President Trump's Cascade of False Claims in Time's Interview on His Falsehoods», *Washington Post*, 23 de marzo de 2017, <https://www.washingtonpost.com/news/fact-checker/wp/2017/03/23/president-trumps-cascade-of-false-claims-in-times-interview-on-his-falsehoods/?utm_term=.1df47d64641a>; Michael Shear, «What Trump's Time Interview Shows about His Thinking», *New York Times*, 23 de marzo de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/03/23/us/politics/what-trumps-time-interview-shows-about-his-thinking.html?_r=0>; Lauren Carroll y Louis Jacobson, «Fact-Checking Trump's TIME Interview on Truths and Falsehoods», *PolitiFact*, 23 de marzo de 2017, <<http://www.politifact.com/truth-o-meter/article/2017/mar/23/fact-checking-trumps-time-interview-truths-and-fal/>>.

[262](#) Marcus, «Forget the Post-Truth Presidency».

[263](#) <<http://time.com/4710456/donald-trump-time-interview-truth-falsehood/>>.

[264](#) Lawrence Douglas, «Donald Trump's Dizzying Time Magazine Interview Was "Trumpspeak" on Display», *Guardian*, 24 de marzo de 2017, <<https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/mar/24/donald-trumps-dizzying-time-magazine-interview-trumpspeak>>.

Glosario

Disonancia cognitiva: Estado psicológico en el que creemos simultáneamente en dos cosas que están en conflicto entre sí, lo que crea tensión psíquica.

Efecto contraproducente: Fenómeno psicológico por el cual la presentación de información verdadera que entra en conflicto con las creencias erróneas de alguien hace que esta persona crea en dichas ideas con más fuerza aún.

Efecto Dunning-Kruger: Fenómeno psicológico por el cual nuestra falta de capacidad para hacer algo causa que sobreestimemos enormemente nuestras destrezas reales.

Falsa equivalencia: Sugerir que dos puntos de vista tienen igual valor, cuando es obvio que uno de ellos está más cerca de la verdad que el otro. A menudo es usada para evitar acusaciones de sesgo partidista.

Hechos alternativos: Información dada para desafiar la narración basada en hechos que son hostiles a las creencias que uno prefiere.

Noticias falsas: Desinformaciones creadas deliberadamente para que parezcan noticias reales con la intención de ejercer un efecto político.

Posmodernismo: Cualquier conjunto de creencias asociado con un movimiento en el arte, la arquitectura, la música y la literatura que tienda a descartar la idea de la verdad objetiva y de la existencia de un marco de evaluación política neutral.

Posverdad: Subordinación de la verdad a intereses políticos.

Prensa de prestigio: Los periódicos «dominantes» en Estados Unidos, entre los que normalmente se incluyen el *New York Times*, el *Wall Street Journal*, el *Washington Post* y *Los Angeles Times*.

Razonamiento motivado: Tendencia a buscar información que apoye lo que queremos creer.

Sesgo de confirmación: Tendencia a dar más peso a la información que confirma nuestras creencias preexistentes.

Silo informativo: Tendencia a buscar información de fuentes que refuerzan nuestras creencias y a bloquear las que no lo hacen.

Bibliografía

- ABRAMS, Lindsay. «BBC Staff Ordered to Stop Giving Equal Airtime to Climate Deniers», *Salon*, 6 de julio de 2014. <http://www.salon.com/2014/07/06/bbc_staff_ordered_to_stop_giving_equal>
- ARENDT, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1951. [Versión castellana: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974.]
- ASCH, Solomon, «Opinions and Social Pressure», *Scientific American*, 193, noviembre de 1955, 31-35.
- BECK, Julie, «This Article Won't Change Your Mind», *Atlantic*, 13 de marzo de 2017.
- BEDLEY, Scott, «I Taught My 5th-Graders How to Spot Fake News: Now They Won't Stop Fact-Checking Me», *Vox*, 29 de mayo de 2017. <<https://www.vox.com/firstperson/2017/3/29/15042692/fake-news-education-election>>.
- BENSON, Ophelia y STANGROOM, Jeremy, *Why Truth Matters*, Londres, Continuum, 2006.
- BERUBE, Michael, «The Science Wars Redux», *Democracy Journal*, invierno de 2011, 64-74.
- BLACKBURN, Simon, *Truth: A Guide*, Oxford, Oxford University Press, 2007. [Versión castellana: *Guía de perplejos*, Barcelona, Crítica, 2006.]
- BOGHOSSIAN, Paul, *Fear of Knowledge*, Oxford, Oxford University Press, 2006. [*El miedo al conocimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 2009].
- BOLSTAD, Erika, «Florida Republicans Demand Climate Change Solutions», *Scientific American*, 15 de marzo de 2016. <<https://www.scientificamerican.com/article/florida-republicans-demand-climate-change-solutions/>>.
- BOYKOFF, Maxwell y BOYKOFF, Jules, «Balance as Bias: Global Warming and the US Prestige Press», *Global Environmental Change*, 14, 2004, 125-136.
- BRAMAN, Donald *et al.*, «The Polarizing Impact of Science Literacy and Numeracy on Perceived Climate Change Risks», *Nature Climate Change*, 2, 2012, 732-735.

- BRIDGES, Tristan, «There's an Intriguing Reason So Many Americans Are Ignoring Facts Lately», *Business Insider*, 27 de febrero de 2017.
- CADWALLADR, Carole, «Daniel Dennett: "I Begrudge Every Hour I have to Spend Worrying about Politics"». *Guardian*, 12 de febrero de 2017. <<https://www.theguardian.com/science/2017/feb/12/daniel-dennett-politics-bacteria-bach-back-dawkins-trump-interview>>.
- CALCUTT, Andrew, «The Truth about Post-Truth Politics», *Newsweek*, 21 de noviembre de 2016.
- COLL, Steve, *Private Empire: ExxonMobil and American Power*, Nueva York, Penguin, 2012.
- COLLIN, Finn, *Science Studies as Naturalized Philosophy*, Synthese Library Book Series, vol. 348, Nueva York, Springer, 2011.
- CUNNINGHAM, Brent, «Rethinking Objectivity», *Columbia Journalism Review*, 42, núm. 2, julio-agosto de 2003, 24-32. <http://archives.cjr.org/united_states_project/rethinking_objectivity_a_wisco>.
- DESTENO, David y VALDESOLO, Piercarlo, «Manipulations of Emotional Context Shape Moral Judgment», *Psychological Science*, 17, núm. 6, 2006, 476-477.
- DOUGLAS, Lawrence, «Donald Trump's Dizzying Time Magazine Interview Was "Trumpspeak" on Display», *Guardian*, 24 de marzo de 2017. <<https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/mar/24/donald-trumps-dizzying-time-magazine-interview-trumpspeak>>.
- EDKINS, Brett, «Donald Trump's Election Delivers Massive Ratings for Cable News», *Forbes*, 1 de diciembre de 2016.
- EILPERIN, Juliet, «Climate Skeptics Seek to Roll Back State Laws on Renewable Energy», *Washington Post*, 25 de noviembre de 2012.
- ELLIS, Justin, «Why the Huffington Post Doesn't Equivocate on Issues like Global Warming», *NiemanLab*, 16 de abril de 2012. <<http://www.niemanlab.org/2012/04/why-the-huffington-post-doesnt-equivocate-on-issues-like-global-warming/>>.
- FARHL, Paul, «One Billion Dollars Profit? Yes, the Campaign Has Been a Gusher for CNN», *Washington Post*, 27 de octubre de 2016.
- FESSLER, Daniel *et al.*, «Political Orientation Predicts Credulity Regarding Putative Hazards», *Psychological Science*, 28, núm. 5, 2017, 651-660.
- FLEESON, Lucinda, «Bureau of Missing Bureaus», *American Journalism Review* (octubre-noviembre de 2003). <<http://ajrarchive.org/article.asp?id=3409>>.
- FRANKFURT, Harry, *On Bullshit*, Princeton, Princeton University Press, 2005. [Versión castellana: *On bullshit: sobre la manipulación de la verdad*,

- Barcelona, Paidós Contextos, 2006].
- *On Truth*, Nueva York, Knopf, 2006. [*Sobre la verdad*, Barcelona, Paidós, 2017].
- GABLER, Neal, «Donald Trump Triggers a Media Civil War», *billmoyers.com* (blog), 25 de marzo de 2016. <<http://billmoyers.com/story/donald-trump-triggers-a-media-civil-war/>>.
- GANDOUR, Ricardo, «Study: Decline of Traditional Media Feeds Polarization», *Columbia Journalism Review*, 19 de septiembre de 2016. <https://www.cjr.org/analysis/media_polarization_journalism.php>.
- GIBBS, Nancy, «When a President Can't Be Taken at His Word», *Time*, 3 de abril de 2017.
- GIERE, Ronald, *Understanding Scientific Reasoning*, Nueva York, Harcourt, 1991.
- GOTTFRIED, Jeffrey y SHEARER, Elisa, «News Use Across Social Media Platforms 2016», *Pew Research Center*, 26 de mayo de 2016.
- GRAVES, Lucas, *Deciding What's True: The Rise of Political Fact-Checking in American Journalism*, Nueva York, Columbia University Press, 2016.
- GROSS, Paul y LEVITT, Norman, *Higher Superstition: The Academic Left and Its Quarrels with Science*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1994.
- GROSS, P., LEVITT, N. y LEWIS, M. W. (eds.), *The Flight from Science and Reason*, Nueva York, New York Academy of Sciences, 1996.
- GUNTHER, Marc, «The Transformation of Network News», *Nieman Reports*, 15 de junio de 1999. <<http://niemanreports.org/articles/the-transformation-of-network-news/>>.
- HALBERSTAM, David, *The Powers That Be*, Urbana, University of Illinois Press, 2000.
- HANSEN, James, «The Threat to the Planet», *New York Review of Books*, 13 de julio de 2006. <http://www.nybooks.com/articles/2006/07/13/the-threat-to-the-planet/>.
- *Storms of My Grandchildren*, Nueva York, Bloomsbury, 2009.
- HEALY, Melissa, «Why Conservatives Are More Likely Than Liberals to Believe False Information about Threats», *Los Angeles Times*, 2 de febrero de 2017.
- HIGGINS, Andrew, MCINTIRE, Mike y DANCE, Gabriel J. X., «Inside a Fake News Sausage Factory: 'This Is All about Income'», *New York Times*, 25 de noviembre de 2016.
- HOGGAN, James y LITTLEMORE, Richard, *Climate Cover-Up: The Crusade to Deny Global Warming*, Vancouver, Greystone, 2009.

- JONES, Andrew, «Want to Better Understand “Post-Truth” Politics? Then Study Postmodernism», *Huffington Post*, 11 de noviembre de 2016. <http://www.huffingtonpost.co.uk/andrew-jones/want-to-better-understand_b_13079632.html>.
- KAHAN, Dan M., «Climate-Science Communication and the Measurement Problem», *Advances in Political Psychology*, 36, 2015, 1-43.
- et al., «Cultural Cognition of Scientific Consensus», *Journal of Risk Research*, 14, 2011, 147-174.
- KAHNEMAN, Daniel, *Thinking Fast and Slow*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2011. [Versión castellana: *Pensar rápido y pensar despacio*, Madrid, Debate, 2011.]
- KANAI, Ryota, FEILDEN, Tom, FIRTH, Colin y REES, Geraint, «Political Orientations Are Correlated with Brain Structure in Young Adults», *Current Biology*, 21, núm. 8, 26 de abril de 2011, 677-680.
- KESSLER, Glenn y YE HEE LEE, Michelle, «President Trump’s Cascade of False Claims in Time’s Interview on His Falsehoods», *Washington Post*, 23 de marzo de 2017.
- KEYES, Ralph, *The Post-Truth Era: Dishonesty and Deception in Contemporary Life*, Nueva York, St. Martin’s, 2004.
- KHAZAN, Olga, «Why Fake News Targeted Trump Supporters», *Atlantic*, 2 de febrero de 2017.
- KOERTGE, N. (ed.), *A House Built on Sand: Exposing Postmodernist Myths About Science*, Oxford, Oxford University Press, 2000.
- KOPPEL, Ted, «Olbermann, O’Reilly and the Death of Real News», *Washington Post*, 14 de noviembre de 2010.
- KRUGER, Justin y DUNNING, David, «Unskilled and Unaware of It: How Difficulties in Recognizing One’s Own Incompetence Lead to Inflated SelfAssessments», *Journal of Personality and Social Psychology*, 77, núm. 6, 1999, 1121-1134.
- KUKLINSKI, James, QUIRK, Paul J., JERIT, Jennifer, SCHWIEDER, David y RICH, Robert F., «Misinformation and the Currency of Democratic Citizenship», *Journal of Politics*, 62, núm. 3, agosto de 2000, 790-816.
- KURTZLEBEN, Danielle, «With “Fake News”, Trump Moves from Alternative Facts to Alternative Language», *NPR*, 17 de febrero de 2017. <<http://www.npr.org/2017/02/17/515630467/with-fake-news-trump-moves-from-alternative-facts-to-alternative-language>>.
- LATOUR, Bruno, «Why Has Critique Run out of Steam? From Matters of Fact to

- Matters of Concern», *Critical Inquiry*, 30, invierno de 2004, 225-248.
- LAWRENCE, Jeff, «Communique Interview: Phillip E. Johnson», *Communique: A Quarterly Journal*, primavera de 1999.
- LEVITIN, Daniel J., *Weaponized Lies: How to Think Critically in the Post-Truth Era*, Nueva York, Dutton, 2016.
- LONGINO, Helen, *Science as Social Knowledge: Values and Objectivity in Scientific Inquiry*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1990.
- LYNCH, Conor, «Trump's War on Environment and Science Are Rooted in His Post-Truth Politics—and Maybe in Postmodern Philosophy», *Salon*, 1 de abril de 2017. <<http://www.salon.com/2017/04/01/trumps-war-on-environment-and-science-are-rooted-in-his-post-truth-politics-and-maybe-in-postmodern-philosophy/>>.
- LYNCH, Michael, *In Praise of Reason*, Cambridge, MA, MIT Press, 2012.
- *True to Life: Why Truth Matters*, Cambridge, MA, MIT Press, 2004.
- MACUR, Juliet, «Why Do Fans Excuse the Patriots' Cheating Past?», *New York Times*, 5 de febrero de 2017.
- MAHESHWARI, Sapna, «How Fake News Goes Viral: A Case Study», *New York Times*, 20 de noviembre de 2016.
- MANJOO, Farhad, *True Enough: Learning to Live in a Post-Fact Society*, Hoboken, NJ, Wiley, 2008.
- MARANTZ, Andrew, «Trolls for Trump: Meet Mike Cernovich, the Meme Mastermind of the Alt-Right», *New Yorker*, 31 de octubre de 2016.
- MARCHE, Stephen, «The Left Has a Post-Truth Problem Too: It's Called Comedy», *Los Angeles Times*, 6 de enero de 2017.
- MARCUS, Ruth, «Forget the Post-Truth Presidency: Welcome to the Pre-Truth Presidency», *Washington Post*, 23 de marzo de 2017.
- MARUSAK, Joe, «Fake News Author Is Fired; Apologizes to Those Who Are "Disappointed" by His Actions», *Charlotte Observer*, 19 de enero de 2017.
- MCINTYRE, Lee, «The Attack on Truth», *Chronicle of Higher Education*, 8 de junio de 2015.
- *Dark Ages: The Case for a Science of Human Behavior*, Cambridge, MA, MIT Press, 2006.
- *Respecting Truth: Willful Ignorance in the Internet Age*, Nueva York, Routledge, 2015.
- MERCIER, Hugo y SPERBER, Daniel, «Why Do Humans Reason? Arguments for an Argumentative Theory», *Behavioral and Brain Sciences*, 34, núm. 2, 2011, 57-111.

- MEYER, Robinson, «The Rise of Progressive “Fake News”», *Atlantic*, 3 de febrero de 2017.
- MOONEY, Chris, «Once and For All: Climate Denial Is Not Postmodern», *DeSmog Blog.com*, 28 de febrero de 2011. <<https://www.desmogblog.com/once-and-all-climate-denial-not-postmodern>>.
- *The Republican Brain: The Science of Why They Deny Science— And Reality*, Hoboken, NJ, Wiley, 2012.
- *The Republican War on Science*, Nueva York, Basic Books, 2005.
- NICHOLS, Tom, *The Death of Expertise: The Campaign against Established Knowledge and Why It Matters*, Oxford, Oxford University Press, 2017.
- NYHAN, Brendan y REIFLER, Jason, «The Roles of Information Deficits and Identity Threat in the Prevalence of Misperceptions», 24 de febrero de 2017. <<https://www.dartmouth.edu/~nyhan/opening-political-mind.pdf>>.
- «When Corrections Fail: The Persistence of Political Misperceptions», *Political Behavior*, 32, núm. (2), junio de 2010, 303-330.
- OHLHEISER, Abby y TERRIS, Ben, «How Mike Cernovich’s Influence Moved from the Internet Fringes to the White House», *Washington Post*, 7 de abril de 2017.
- ORESQUES, Naomi y CONWAY, Erik, *Merchants of Doubts: How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming*, Nueva York, Bloomsbury, 2010.
- PENNOCK, Robert, «The Postmodern Sin of Intelligent Design Creationism», *Science and Education*, 19, 2010, 757-778.
- PEREZ-PENA, Richard, «Newspaper Circulation Continues to Decline Rapidly», *New York Times*, 27 de octubre de 2008.
- PEW RESEARCH CENTER, «State of the News Media 2016: Newspapers Fact Sheet» (15 de junio de 2016). <<http://assets.pewresearch.org/wp-content/uploads/sites/13/2016/06/30143308/state-of-the-news-media-report-2016-final.pdf>>.
- PIERSON, David, «Facebook Bans Fake News from Its Advertising Network — but not Its News Feed», *Los Angeles Times*, 15 de noviembre de 2016.
- QUINE, W. V. O. y ULLIAN, J. S., *The Web of Belief*, Nueva York, McGraw Hill, 1978.
- RABIN-HAVT, Ari, *Lies, Incorporated: The World of Post-Truth Politics*, Nueva York, Anchor Books, 2016.
- REDLAWSK, David *et al.*, «The Affective Tipping Point: Do Motivated Reasoners

- Ever 'Get It'?», *Political Psychology*, 31, núm. 4, 2010, 563-593.
- RESNICK, Gideon, «Trump's Son Says Mike "Pizzagate" Cernovich Deserves a Pulitzer», *The Daily Beast*, 4 de abril de 2017. <<http://www.thedailybeast.com/trumps-son-says-mike-pizzagate-cernovich-deserves-a-pulitzer>>.
- SAMUEL, Alexandra, «To Fix Fake News, Look to Yellow Journalism», *JStor Daily*, 29 de noviembre de 2016. <<https://daily.jstor.org/to-fix-fake-news-look-to-yellow-journalism/>>.
- SCHUDSON, Michael, *Discovering the News: A Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books, 1973.
- SEELYE, Katharine, «Newspaper Circulation Falls Sharply», *New York Times*, 31 de octubre de 2006.
- SHANE, Scott, «From Headline to Photograph, a Fake News Masterpiece», *New York Times*, 18 de enero de 2017.
- SHEAR, Michael, «What Trump's Time Interview Shows about His Thinking», *New York Times*, 23 de marzo de 2017.
- SHERMER, Michael, *The Believing Brain*, Nueva York, Times Books, 2011.
- SILBERMAN, G. (1993), «Phil Johnson's Little Hobby», *Boalt Hall Cross-Examiner*, 6, núm. 2, 1993, 1, 4, 9-10.
- SNYDER, Timothy, *On Tyranny: Twenty Lessons from the 20th Century*, Nueva York, Tim Duggan Books, 2017.
- SOKAL, Alan, «A Physicist Experiments with Cultural Studies», *Lingua Franca*, mayo-junio de 1996.
- «Transgressing the Boundaries: Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity», *Social Text*, 46-47, primavera-verano de 1996, 217-252.
- SOLL, Jacob, «The Long and Brutal History of Fake News», *Politico*, 18 de diciembre de 2016. <<http://www.politico.com/magazine/story/2016/12/fake-news-history-long-violent-214535>>.
- SPECTER, Michael, *Denialism: How Irrational Thinking Hinders Scientific Progress, Harms the Planet, and Threatens Our Lives*, Nueva York, Penguin, 2009.
- STANLEY, Jason, *How Propaganda Works*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2015.
- SUBRAMANIAN, Samantha, «Inside the Macedonian Fake-News Complex», *Wired*, 15 de febrero de 2017.
- SUNSTEIN, Cass, *Infotopia: How Many Minds Produce Knowledge*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

- TANI, Maxwell, «Some of Trump's Top Supporters Are Praising a Conspiracy Theorist Who Fueled 'Pizzagate' for His Reporting», *Business Insider*, 4 de abril de 2017.
- TAYLOR, Adam, «Trump Loves a Conspiracy Theory: Now His Allies in the Fringe Media Want Him to Fall for One in Syria», *Washington Post*, 7 de abril de 2017.
- THALER, Richard, *Misbehaving: The Making of Behavioral Economics*, Nueva York, Norton, 2015.
- TRIVERS, Robert, *The Folly of Fools: The Logic of Deceit and Self-Deception in Human Life*, Nueva York, Basic Books, 2011.
- TRUMP, Donald y SCHWARTZ, Tony, *The Art of the Deal*, Nueva York, Random House, 1992.
- VINER, Katharine, «How Technology Disrupted the Truth», *Guardian*, 12 de julio de 2016. <<https://www.theguardian.com/media/2016/jul/12/how-technology-disrupted-the-truth>>.
- WARNER, Judith, «Fact-Free Science», *New York Times Magazine*, 25 de febrero de 2011.
- WASON, P. C., «On the Failure to Eliminate Hypotheses in a Conceptual Task», *Quarterly Journal of Experimental Psychology*, 12, 1960, 129-140.
- WESTEN, Drew *et al.*, «Neural Bases of Motivated Reasoning: An fMRI Study of Emotional Constraints on Partisan Political Judgment in the 2004 U.S. Presidential Election», *Journal of Cognitive Neuroscience*, 18, núm. 11, noviembre de 2006, 1947-1958.
- WINGFIELD, Nick, ISAAC, Mike y BENNER, Katie, «Google and Facebook Take Aim at Fake News Sites», *New York Times*, 14 de noviembre de 2016.
- WOOLF, Christopher, «Back in the 1890s, Fake News Helped Start a War», *Public Radio International*, 8 de diciembre de 2016. <<https://www.pri.org/stories/2016-12-08/long-and-tawdry-history-yellow-journalism-america>>.

LECTURAS ADICIONALES

- BLACKBURN, Simon, *Truth: A Guide*, Oxford, Oxford University Press, 2007. [Versión castellana: *Verdad. Guía de perplejos*, Barcelona, Crítica, 2006.]
- FRANKFURT, Harry, *On Bullshit*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2005. [Versión castellana: *On Bullshit: Sobre la manipulación de la verdad*, Barcelona, Paidós Contextos, 2006].
- KAHNEMAN, Daniel, *Thinking Fast and Slow*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2011. [*Pensar rápido, pensar despacio*, Madrid, Debate, 2011].

- LYNCH, Michael, *In Praise of Reason*, Cambridge, MA, MIT Press, 2012.
- MCINTYRE, Lee, *Respecting Truth: Willful Ignorance in the Internet Age*, Nueva York, Routledge, 2015.
- NYHAN, Brendan y REIFLER, Jason, «When Corrections Fail: The Persistence of Political Misperceptions», *Political Behavior*, 32, núm. 2, junio de 2010, 303-330.
- ORESQUES, Naomi y CONWAY, Erik, *Merchants of Doubts: How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming*, Nueva York, Bloomsbury, 2010.
- RABIN-HAVT, Ari, *Lies, Incorporated: The World of Post-Truth Politics*, Nueva York, Anchor Books, 2016.
- REDLAWSK, David *et al.*, «The Affective Tipping Point: Do Motivated Reasoners Ever ‘Get It’?», *Political Psychology*, 31, núm. 4, 2010, 563-593.
- SNYDER, Timothy, *On Tyranny: Twenty Lessons from the 20th Century*, Nueva York, Tim Duggan Books, 2017.
- STANLEY, Jason, *How Propaganda Works*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2015.
- TRIVERS, Robert, *The Folly of Fools: The Logic of Deceit and Self-Deception in Human Life*, Nueva York, Basic Books, 2011.

Índice de siglas

ABC	<i>American Broadcasting Company</i> [Compañía estadounidense de emisiones]
API	<i>American Petroleum Institute</i> [Instituto estadounidense del petróleo]
CBS	<i>Columbia Broadcasting Institute</i> [Sistema de emisiones Columbia]
CIA	<i>Central Intelligence Agency</i> [Agencia central de inteligencia]
CNN	<i>Cable News Network</i> [Red de noticias por cable]
DI	<i>Intelligent Design</i> [Diseño inteligente]
FBI	<i>Federal Bureau of Investigation</i> [Oficina federal de investigación]
FISA	<i>Foreign Intelligence Surveillance Act</i> [Ley de vigilancia de la inteligencia extranjera]
FCC	<i>Federal Communication Commission</i> [Comisión federal de Comunicaciones]
GE	<i>General Electric</i>
GMI	<i>George C. Marshall Institute</i> [Instituto George C. Marshall]
MSNBC	<i>Microsoft News Broadcasting Company</i> [Compañía Microsoft de transmisión de noticias]
NASA	<i>National Aeronautics and Space Administration</i> [Administración nacional de aeronáutica y del espacio]
NATO/OTAN	<i>North Atlantic Treaty Organization</i> [Organización del tratado del Atlántico Norte]
NBC	<i>National Broadcasting Company</i> [Compañía nacional de emisiones]
NOAA	<i>National Oceanic and Atmospheric Administration</i> [Administración oceánica y atmosférica nacional]
LSAT	<i>Law School Admission Test</i> [Test de admisión a las facultades de derecho]
RICO	<i>Racketeer Influenced and Corrupt Organizations Act</i> [Ley de testaferros y organizaciones corruptas]
AIDS/SIDA	<i>Acquired Immunodeficiency Syndrome</i> [Síndrome de inmunodeficiencia adquirida]
TIRC	<i>Tobacco Industry Research Committee</i> [Comité de investigación de la industria del tabaco]

Título original de la obra: *Post-Truth*

Edición en formato digital: 2018

© The MIT Press, 2018
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3877-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com